

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 22

50 Céntr.

Baldrich



PROPIEDAD. DERECHOS RESERVADOS.

Ed. "Saturnino Calleja"

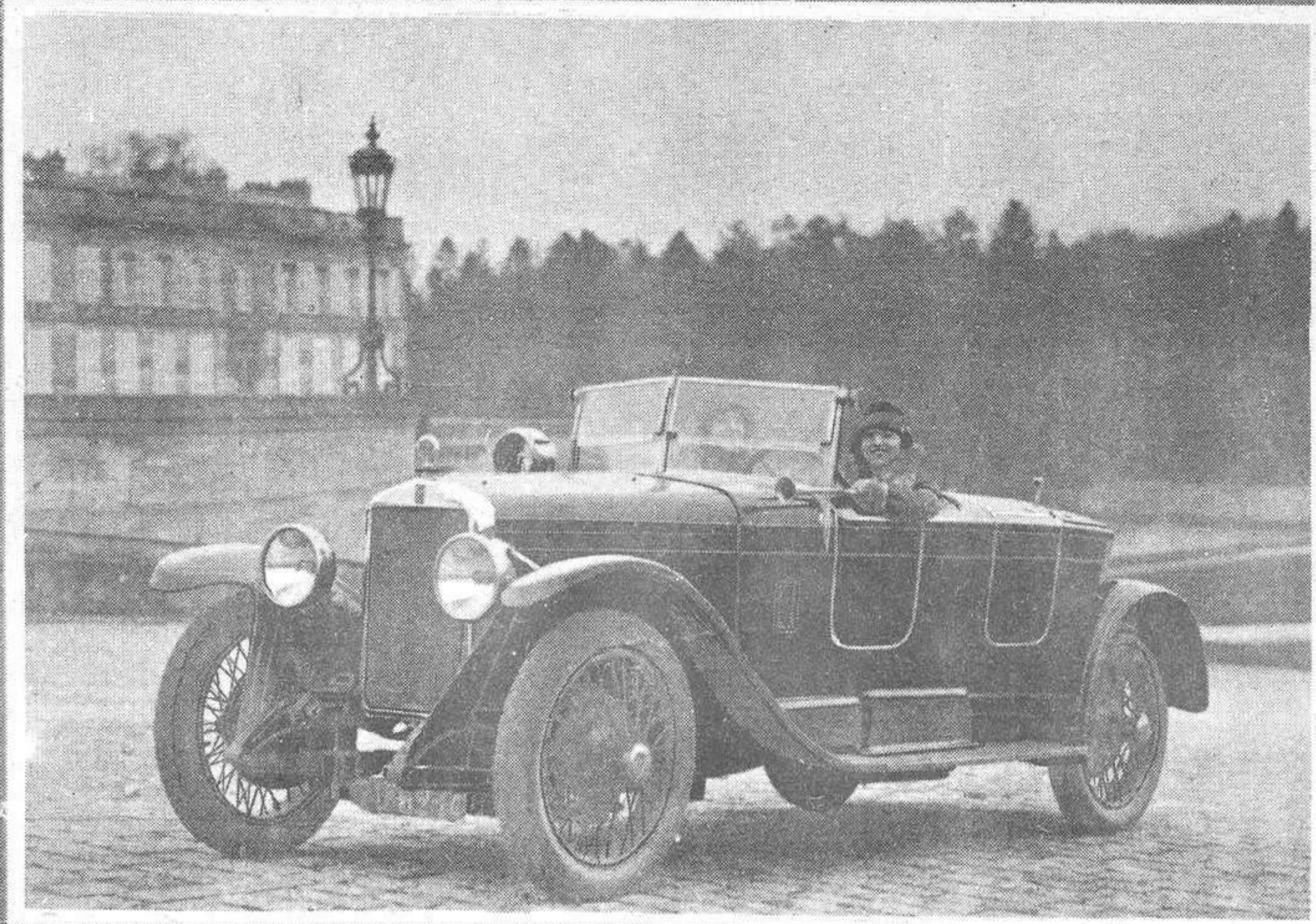
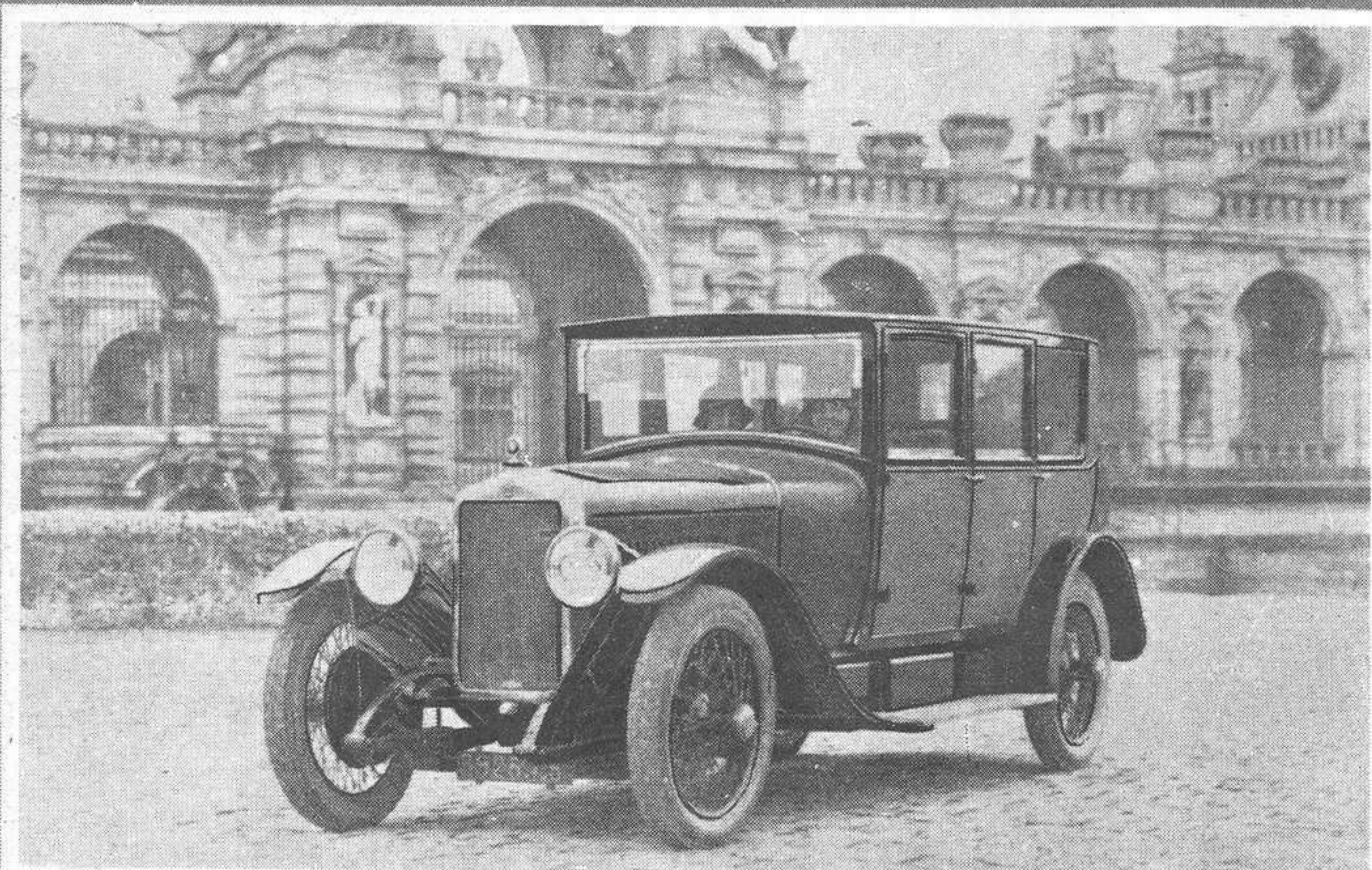
PROHIBIDA LA REPRODUCCION TOTAL O PARCIAL.

AUTOMÓVILES



GEORGE S. MIRA

el coche selecto



REPRESENTANTE GENERAL PARA ESPAÑA

MARTIN UZQUIANO

Aduana 23

Madrid

MUJER

Año II - Núm. 22

Revista del Mundo y de la Moda

20 Enero 1926

DIRECTOR:
RAFAEL CALLEJA

Directora de la Moda:

MADAME MARTINE RENIER

Redactora-jefe de la Moda

en la Revista de Paris

FEMINA

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES

NÚMERO: 50 CÉNTIMOS

SUSCRICIÓN:

ESPAÑA Y AMÉRICA: UN AÑO, 23 PESETAS.

SEMESTRE, 12 PESETAS. OTROS PAÍSES:

UN AÑO, 35 PESETAS.

ADMINISTRACIÓN:

ED. "SATURNINO CALLEJA", S. A.

Cierre y talleres:

SAN SEBASTIÁN

Correspondencia y suscripciones:

CALLE DE VALENCIA, NÚMERO 28

Apartado 447

MADRID

UNA INFORMACIÓN DE "MUJER"



El Dr. G. Marañón

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

Como ciertas épocas presencian la extinción de determinadas especies zoológicas, a nosotros nos ha tocado presenciar el ocaso de ciertas virtudes, como la austeridad, la virtud característica del varón. Hoy, para subir, el primer lastre que se arroja es el respeto a la propia conciencia. Que esto ocurra cada día y que no tenga una sanción de las gentes, es lo que más me entristece de la época actual.

Y ¿cuál su mayor encanto?

Como la Humanidad, al menos en su aspecto material, progresa, es fácil hallar en la vida de ahora encantos que no conocieron nuestros antepasados. Para mí, sin embargo, lo mejor de nuestra época es la desaparición de todas las jerarquías que no se funden en el mérito personal.

G. Marañón

El Marqués de Vega Inclán

Mi querido amigo: Ahí va la contestación a las preguntas que su amable cortesía me pide para el Semanario. No puedo decir otro tanto del retrato, entre otras razones porque hace muchos años que no me retratan, y el retratarme ahora sería contradecir mi contestación a la primera de las preguntas, a saber: Que si no el mayor, uno de tantos defectos de la vida actual es el EXHIBICIONISMO, con sus consecuencias naturales de agasajos, desplantes, «plataformas», literatura conceptuosa supergenial, homenajes, bombos, brindis, mensajes de adhesión y otras variaciones de la vanidad que a casi nadie convencen, complicando la existencia sobre lo complicada que es la vida con las enfermedades, desgracias y desventuras de uno mismo y de los seres queridos.

Y por lógica natural, la segunda pregunta es como la media vuelta a la derecha, que es lo mismo que la media vuelta a la izquierda, sino todo lo contrario, porque el mayor encanto para el que no padece o disfruta del defecto del EXHIBICIONISMO es la tranquilidad, la sencillez, la relativa sobriedad, el deleite de la contemplación y el del menor ruido y el de la menos gente posible alrededor.

Y perdone usted estas pocas palabras, con el firme propósito de enmienda de que no lo haré más, y, sobre todo, con el mejor saludo de su buen amigo

Al Sr. D. Rafael Calleja.

Benigno Vega



Juan Bonafé

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

La mujer.

Y ¿cuál su mayor encanto?

La mujer.

Juan Bonafé



Carlos Prast

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

Que sólo se vive una mínima parte de ella.

Y ¿cuál su mayor encanto?

Disfrutarla.

Carlos Prast

Eduardo Marquina

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

El relajamiento de todos los resortes de cohesión humana después de la Guerra; y la falta, por consiguiente, de un sentido general, de un *tono de civilización* en la marcha de la Humanidad. El mayor defecto de la vida actual es, pues, que, en realidad, *no hay vida actual*.

En quiebra las Haciendas de las Naciones, una Economía Política que no ha sabido asegurarlas y que se hundió con ellas, busca en vano *la piedra filosofal* trastocando el orden de los valores y colocándolos en primera línea, para sus ensayos, los más susceptibles de reducción al *tipo oro*. Entre tanto, la riqueza mental y moral, los problemas del hombre y su destino, las ciencias, las artes, la política, la verdadera civilización de las Naciones, su vida, está inmovilizada y paralizada bajo el peso de una segunda hipoteca. Necesita, para resurgir, la bancarrota definitiva, inevitable y catastrófica del grupo de banqueros, corredores, agentes de bolsa y agentes de vigilancia, que, so pretexto de salvarlas, atienden en Occidente al bolsillo de las Naciones, como si allí estuvieran efectivamente vinculados el corazón y la mente de la Humanidad.

Y ¿cuál su mayor encanto?

Esta concepción simplista de la vida convierte a los hombres en individuos de cuota, reduciéndoles de servicio



en las filas de la Humanidad, según la importancia de la cantidad que ingresan. Nunca, en efecto, con tanto descrédito de la colectividad social, coincidió tanto auge en la importancia de individuos sueltos que, satisfecha su cuota, se consideran libres de todo otro aporte al común fondo humano y triunfan, bullen, relumbran, se agitan, gozan y chispean, pepitas de oro en el légamo. Su actitud hace escuela. Los pequeños egoísmos individuales se sustituyen al común interés de la Nación y de los hombres que, hasta ayer, fueron nuestra norma; y el espectáculo de la vida actual es el de un desmenuzamiento de individuos ebrios, irresponsables, amorales y excéntricos que, en un *Dancing* de límites imprecisos, hormigean y se contorsionan a los desacordes de un jazz-band monstruoso. Bien comidos, bien vestidos, deportistas, ágiles, estilizados. Este sería, en todo caso, el encanto de la vida actual. Encanto puramente espectacular, al que apenas si impone un correctivo mental, en la conciencia de algunos, la seguridad y hasta el buen deseo de la catástrofe final, brusca y solemne.

Eduardo Marquina

VIRGINIA

I



ANTE el espejo del tocador, se dispuso a ensayar un nuevo peinado. Ya Loló le había prevenido:

—Hoy volveremos a tener gente a cenar, y no te vayas a presentar como anoche; tienes que aprender a peinarte, o, al menos, cortarte el pelo como yo.

De buena gana, hubiera contestado que detestaba la gente, que no quería bajar al salón; pero su condición de convidada se lo prohibía. ¡Qué diferentes vacaciones hubiese pasado en el colegio, por entonces desierto de niñas. En los claustros silenciosos, sólo se percibirían las pisadas suaves de *ma mere* Angélica o la hermana Presentación, y allá abajo, en la oscuridad de la capilla, no se oiría más que las notas ambiguas del órgano y el pausado rumor de las preces monjiles. Ya había tenido que sustituir el traje de colegiala por el de terciopelo; ahora era preciso desterrar la trenza, anticuada y deslucida. Empezó a desenredarse el pelo, y, trayéndoselo hacia adelante, se abrió la raya en medio. Después, al separar las dos cortinas de pelo, se encontró con sus propios ojos y los bajó ruborizada, como si su mirada guardase aún la de Armando cuando, la noche anterior, mientras Loló coqueteaba con Alvarito y los demás muchachos, él le había dicho quedamente: «Tienes unos ojos que me recuerdan mis noches orientales».

Y ella había quedado subyugada por aquellas palabras, como si se hallase ante la introducción a un cuento maravilloso, algo así como aquellos que amenizaban su niñez: *Las mil y una noches*, *La lámpara de Aladino*. Armando habló largamente de su vida de agregado en las Embajadas extranjeras y allá en los países lejanos del Asia. Y el Asia rudimentaria que explicaba la madre Sagrario en la clase de Geografía fué adquiriendo en su imaginación una belleza inesperada; la belleza imprecisa de las noches narcotizantes; del mar fosforescente en los puertos inmensos; de los fumaderos de opio y los *yoshiwaras* de las grandes ciudades; la portentosa policromía de las montañas sagradas con sus quioscos de porcelana y sus espíritus guardianes; los misteriosos mitos y holocaustos del Asia meridional, de la India extática.

Y ahora..., ahora había que contarle *aquello* por escrito a *ma mere* Angélica. ¡Oh! ¡Por qué no se acordaría antes del consejo que la buena madre le deslizó a su partida: «Hija mía, huye del hombre y huirás del pecado!» Después, toda la noche, le había perseguido una continua pesadilla, que al despertar por la mañana no había sabido bien discernir si eran las palabras de *ma mere* Angélica o las de Armando.

¡Armando...! Allá, en el fondo del espejo, acechaba desde su marco ovalado la imagen de Loló, con la amazona americana, que extremaba su delgadez; las altas botas relucientes, el fieltro en una mano y en la otra las riendas de *Beautiful*, en cuyo lomo se reclinaba indolente, al aire la melena desordenada. Muy poco femenina, sí, pero muy estética. ¿Cómo podía dudarse un momento que Armando estuviese enamorado de su novia?

II

«Finca de los Alamos.»

«Mi amadísima madre en N. S. J...» Virginia detuvo perpleja la estilográfica... No, no era posible ocultarle la verdad. Era preciso contárselo *todo*. ¿Qué necesidad hubiese habido de llegar a ese extremo si ella se hubiese retirado desde el momento en que quedó sola con Armando?. Acompañada de Alvarito, Loló había entrado envuelta en su abrigo de pieles, las manos enfundadas en los guantes de manopla.

—Armando, ¿te vienes a dar una vuelta en mi citröen?
El había pretextado: hacía frío, la tarde amenazaba lluvia... Y Loló salió del *hall* seguida de Alvarito. Era la hora antipática de las cuatro, en la que nunca se sabe qué hacer. Tras los cristales, el cielo gris anunciaba el invierno, y allá, en el jardín, las hojas blancas de los álamos aleteaban hostigadas por el viento. Dentro, en la gran chimenea, crujían los leños pacíficamente. Hubiera sentido dejar el álbum de fotografías que hojeaba y en el que a intervalos se sucedían Armando y Loló. El, por otra parte, recostado en una butaca, parecía abstraído en la lectura de varias revistas, mientras la habitación se iba llenando del buen olor de su tabaco inglés. Y, al levantar los ojos para interrogar el reloj de péndulo, se había encontrado con los de él, que la miraban fijamente. Quiso decir algo para disimular su turbación.

—¿Cómo no has ido con Loló?

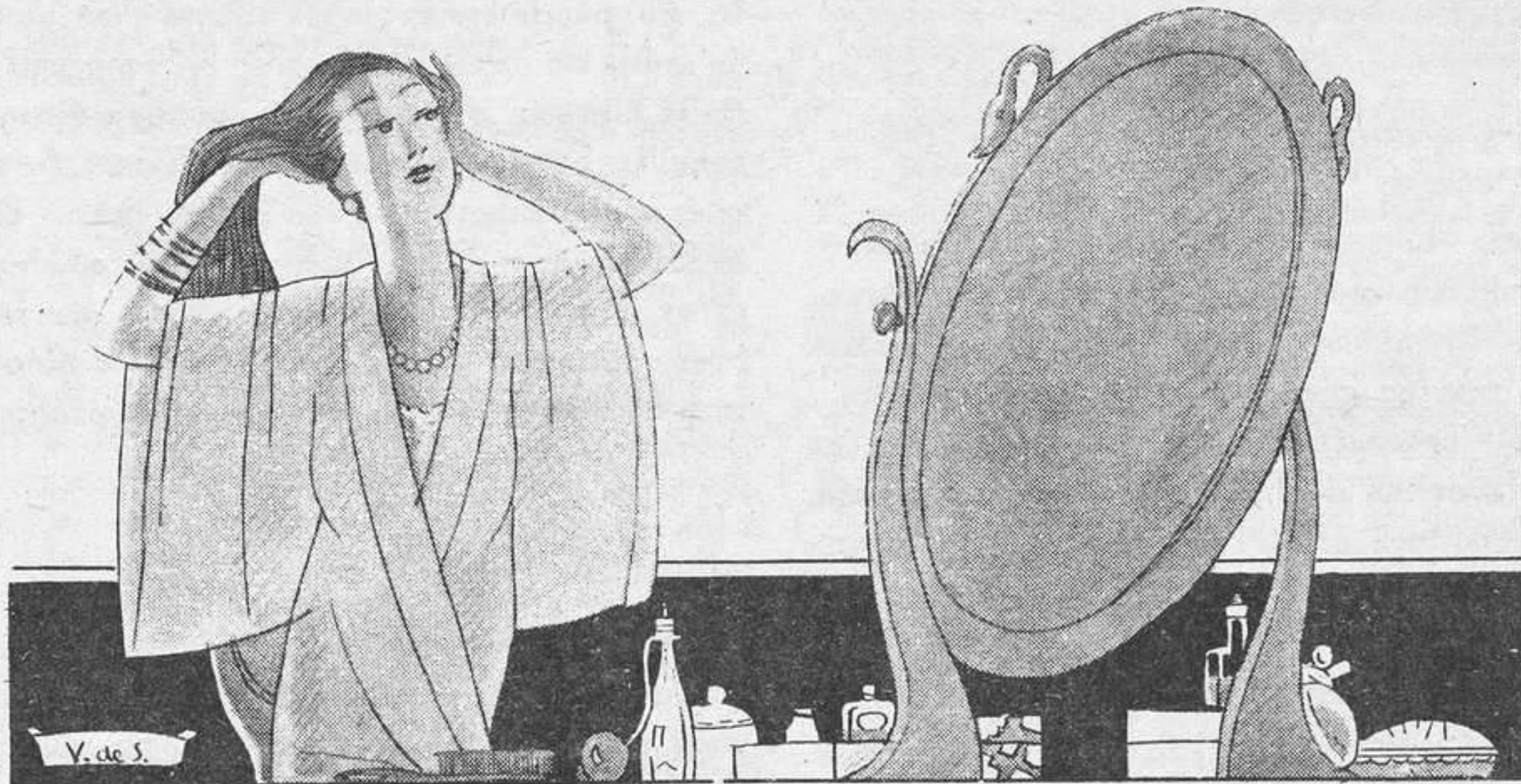
Y él, después de encender de nuevo la pipa:

—Porque a Loló le basta con Alvarito..., como a mí me bastarías tú para toda la vida.

Sintió que un calor sofocante le subía a las mejillas; después pensó en una frase de no sé qué novela de Maryan; pero ya no hubiera sido oportuna. Armando se había acercado a ella, reteniendo una de sus manos entre las suyas. Su voz tenía una atracción irresistible:

—¡Qué manos tan finas tienes; qué bien deben saber acariciar!

Un escalofrío le recorrió la espalda. Reunió todas sus energías, y, levantándose bruscamente, echó a correr a su cuarto, donde se encontraba encerrada. ¡Dios mío, qué diría *ma mere* Angélica cuando lo supiese!... A pesar de todo, había que confesarle la verdad. Y *la verdad*... —¡Oh, sí, ya no cabía duda!— es que él la adoraba; y ella...



III

Mientras Virginia observaba cómo, frente al espejo, pasaba y repasaba la borla de polvos por su cara, y por sus labios el lápiz *rouge*, Loló habló:

—¿Sabes la noticia que me dió anoche Armando? —ella se estremeció toda—. Pues que ahora lo destinan a París. Eso ya es otra cosa. No es como irse a Cochinchina. Ahora nos casaremos en seguida, porque aquello me gusta para vivir, ¿sabes? Me atrae aquel ambiente equívoco de los tes cosmopolitas, de los grandes modistas. Así es que hoy mismo escribiré a mi amigo *Patou* que se vaya preparando. Mejor dicho, voy a ver si convengo a papá. Un viajecito a París para hacerme el *trousseau*, no estaría mal. ¿Qué te parece? Tú vendrías con nosotros.

Virginia decidió:

—No; yo me volveré al colegio.

—¡Mujer, qué rara eres! ¡Con lo bien que lo podías pasar! Entre tanto, había terminado de retocarse, y con pasos resueltos, se dirigía hacia la puerta, que cerró tras ella.

Una vez ya sola, con la frente en el cristal de la ventana, sollozó. La luz difusa de la tarde iba amortiguándose poco a poco en el jardín solitario, en las hojas plateadas de los álamos.

Se acercó al escritorio y empezó:

«Mi amadísima madre: Le pido por Dios que me dejen volver al colegio. Me acuerdo cada vez más de la capilla, con su Purísima sonriente y su olor a incienso. Siento la ausencia de los claustros silenciosos, de los hábitos negros y las almas blancas...»

M.^a TERESA ROCA DE TOGORES.

PARA ENTRETENER A LOS NIÑOS



CUANDO, en un día lluvioso, los niños se ven privados de su paseo cotidiano y de sus juegos predilectos, no siempre resulta fácil distraerlos. Las diversiones en casa dan lugar con frecuencia a pequeños dramas y a múltiples estropecios: jarrones rotos, sillas que se quedan cojas, gritos y lágrimas.

Si las mamás estudiaran la organización de los *Jardines de la infancia*, descubrirían indicaciones valiosas para estos días temibles. En las clases menores, que son las atractivas primicias de la enseñanza moderna, ha sido preciso buscar los medios de divertir a los pequeñuelos de una manera provechosa para el porvenir; se ha trazado un programa de juegos apacibles, cuyo examen ofrece un verdadero interés.



El centro de atención.—La primera dificultad consiste en obligar al niño a mirar en torno suyo con inteligencia, en crearle un «centro de atención» para fijar su espíritu, tan fácilmente tornadizo. Este centro de atención puede ser cualquier objeto de lo más sencillo y usual. ¿El pan? ¿El fuego? ¿El viento? De ello se desprenden infinitas distracciones divertidas y bellas historias. El pan nos lleva al trigo, al campo, a la granja. El fuego nos hace ver la selva, los leñadores, los carboneros y sus chozas, el lobo de la caperucita encarnada. El viento nos hace que miremos las nubes, que hablemos de la lluvia, de los barcos, etc.



Dibujos y modelado.—Los deditos torpes trabajan a la vez que el cerebro del niño. Dibujan, bien o mal, un barco; luego lo colorean, luego lo vuelven a dibujar entrando en el puerto; la choza de los leñadores se transforma en castillo de naipes o de dados... Pero nada alcanza un éxito comparable al del modelado, que es una de las distracciones favoritas de los jardines de la infancia. Cada centro de atención conduce a citar diferentes objetos, que serán reproducidos más o menos fielmente, con un poco de barro de modelar.

Conviene elegir en un principio objetos sencillísimos de línea a fin de no descorazonar a los jóvenes artistas y permitirles lograr un resultado: un plato, una jarra de la leche, servirán de primeros modelos. Más tarde, se utilizarán, a su vez, hojas de árbol, animales familiares. No afirmaré que hayan de salir parecidos; lo esencial es que el niño aprenda a verlos tales como son y a interesarse por ellos. Sin embargo, en las exposiciones pedagógicas francesas se han podido apreciar los resultados sorprendentes obtenidos por este método, que consiste en pedir al niño que reproduzca lo que ha visto. La visita a un taller de canteras y a una fábrica de aserrar,

entre otras, dieron lugar a la reconstitución de escenas con arena-palitos y piedrecitas, asombrosas de realidad.



Las legumbres graciosas.—Estas legumbres no siempre son, ¡ay!, las que se sirven en la mesa y que los niños deben comer, en razón de un inmutable principio pedagógico.

Las legumbres secas resultan bastante más graciosas, sin cocer: se pintan con acuarela o se sumergen en un baño colorante y forman matices decorativos, collares, cinturones, pulseras, o adornan flecos de rafia trenzado. Así embellecidas, las judías y las lentejas, colocadas sobre planchas de barro de modelar, componen numerosos dibujos y letras. Si buscáis modelos, hallaréis en cualquier manual de tapicería medallones elementales, frisos sencillos que pueden reproducirse fácilmente, representada cada puntada por una lenteja, una judía o un garbanzo. En los cacharros modelados, estas mismas legumbres formarán orlas y dibujos de un efecto magnífico. De este modo transcurre el día y llega el momento de irse a la cama sin darse cuenta.



Labores recortadas.—Cuando la vigilancia es bastante estrecha, puede confiarse las tijeras a las manos inexpertas. Entonces, se dobla un papel en cuatro o en ocho partes, y se recorta siguiendo la fantasía del momento, aunque siempre de una manera muy sencilla. Este papel recortado, abierto, formará un dibujo cuadrado que, por la simetría de sus líneas, puede servir de adorno y embellecer la tapa de un libro o de un cuaderno. Más tarde se harán otros adornos recortados, calcando previamente estampas o sombras chinescas. Este juego es para los niños un descanso de la pintura de acuarela que suele cansarlos pronto.



El guiñol.—¿Cuál es el pequeñuelo que no delira por el teatro guiñol? He conocido a una mamá que, con un poco de cartón y unos trapos, había reproducido, no muy fielmente, pero en todo caso sin irreverencia, a todos sus familiares: el nene tenía una cabellera de lana amarilla; *mademoiselle* un soberbio moño de lana gris y unas gafas dibujadas con tinta china. Nada más divertido que representar con estos personajes una revista familiar, no exenta de útiles enseñanzas. ¡Qué horribles parecían las rabietas, qué valor cobraban las buenas notas, cuando constituían el asunto de una obrita de teatro! ¡Y cuántos consejos provechosos fueron dados así, riendo!

Reliquias capilares.—No son solamente, por supuesto, los pieles rojas quienes hacen colección de cabelleras. Las reliquias capilares alcanzan a veces precios fabulosos, y durante la guerra europea, muchas se vendieron en pública subasta a beneficio de obras piadosas.

Por un bucle de la rubia artista Gaby Deslys, hubo quien pagó doscientas libras esterlinas; un mechón de la magnífica cabellera de Pearl White, la estrella de *cine* norteamericana, alcanzó la suma de ochocientos dólares, mientras que un ricitito de Adelina Patti llegaba tan sólo a cincuenta libras.

La familia Astor, de Nueva York, posee la más rica colección de cabellos del mundo. Estas reliquias, que han sido cortadas de las cabezas de personajes ilustres de todos los países y de todas las épocas, están cuidadosamente conservadas en vitrinas de lujo y se estima su valor en más de un millón de dólares.

¿No hará la moda del pelo cortado disminuir el precio de estas reliquias?

Anuncios matrimoniales.—No datan de hoy, ni mucho menos, los anuncios de índole matrimonial. En el año 1732, en Hamburgo, un tal Villiaume creó una publicación en la cual podían leerse anuncios como los siguientes:

«Un hombre que vive de sus rentas y cuya fortuna pasa de 10.000 *rixdalers*, no tendría inconveniente en casarse con una viuda sin hijos y no muy vieja. Pero es preciso que ella posea, por lo menos,

60.000 marcos, que sea muy mujer de su casa, que entienda de cocina, que sepa de cuentas, escribir, coser y bordar y que no pretenda tener una costurera en casa».

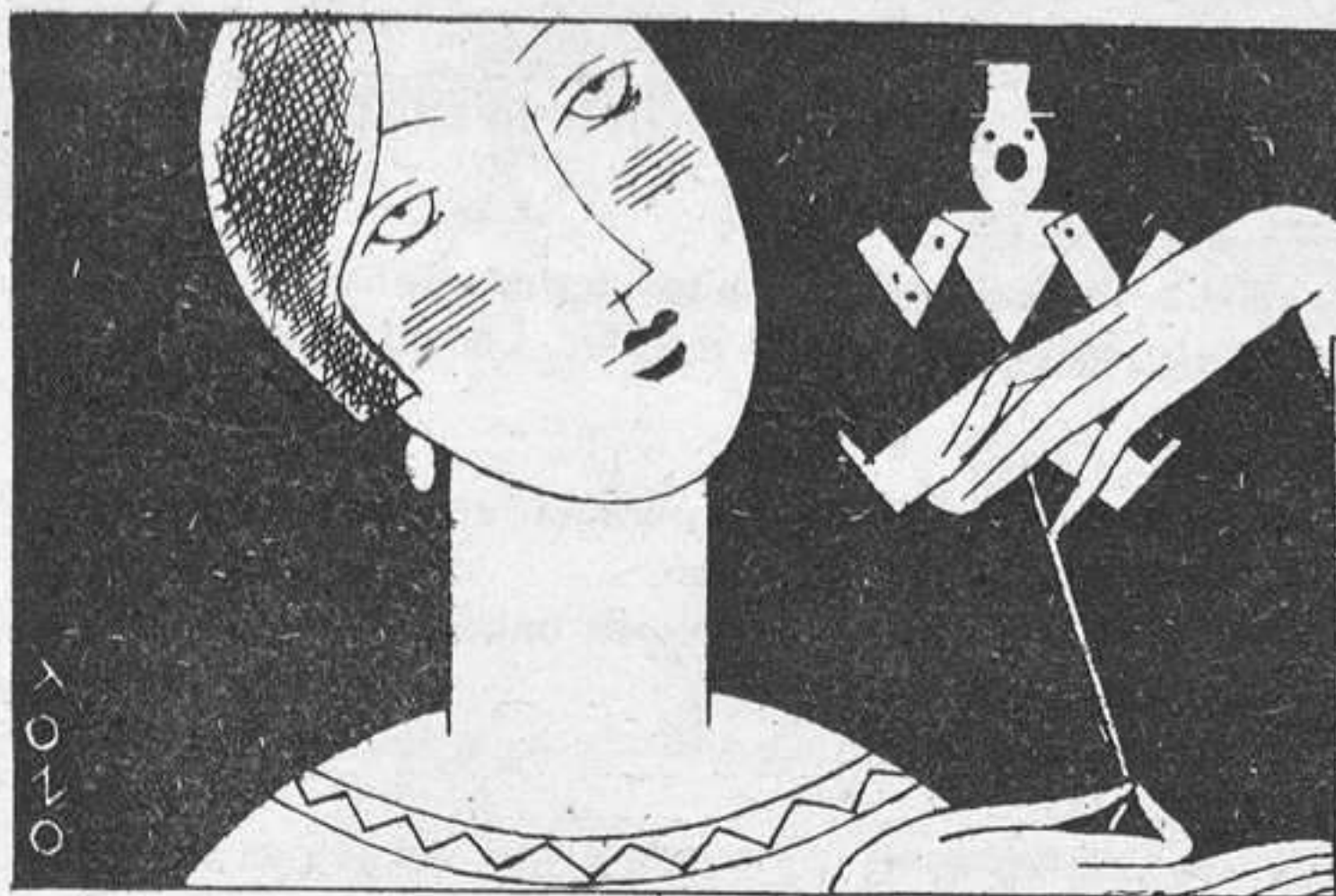
«Tendero, recientemente establecido, busca señorita de veinte años y que tenga el pelo negro, los ojos castaños y el talle bonito, que hable bien el francés y sepa dibujar, bordar y tocar el clavicordio».

«Señora de cincuenta y nueve años, que ha tenido la desgracia hace tres semanas de quedarse viuda por cuarta vez, busca marido de veintiséis años, que vivirá con ella como un gran señor sin tener que preocuparse por nada, pues será su heredero universal».

La esencia de rosas se inventó en Persia.—La esencia de rosas, hoy tan corriente, tiene un origen poéticamente conyugal.

Fue inventada por una reina de Persia, esposa modelo si las hay, quien para agasajar a su augusto dueño y señor dió en honor suyo una fiesta náutica, para la cual hizo cubrir materialmente con pétalos de rosas las aguas de los estanques de su jardín, por donde había de bogar la lancha que transportase al homenajeado.

Al día siguiente, por efecto del calor de aquel clima espléndido, una especie de espuma olorosa cubría el agua. Se recogió con gran cuidado. Fue la primera esencia de rosas cuyo procedimiento de fabricación había de perfeccionarse en el transcurso de los siglos, sin igualar nunca, ciertamente, la graciosa fantasía de su origen.



MONINA

NOVELA

POR

CYR

(Continuación.)

El señor de Clagny instaló en su *mail* a la señora de Rueille con los niños, el abate, el señor de Jozac y el señor Giraud, de tal modo hipnotizado por Monina —que esperaba a caballo—, que no acertaba a sentarse en el *mail*, y estuvo a punto de caer al suelo.

Se pusieron en camino bajo un sol ardiente. El señor de Clagny, mucho más ocupado de Dionisia que de los cuatro caballos que guiaba, la contemplaba trotando delante de él, cerca del carruaje de la marquesa.

Era la primera vez que la veía montar a caballo y le parecía incomparablemente bonita y elegante. Mientras la examinaba con singular atención, se oyó en el landó la voz de la marquesa.

—¡Qué calor tan terrible, Monina! No me gusta verte así, a pleno sol.

Dionisia se volvió, muy colorada.

—Tampoco a mí, abuela, me gusta verme.

Y después de reflexionar un instante:

—No bien encontremos, dentro de un momento, a Juan, a Enrique y a Pedrito, les abandono a ustedes.

—¿Crees que los encontraremos?

—Seguramente. Marchan por el bosque, siguiendo casi nuestro mismo camino; están a doce o quince metros de nosotros. Ya se les oye. En cuanto los vea, me escapo.

El señor de Clagny llamó a Monina para hacerle mil recomendaciones: En el soto había que tener mucho cuidado con las ramas —aquella misma mañana estuvo a punto de ser despedida de la silla, galopando por el bosque—, y llevar atención con los agujeros de las madrigueras, que hay muchos, y no saltar nunca en pelotón: adelantarse o quedarse a la cola.

Ella escuchaba todos estos consejos sonriendo, con deferencia afectuosa y amable. Por fin, él concluyó:

—¡Qué buena es usted, Monina, no enviando a paseo a este viejo amigo que la fastidia!

En aquel momento, a unos doscientos metros por delante de los carruajes, un jinete cruzó la carretera y se internó en el bosque. El conde continuó:

—Por allí va Bernés echando sus papeles. Ese es el verdadero sistema: hacer primero el recorrido en sentido inverso echando papeles; luego, no hay más que escapar, sin cuidarse de nada.

—¿Qué hora es?

—Las tres menos veinte —dijo Bertrada mirando su reloj—. Vamos a llegar demasiado pronto.

El señor de Clagny puso los caballos al paso. Monina se había acercado al landó y hablaba con Juana. De pronto, volvió la cabeza, como escuchando, y exclamó:

—¡Ya están ahí!... Los oigo...

—¿Quién? —preguntó la marquesa.

—Ellos... Ya están. Voy a su encuentro. ¡Hasta luego, abuela!

Cruzó la cuneta de la carretera y, deteniéndose, gritó, al mismo tiempo que enviaba un beso a Juana:

—¡Hasta luego, tú!

Pero el landó estaba ya lejos, y en este momento pasaba el *mail*. Giraud, sentado detrás con Pedrito y los niños, era el único que miraba hacia donde estaba Monina, y él solo recibió el dulce adiós que la joven dirigía a su amiga.

—¿Está usted segura de encontrarlos? —preguntó el conde girando en su asiento.

Y ella respondió, señalando al bosque:

—Están a diez pasos; acabo de ver a Enrique.

Y desapareció en la

espesura, mientras que el señor de Clagny la seguía intranquilo con la vista.

En cuanto entró en un sendero se puso al galope, toda derecha, con el oído atento y escudriñando con la mirada, a lo lejos, en la oscuridad del bosque.

De pronto, describió una rápida curva, se internó un buen trecho en el soto, y allí se detuvo, procurando que *Patatrás* hiciera el menor ruido posible al aplastar las ramas caídas.

Por el sendero que acababa de abandonar, llegaban Enrique, Juan y Pedrito. Casi a la altura del lugar donde se ocultaba Dionisia se detuvieron para esperar la llegada de un caballo que se oía galopar cerca de allí. Pronto vieron venir al señor de Rueille. Enrique le preguntó:

—¿Qué diablos hacías...? Han pasado diez minutos desde que te vimos a la entrada del camino de Bellas Hojas...

Sin responder, Pablo preguntó, inquieto:

—¿Y Monina?

Pedrito respondió, despreciativo:

—Nos ha dejado por acompañar los carruajes.

—¡Ah...! —dijo Rueille desilusionado.

Y volviéndose hacia su cuñado:

—¿Qué hacías, dices? Me he detenido un momento para saludar a Bernés, que estaba con su linda cantante. Ha venido en coche de punto a un rincón donde nadie puede suponer su presencia, nada más que para entrever a Bernés tres minutos. No pueden pasar día sin verse. ¡Y es bien bonita la muchacha!

—Sí —dijo Juan de Blaye—, y simpática como un ángel y bien educada.

—Yo no la había visto nunca tan de cerca.

Pedrito propuso:

—Ahora que su caballo ha descansado un poco, creo que deberíamos continuar, porque si no, vamos a llegar tarde al lanzamiento.

—Sí —dijo Rueille, poniéndose de nuevo en marcha—, pero tenemos tiempo, porque Bernés viene detrás de mí.

En cuanto se alejaron, Monina volvió al sendero. Su tez tenía un fulgor extraordinario, y en los ojos brillaba la intensa llama azul que algunas veces hacía irresistible su mirada, habitualmente tan dulce.

Huberto de Bernés se quedó, después de marchar Rueille, charlando un instante con Liseta Renaud.

—Entonces, convenido —dijo la cantatriz—; a pesar de tu comida, vendrás temprano al teatro.

—Sí.

—¿Te quedarás en mi cuarto?

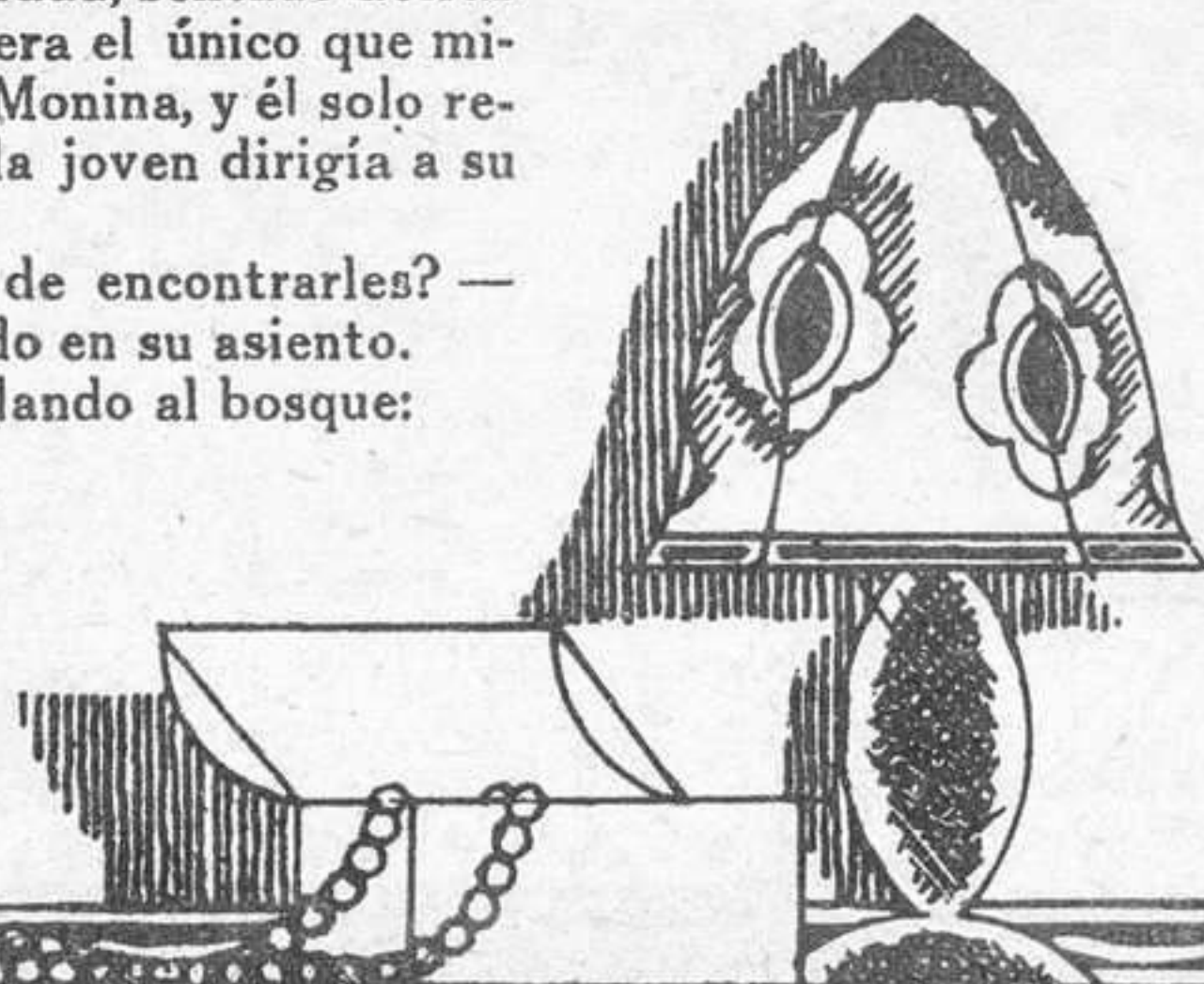
—No. Tengo que estar en la sala.

—¡Cómo! Tú que le tienes horror, y me lo explico, ¿vas a ver otra vez *La Cantinera*...?

Cuando Monina invitó a Bernés a que fuera al palco de su abuela, éste rehusó, sabiendo que a Liseta la ocasionaría disgusto, y grande, verle allí. La señorita de Courtaix era muy conocida en Pont-sur-Loire, y muy admirada por

las mujeres de sociedad o del mundo galante, que copiaban sus trajes y envidiaban su encanto, al cual, decían, no resistía nadie. Estos últimos días iba notando el teniente que tampoco él era capaz de resistirse.

Su amor a Liseta le sirvió de escudo por el pronto. Amaba con todo su corazón a la criatura fiel, abnegada, que desde hacía dos años le daba toda su vida, sin aceptar otra cosa que flores o recuerdos sin valor. Liseta, que ganaba ochocientos francos mensuales en el teatro de Port-sur-Loire, le había declarado terminantemente que no quería aceptar ningún regalo formal y costoso, y toda insistencia la hubiera ofendido y alejado de él.



Y Bernés prefería el alma delicada y el corazón exquisito de la joven a su belleza purísima; belleza penetrante y rara, pero nada aparatosa, y a cuyo lado sentía felicidad reposada y tranquila. Y desde que reparaba en Monina —en quien hasta ahora no se había fijado— experimentaba una turbación de inexplicable violencia. En vano se repetía que Liseta, con sus grandes ojos, tan puros, su cutis fino y fresco, su brillante dentadura y su cuerpo elegante y hermoso, era más bonita que la señorita de Courtaix. Los ojos color de hierba, los cabellos rizados y los labios golosos de Monina, eran los que pedían, según él, tiernas caricias, besos frenéticos.

Liseta, sin darse cuenta aún de que su felicidad estaba amenazada, sentía, sin embargo, que la inquietud se apoderaba de ella y entristecía su corazón. Y no podía explicarse por qué Bernés contestara secamente a su pregunta:

—Iré a oír otra vez *La Cantinera*, porque para rehusar un sitio que me ofrecían en un palco, me he visto obligado a decir que había prometido ir al teatro con mis compañeros.

—¿Quién te ha hecho ese ofrecimiento?...

—Una señora anciana que tú no conoces: la señora de Bracieux. ¿Sabes ya bastante?

Ella respondió, triste, sin saber bien por qué:

—La señora de Bracieux... es la abuela de la señorita de Courtaix.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Bernés sorprendido.

—Como lo sabe todo el mundo en Pont-sur-Loire.

El interrumpió con cierto malhumor:

—A todo esto, voy a llegar tarde a la cita.

—Vete —le dijo Liseta apenada—. Hasta la noche.

Al entrar en el bosque, gritó el joven, volviéndose en la silla:

—¡Sobre todo, ten cuidado de que no te vean! ¡No vayas por donde los carruajes!

Y luego, metiéndose por el mismo sendero que seguía poco antes Monina, puso el caballo a todo galope para recuperar el tiempo perdido. De pronto, se detuvo, tratando de distinguir algo a lo lejos.

«¡Calla! —se dijo—, ¡un caballo sin jinete! ¡Alguno de esos señores que ha dado ya la voltereta!»

Al acercarse advirtió que el caballo tenía silla de mujer, y dió un grito al ver a Monina en la hierba, echada de espaldas a la derecha del sendero, con uno de los brazos extendido en cruz y el otro a lo largo del cuerpo, los ojos cerrados y la boca entreabierta.

Bernés saltó a tierra y ató su caballo. Luego, tomando en sus brazos a Dionisia, trató de apoyarla en un árbol.

Pero cuando vió que la cabeza de la joven se deslizaba inerte por su hombro, atrajo hacia sí el talle flexible, y su turbación fué tan grande que, inclinándose, cubrió de besos los preciosos cabellos rizados, repitiendo a pesar suyo:

—Monina..., Monina mía..., escúcheme..., respóndame..., se lo ruego... ¡Sufro tanto de verla así...!

Al cabo de dos o tres minutos, Dionisia lanzó un leve suspiro y lentamente fué abriendo los ojos.

Al ver a Bernés, su expresión de seriedad, se tornó risueña:

—¡Ah...! —murmuró—. ¡Qué caída más tonta!

—¿Cómo ha sido?

—No lo sé; me parece que el caballo ha metido la pata en un agujero...

—¿Y ha salido usted por las orejas...?

—Eso es —contestó riendo.

—¿Se ha hecho usted daño?

—No, señor.

Y añadió, pensativa:

—Ha sido usted muy bueno ocupándose de mí...; usted que no parece quererme.

Huberto se puso colorado, como un tomate.

—¡Oh, señorita...! ¿es posible que usted crea que...?

—Yo creo que... sí, perfectamente.

—Pero, al menos —dijo él, consternado—, dígame qué es lo que puede haber dado motivo a...

—¡Oh...! Todo y nada; sería demasiado largo de explicar. Por ejemplo, cuando esta mañana le rogué que viniera al teatro con nosotras se ha turbado usted mucho... y ha rehusado...; ¡ah, pero de una manera rotunda...! ¿Por qué?

—¡Oh, señorita, yo..., yo le aseguro...

—¿Ve usted? No encuentra palabras para responderme. Ni siquiera una excusa vulgar.

Y, sacudiendo sus cabellos, que envolvieron al ahuecarse las mejillas del joven, le dijo muy risueña, sin cesar de reclinarsse en él como en un sillón:

—Después de todo, lo mismo me da, pues quiera o no quiera, usted vendrá esta noche con nosotras. No puede usted negarse.

—Pero...

—No hay pero que valga: Se lo pido a usted en pago de la apuesta.

—¿Qué apuesta?

—¿Ya no se acuerda? Hemos apostado: yo, que habría un accidente, porque siempre los hay. Usted, que no habría ninguno.

—Bueno, ¿y qué?

—Supongo que mi caída es un accidente. Si no le parece bastante, dígame qué es preciso.

—Es verdad, soy tonto. ¡Si viera usted qué miedo he tenido!

Ella le miraba con extrema dulzura, y la caricia de sus ojos le arrebatava.

Después, tendiéndole la mano, le repitió las gracias por sus cuidados: —Y ahora, aléjese en seguida.

—¿Puede usted montar a caballo?

—Por ahora no. Siento agujetas y un cansancio muy grande. Dígame al señor de Clagny que venga en su carruaje. El me llevará. No se lo diga muy alto, porque no quisiera que se enterase mi abuela.

Como Huberto de Bernés retuviera bajo los labios su manecita, le dijo, molesta:

—Váyase pronto y explique al señor de Clagny que deje el carruaje en la carretera y entre a buscarme en la espesura, al borde del sendero... precisamente donde nos separamos hace un rato. ¿Quiere usted hacer el favor, antes de marcharse, de atarme el caballo a un árbol? Muchas gracias.

Volvió a mirarle cariñosamente y preguntó por última vez:

—De acuerdo en lo del teatro..., ¿verdad? Esta noche.

Y él respondió:

—De acuerdo.

En cuanto desapareció Huberto, ella volvió a tumbarse exactamente en la misma posición en que la había encontrado.

Poco después, el rodar de un carruaje hizo retemblar la carretera, y el señor de Clagny, bajándose del coche, entró en el sendero. Al ver a Monina lanzó un grito doloroso y corrió a ella, tomándola en brazos con ansiedad, angustiado:

—Monina... mi amor... mi adorada Monina...

Y lo mismo que Bernés, añadió:

—Oyeme, Monina... respóndeme, te lo ruego...

La besaba en el pelo. Por fin ella abrió los ojos, acarició al conde con su cándida mirada habitual, y estrechándose contra él murmuró como entre sueños:

—¡Cuánto le quiero! ¡Y estoy aquí tan bien... si usted supiera...! ¡Querría estar así siempre... siempre!...

XIV

—¡Entre! —gritó Monina.

De pie, delante del espejo, cepillaba lentamente sus hermosos cabellos, que se ensortijaban a medida que el cepillo pasaba por ellos, impregnando el aire con su perfume delicado.

El criado dijo:

—Es el señor conde de Clagny que viene a preguntar por la señorita.

—¿A preguntar por mí?...

—Sí, con motivo de la caída de la señorita...

—¡Ah!..., ya no me acordaba.

Y dirigiéndose a la ventana preguntó:

—¿Está en el coche?

—El señor conde ha venido a caballo y está en el salón.

—Bueno, pues, ahora bajo.

En cuanto el criado hubo salido, Monina cambió rápidamente de peinador.

Calzóse unos chapines de tafilete rosa, que sentaban admirablemente a sus piecitos. Y, suelto el cabello sobre la pañoleta plisada de su larga bata, corrió a reunirse con el señor de Clagny.

Al verla entrar, el conde se levantó. Tenía los ojos cansados, la cara fatigada y triste.

Monina dijo, alargándole las manos, que él besó:

—¿Por qué se ha molestado usted por mí, tan temprano? Apenas son las ocho: ha debido usted salir de la Noriniera de madrugada.

—No nos ocupemos de mí, sino de usted. ¿Cómo se encuentra?

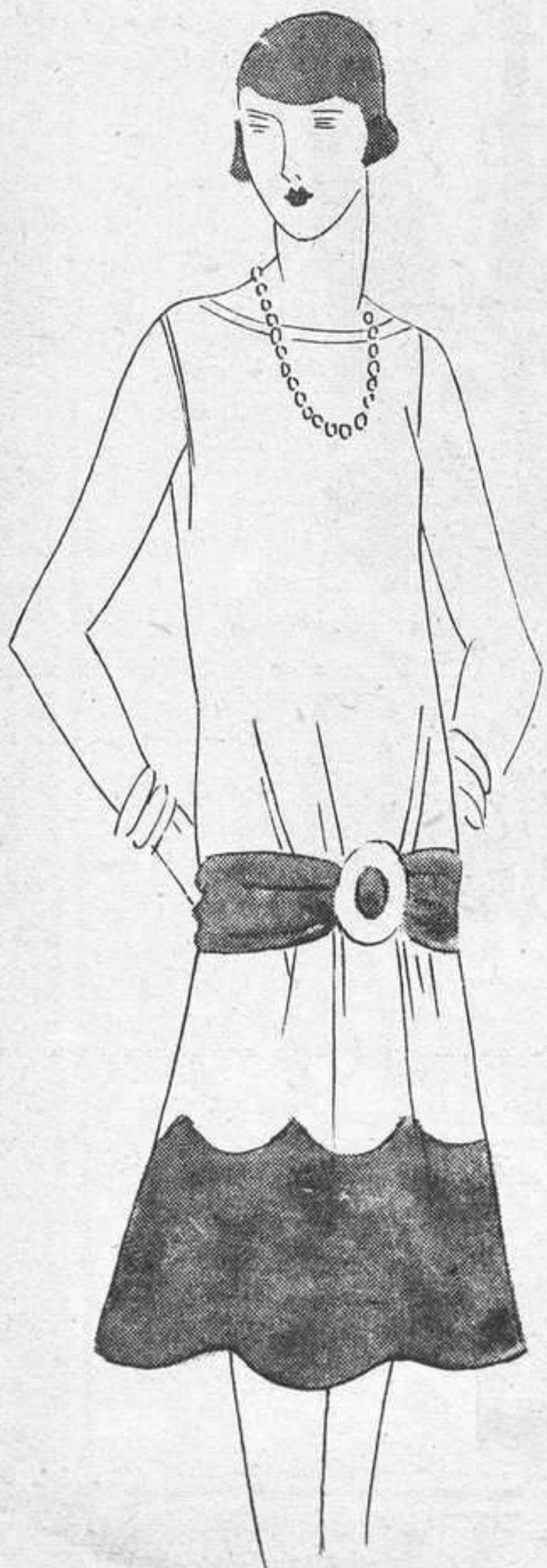
—Admirablemente. ¿No vió usted que seguí el *rally-paper* como si no me hubiera caído antes? Por la noche, en el teatro, no tenía trazas de enferma.

(Continuará en el número próximo.)





VESTIDOS DE "DINER"



He aquí algunos modelos de vestidos para comidas de poco cumplido. Arriba, a la izquierda, encantador vestido de encaje «rubio», algo «drapé» a un lado. En el centro, vestido de «crepe satin» azul, ligeramente bordado en plata.

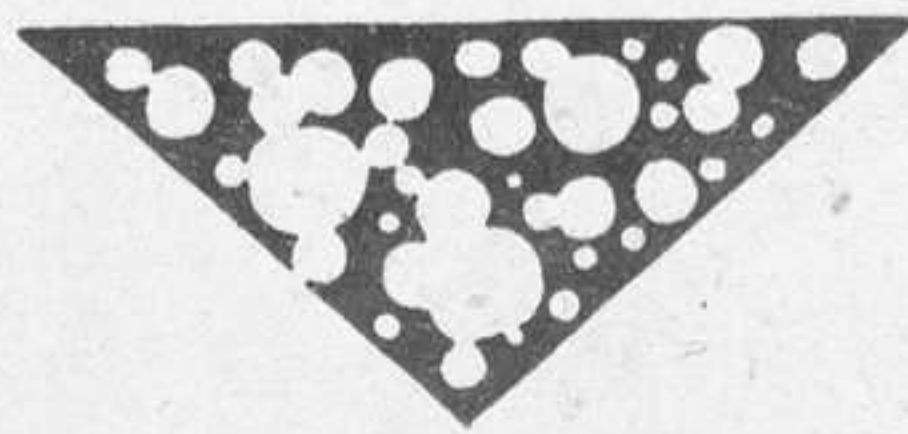
Arriba, a la derecha, traje de terciopelo rosa mortecino con gruesas incrustaciones de encaje de plata. A la altura del talle una franja de este encaje, incrustada, sostiene la falda que forma anchas tablas.

El «lamé» de plata constituye un adorno bonito y fácil de emplear. He aquí, por ejemplo —a la izquierda—, un vestido de «crepe satin» rosa, sencillamente adornado con una cintura y un jaretón de «lamé».

La riqueza destumbradora del «lamé» forma, con la airosa fragilidad de la muselina de seda, un bellissimo contraste, como sucede en este modelito —a la derecha— de muselina ocre, con jaretón de oro.



VESTIDOS



Abajo, a la izquierda, vestido de terciopelo negro bordeado de una franja redondeada, de nutria, subrayada por un galón de oro mate. Canesú de muselina de seda blanca, ligeramente bordada en oro y negro.

A la derecha, vestido de «crepe satin» color castaño, en el cual van incrustadas unas tiras de «crepe satin» color «beige» muy claro. El canesú es de muselina de seda ocre. Una ancha hebilla de concha clara sujeta el vuelo por delante.

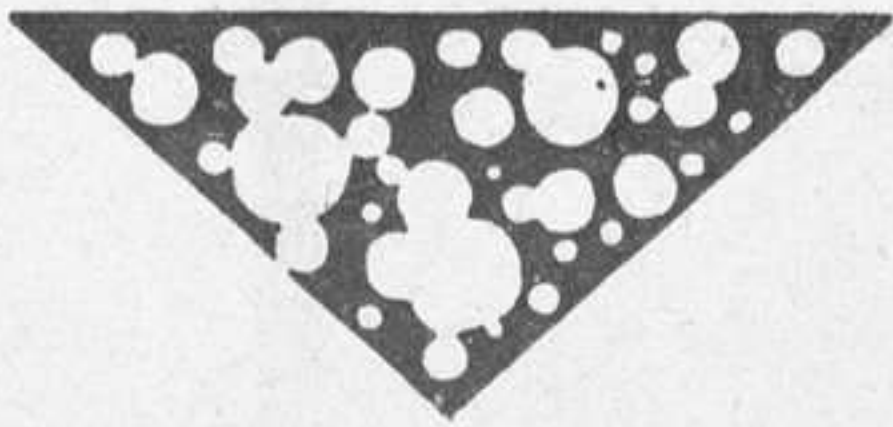
El primero de los tres modelos que aparece en esta página, arriba, es un vestido de crespón, bordado en verde y negro. La falda es de «crepe Georgette» negro, con gruesas tablas.

El segundo modelo del grupo es un vestido de una originalísima muselina de seda, estampada en los tonos verde y ocre, sobre fondo blanco. El cuellecito es de «crepe Georgette» blanco.

El tercer modelo es de muselina de seda color «beige», bordeada con un jaretón de muselina marrón. Ancha faja de muselina marrón anudada a un lazo.



DE TARDE



Abajo, a la izquierda, precioso vestido de «crepe Georgette» verde almendra, adornado con tiras de plieguecitos y tiras de terciopelo verde más oscuro. Las mangas son muy amplias. El cuerpo tiene dos largas solapas que llegan hasta el talle.

A la derecha, vestido para te «dasant», de raso negro, adornado con aplicaciones de «crepe satin» verde, ligeramente bordadas en negro. Este vestido puede ponerse también para una comida.



Arriba, a la izquierda, vestido de pana verde con dibujo de cuadros en negro. Cuellecito blanco con un borde verde y negro. Canelones a los lados, en la falda.

En el centro, vestido de seda artificial labrada, abierto sobre un viso de crespón de China. Va ligeramente ceñido al talle por dos grupos de plieguecitos, y una ancha hebilla parece que acentúa este movimiento.

A la derecha, arriba, vestido de gruesa malla de seda negra, colocada sobre un viso de «crepe satin». Por delante, le adorna un volante de encaje. De idéntico encaje son las mangas. El volante va pegado a una cinta que se anuda por detrás.



UNA FIESTA INFANTIL



¿AY nada más encantador que una fiesta infantil? Las caritas risueñas, sonrosadas por la animación, los trajecitos lindamente adornados, todo evoca una alegría franca y llena de gracia.

Esta es la época en que las mamás gustan de reunir a la gente menuda, y no les falta la emulación para embellecer a los pequeñuelos. En estas páginas, hemos reunido algunos vestidos fáciles de hacer en casa o cuya ejecución puede confiarse a una modista de poca monta. Es tan fácil vestir a una niña, que muchas madres no quieren dejar a nadie este cuidado.

En esta tarea, el color tiene una gran importancia, y el em-

pleo de los tejidos ligeros resulta tanto más fácil cuanto que los movimientos en forma se reservan para los vestidos de las mamás.

Para las nenas de muy poca edad, el tafetán es adorable. Se hacen con él trajecitos de forma campana, fruncidos en los hombros y bordeados por una pequeña *bouillonné* o un minúsculo rizado de cinta, y trajecitos enteramente compuestos de volantitos ligeramente ondulados y colocados sobre un viso de *surah* o de *toile* de seda. Estos volantes no llevan jareta, sino que van ribeteados con un vivo.

Se han abandonado algo los vestidos de *style*, si bien Lan-

El primero de los tres modelos que figuran en esta página, es de «crepe satin» blanco adornado, en su parte inferior y en el cuerpo, por delante, con rosas de raso fruncido y hojas verdes, de raso también. Unos grupos de frunces dan vuelo a la falda.

En el centro, unos volantes de tafetán rosa, ligeramente en forma, van pegados a un vivo de «toile» de seda. El vestido va fruncido sobre los hombros. La pecherita es de tul fruncido.

A la derecha, vestido de crespón de China celeste, adornado con cinta de terciopelo negro y fruncido al talle con una goma. Un vivo de terciopelo negro ribetea el borde de la falda y las sisas de los brazos.



vin sigue haciendo algunos encantadores. Bueno es de saber que estas faldas largas y este cuerpo ceñido constituyen una especie de pequeño suplicio, al que nuestras damitas están poco dispuestas a someterse.

Sin embargo, algunas madres utilizan para estos vestidos unos tafetanes y unos *twill*s floridos con anticuadillos ramilletes en matices mortecinos, que forman un gracioso contraste con la lozanía de las caritas infantiles.

Uno de los más preciosos adornos consiste en las flores de tafetán o de raso fruncido que parecen bordadas sobre la tela. Se venden infinitas variedades de estas flores, cuya colocación, tan fácil de realizar, le da al momento al vestido un aire de insuperable gracia y elegancia.

Abajo, a la izquierda, vestido de crespón de China rosa, adornado con una estrecha «valenciennes» ocre que va fruncida y formando motivos circulares. El cuello, de tul y «valenciennes», lleva una lazada de terciopelo negro.

Vestido de «crepe Georgette», muy fruncido a los lados y con breves mangas plisadas. Por delante, dos tiras de «crepe Georgette», bordado con cuentecitas de porcelana, forman un efecto del delantal.

Arriba, a la izquierda, trajecito sencillo, pero cuya elegancia puede aumentarse por la elección del color. Este modelo, adecuado para el verano que viene, resulta encantador en crespón de China azul pálido, rosa o verde Nilo.

Arriba, a la derecha, vestido adornado con encaje, indicadísimo para las diez y seis primaveras o para una presentación en sociedad. Es de muselina de seda rosa con una lazada de cinta de terciopelo rosa algo más oscuro y un ancho encaje de plata.



EL HOGAR RISUEÑO

FLOROS



Existen varios procedimientos para dar un tono rojizo al follaje y para conservar las hermosas ramas otoñales. Importa mucho no dejar de limpiarlas cada día con un paño húmedo a fin de quitarles el polvo que les da tan feo aspecto.

El arte de disponer las flores es uno de los más encantadores privilegios de una buena ama de casa. ¿Cuántas veces no nos ha maravillado la nota de elegancia con que animaba un interior alguna rama que surgía, esbelta y airosa, de un florero oportunamente colocado? De algunos años a esta parte, se ha intentado modernizar el empleo de este elemento decorativo, y hay que reconocer que se ha llegado a exageraciones deplorables.

Sin hablar de los árboles cubistas de cemento armado que han dejado estupefactos a los visitantes de la Exposición de Artes Decorativas, se han hecho hojas azules en ramas doradas, que hacen añorar hasta las flores de trapo o de papel. No intentemos corregir la naturaleza; conservemos a las flores su gracia delica-



Nada hay más decorativo para adornar los ángulos de las habitaciones que los floreros de cerámica, que tan de moda están en estos momentos. Para colocar los ramos, se llena el cacharro con arena húmeda, en la que se clavan las flores.



Los jarrones redondos se adornan con ramas muy altas y con follaje. Este invierno, se utiliza con frecuencia el follaje rojo o las ramas de avellano.



Sobre un taburetito moderno, en un cacharro negro, las flores de conchas sonrosadas son encantadoras. También se puede pintar con «ripolin» dorando unas ramas y unas hojas artificiales. El efecto es muy «arte decorativo».

da. Si éstas son raras y costosas, sustituyámoslas por follaje, aunque sea artificial, pero eso sí, limpio, cuidado, para que al cabo de algún tiempo no llegue a semejarse a las zarzas de las carreteras, cubiertas de polvo por el paso de los automóviles.

Las flores hechas con conchas pueden resultar encantadoras, porque tienen cierto carácter japonés y porque el rosa nacarado de sus pétalos es verdaderamente delicioso. Su mejor empleo consiste en hacer con ellas un cordón florido, que se coloca alrededor de la mesa con unas bombillas minúsculas que avivan su precioso colorido. También están indicadísimas para los floreros chinos o japoneses.

En la actualidad, la boga de estas guirnaldas ha he-



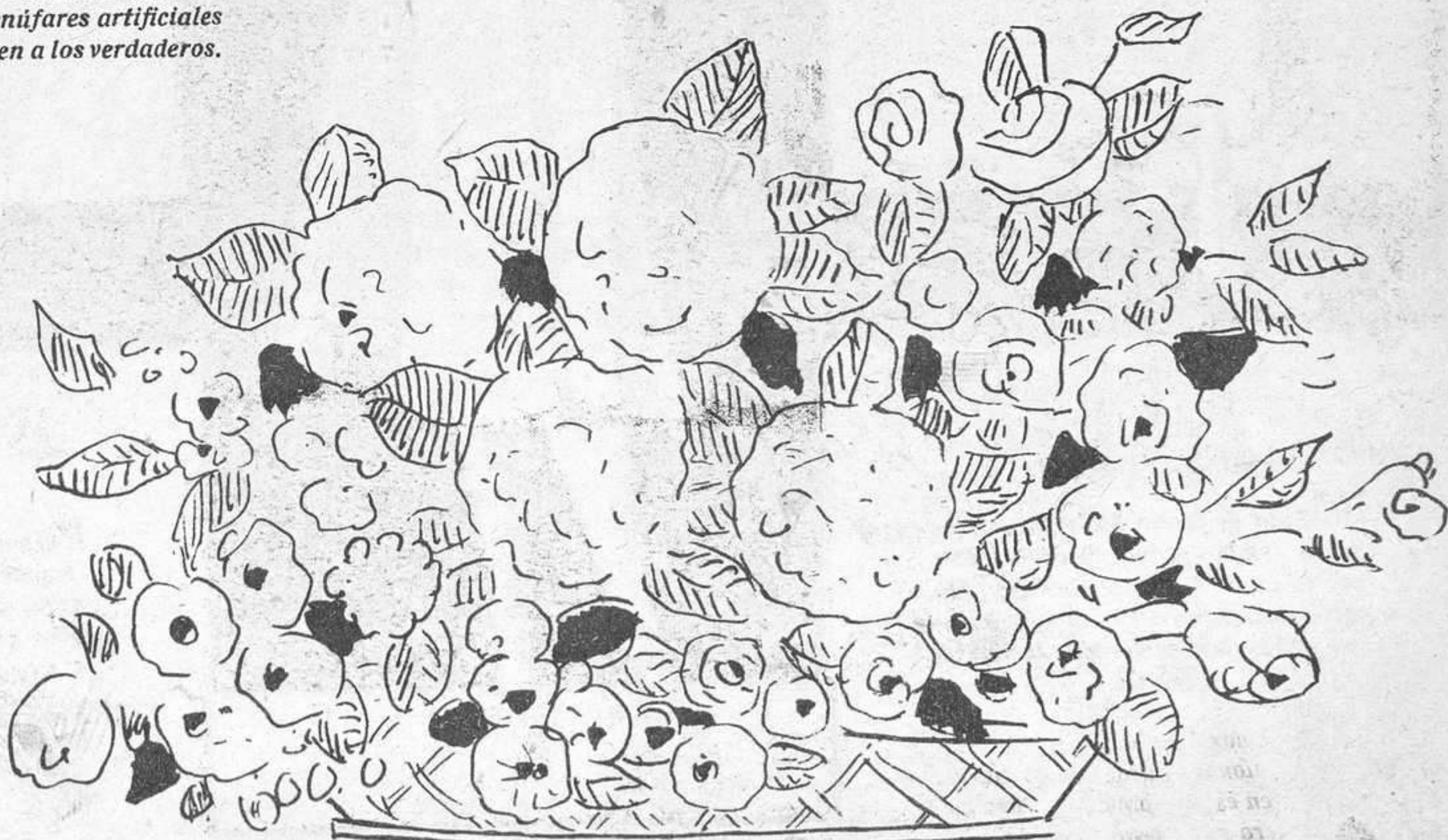
Algunas amas de casa poseen un arte exquisito para disponer las flores y para saber proporcionar la dimensión del ramo a la del florero.



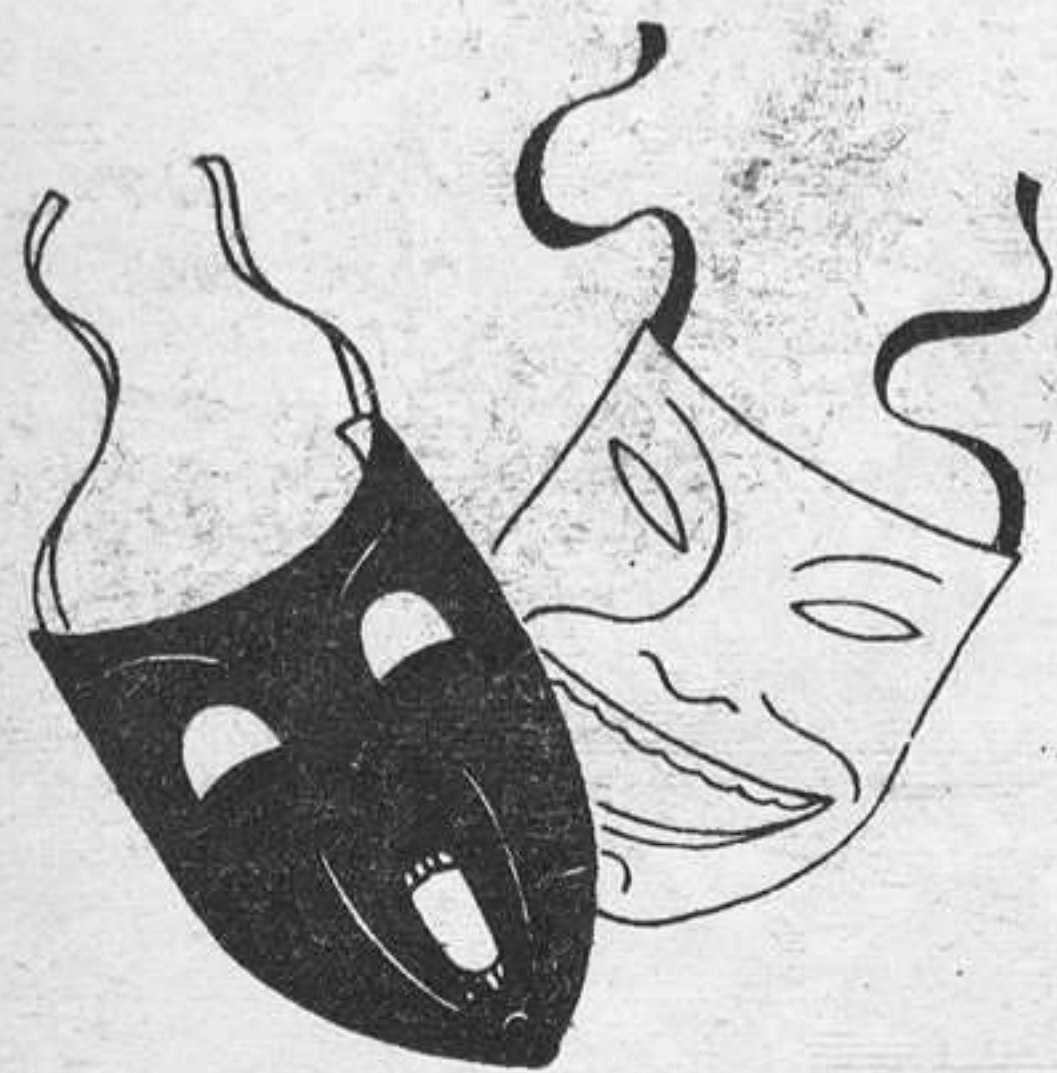
En una copa plana, llena de agua, se disponen gruesas flores sin tallo, que sobrenadan. Existen nenúfares artificiales que sustituyen muy bien a los verdaderos.

cho que se abandonen algo los «centros» de mesa. A veces, también, se esparcen sencillamente sobre la mesa unas flores cortadas. Sin embargo, algunas amas de casa siguen prefiriendo las *corbeilles* muy bajas y llenas de flores muy tupidas: las flores de capuchina o las violetas, según la estación, resultan encantadoras clavadas en el musgo húmedo. Jamás deben hacerse mezclas: una sola clase de flores resulta infinitamente más distinguida que un ramo variado.

Con cualquier «corbeille», así sea de lo más vulgar, se puede hacer un encantador centro de mesa. Basta con pintarla de oro con «ripolin» y colocar en ella uno o varios cacharros llenos de musgo. Las flores, clavadas en el musgo, se conservan admirablemente.



LOS GRANDES MODISTAS



*La
elegancia
en
escena*



JEANNE LANVIN

Vestido de terciopelo verde esmeralda, con dos grupos de canelones a los lados de la falda. El cuello y los puños son de encaje de Venecia. Estos puños forman parte de la manga misma.

CALLOT

Este vestido, de terciopelo verde es llevado por una elegantísima artista en el teatro de «Variétés». El cuello y la cintura llevan un ligero bordado en plata y verde.



JEANNE LANVIN

Para el teatro «Daunou» ha creado «Jeanne Lanvin» este precioso vestido de crespón «marocain» rosa, bordado en plata. El bordado va dispuesto formando dos galones muy brillantes.



BECHOFF

Abrigo de «auto», elegantísimo. Es de paño «kasha», verde almendra, forrado con rata de América. Este forro rebasa los bordes del abrigo, que también puede llevarse por el lado de la piel.



MARTIAL ET ARMAND

Es verdaderamente encantador este trajecito de drapella color de pan tostado, al que adorna una franja de piel de gacela, colocada al borde del «jumper» y de la falda. En el término del cierre, va colocado un medallón de piel de gacela.

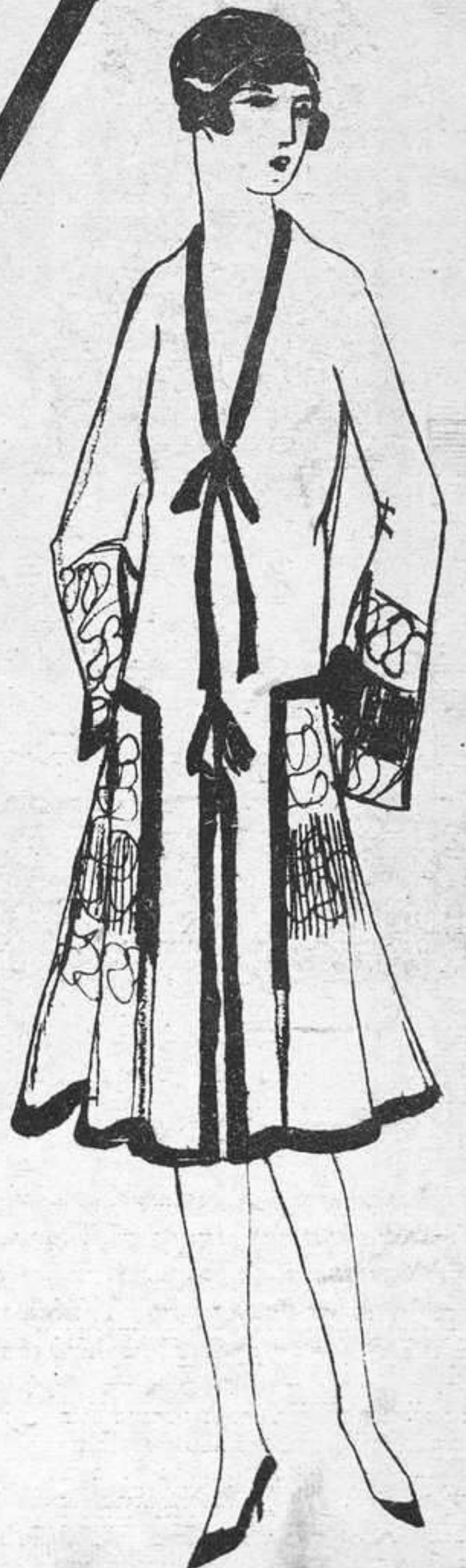


JEANNE LANVIN

A la izquierda, abajo, exquisito vestido de muselina «beige» y encaje de oro, que parece anunciar la vuelta definitiva de los encajes. No hay adorno más adecuado para los tejidos vaporosos.

PHILIPPE ET GASTON

Parece que el rojo y el rosa gozan actualmente de un favor especial. Este vestidito, de crespón blanco —a la derecha—, está bordado en rojo. Una cinta de «gros-grain» rojo adorna el bajo de la falda y el escote en pico.



PARA RECIBIR



A la izquierda, vestido de crespón, estampado en colores castaño, flor de capuchina y gris. El volante, «en forma», va bordeado por un ancho jaretón de terciopelo castaño. Una cinta de idéntico terciopelo bordea el escote y se anuda por detrás.

Abajo, a la izquierda, larga «casaque» de «crepe satin» negro, bordeada de un galón de plata y colocada sobre una falda plisada. La pechera es de tisú de plata.

A la derecha, vestido de muselina de seda lisa y de muselina estampada; la muselina lisa es verde «tila»; las flores de la muselina estampada son en tonos amarillo, negro y verde esmeralda, sobre fondo blanco.



Abajo, en el centro, vestido para casa, de crespón de China malva, adornado con cinta de terciopelo violeta. Tres filas de terciopelo bordean la falda, que forma canelones a los lados.

Abajo, a la derecha, vestido de «crepe Georgette» rosa, adornado con encaje de plata y terminado con un volante plisado, que se ensancha hacia abajo. Este vestido va colocado sobre un viso de crespón de China.





Para hacer un abrigo de lana multicolor.— Materiales necesarios: Lana merino, cinco cabos. 360 gramos distribuidos como sigue:

- 1.º Lana color nutria, 90 gramos.
- 2.º Lana amarilla, 90 gramos.
- 3.º Lana granate, 90 gramos.
- 4.º Lana marrón, 90 gramos.

Tres largas agujas de hacer media, de cuatro milímetros de diámetro, y una aguja más corta para el fondo de los bolsillos; una aguja de tapicero; seda de pespuntear; cuatro metros y medio de trencilla de seda granate.

Punto empleado: El del jersey (una vuelta por el derecho, una vuelta por el revés), con cambio de lana.

Ejecución: Se empieza por el bajo de la parte de la izquierda del delantero, haciendo 84 puntos con la lana marrón; estos 84 puntos darán un ancho de 31 centímetros; se hacen, en todo el ancho, 44 vueltas, empleando, alternativamente, los tonos indicados en nuestro esquema de colores (Fig. 5). Así llegaremos al nivel del bolsillo.

A la vuelta 45, hacer 38 puntos. (Núm. 3.)

Se hacen 26 puntos siguientes y se colocan sobre la aguja más corta; luego, con una cuarta aguja, se hacen los 20 puntos que faltan. Se cortan y se rematan los cabos.

Fondo del bolsillo.—Se hace con la lana marrón; se hacen los 26 puntos de la tercera aguja en una altura de 40 vueltas, teniendo en cuenta que el derecho del punto jersey debe estar en el interior del fondo del bolsillo; este último se abandona de momento.

Se utiliza luego, con el hilo que se quiera, la aguja de los 38 puntos, partiendo desde el borde derecho del delantero. Luego se hacen los 26 puntos del bajo del fondo del bolsillo, que habrá quedado vuelto y doblado, y se acaba con los 20 últimos puntos.

Todos los puntos están sobre una misma aguja; la abertura y el fondo del bolsillo están concluidos.

Se trabaja en todo el ancho, en una altura de 60 hileras, con el punto 4.

Al llegar a la fila 61 se trabaja siguiendo la regularidad del dibujo, pero empezando a disminuir un punto desde el sitio número 4.

Se hacen 11 vueltas hasta el número 5.

Este número 5 señala el principio de la sisa de las mangas. A la vuelta 12, partiendo del número 5, se doblan cinco puntos. Se hacen siete vueltas, disminuyendo un punto en cada una por el lado de la manga y un punto en cada dos vueltas solamente por el lado del escote, línea 4-6. Esto nos conduce hasta el sitio A.

Desde este momento ya no se disminuye por el lado

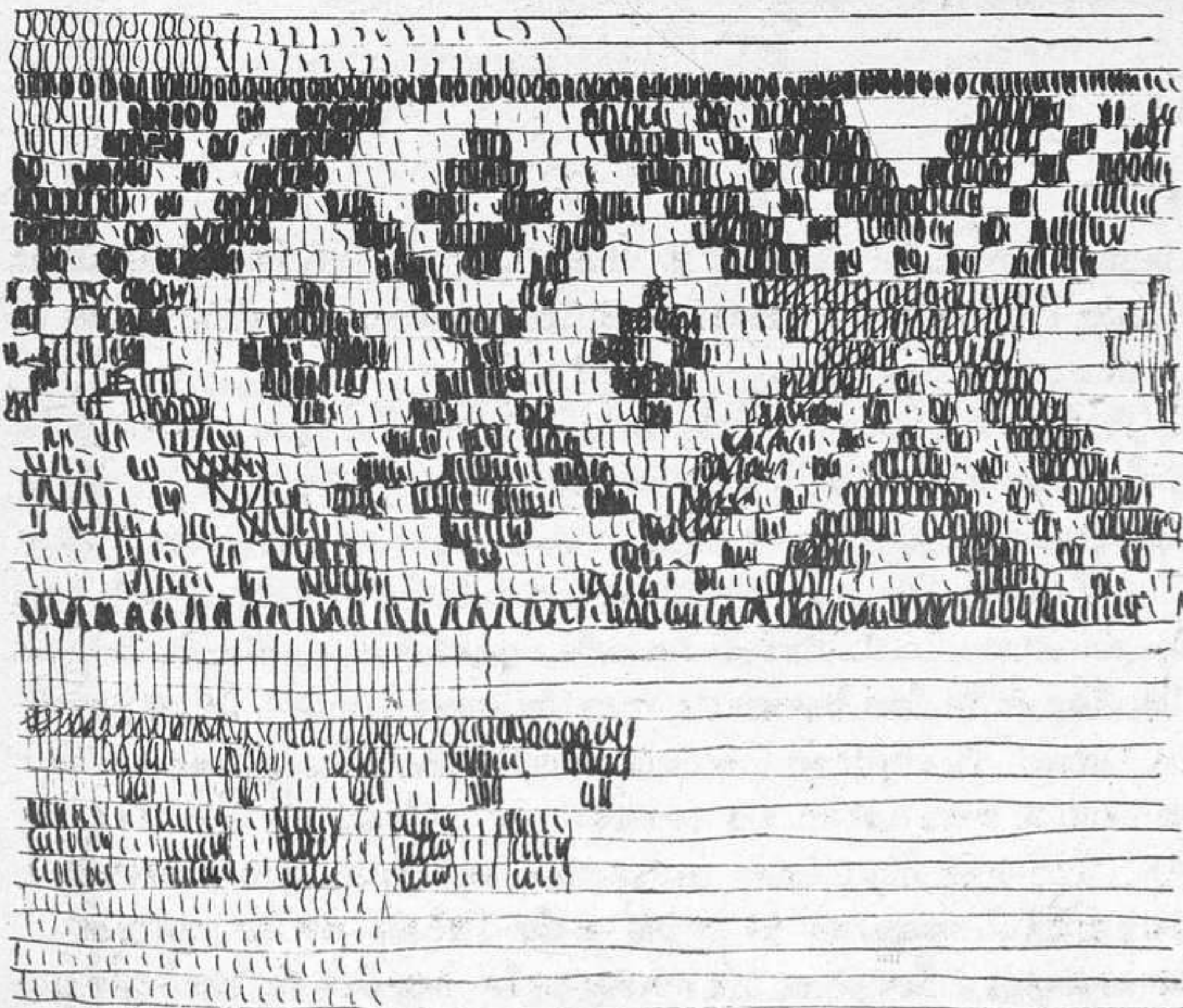


Fig 1

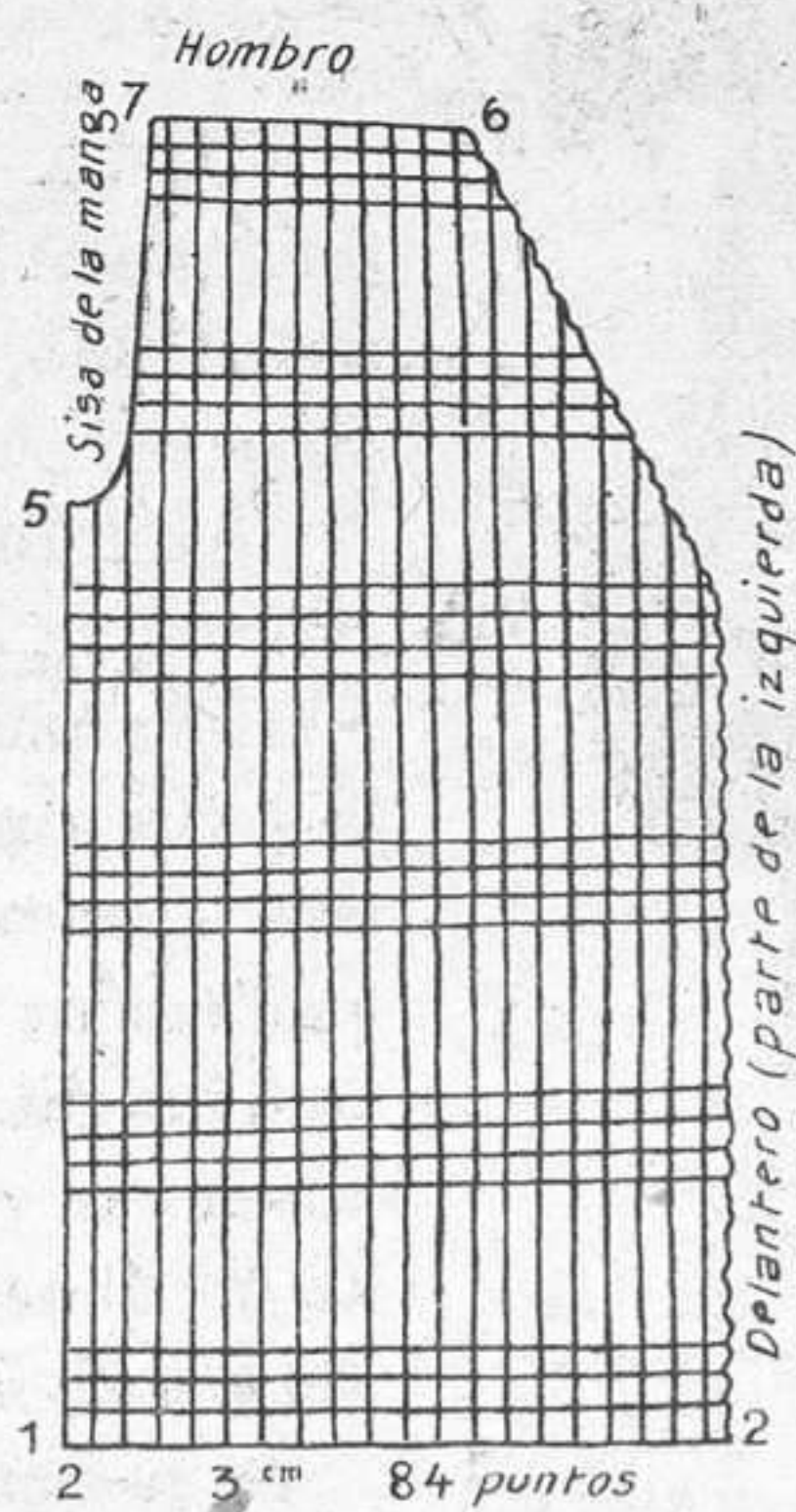


Fig 2

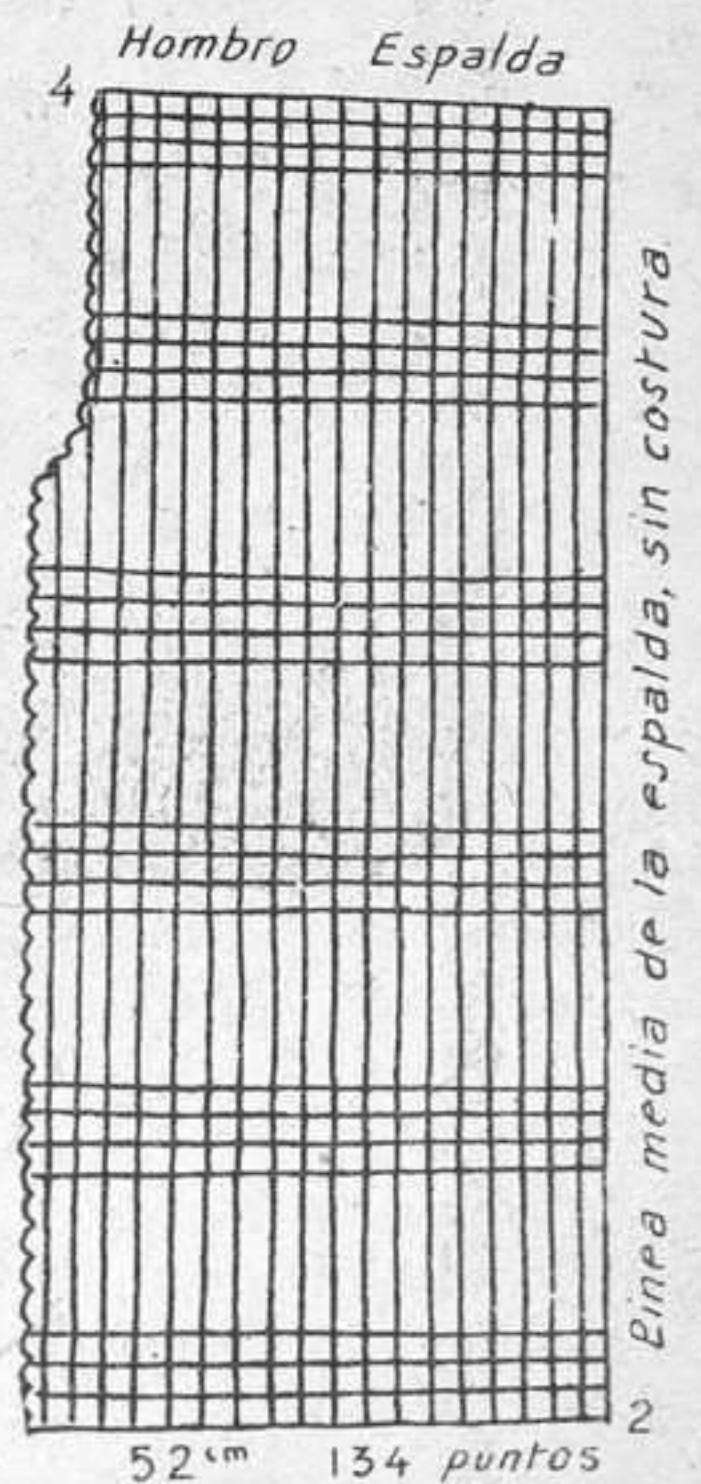


Fig 3



de la sisa, y se hacen 43 vueltas para llegar, en línea recta, al nivel del hombro, línea 7-6.

Durante la ejecución de las 50 vueltas comprendidas entre el nivel de los sitios números 4 y 6 deben perderse 30 puntos, siguiendo la orilla 4-6; es decir, aproximadamente un punto cada dos o tres vueltas, a fin de darle la oblicuidad necesaria.

Hay que tener en cuenta, al ejecutar los delanteros, que uno y otro van colocados frente a frente.

Espalda.—Se hace en una sola pieza. Se empieza por abajo en un ancho de 52 centímetros, o sean 134 puntos.

Se ejecutan hasta el nivel del sitio número 3 el mismo número de vueltas que las comprendidas entre los sitios 1 y 5 del delantero, línea de debajo del brazo.

Desde el sitio número 3 se suprimen cuatro puntos a derecha e izquierda de la labor y se hacen siete vueltas, disminuyendo un punto en cada extremo y en cada vuelta.

Se ejecuta el número de vueltas correspondiente a los dibujos de la parte superior del delantero hasta el nivel de los hombros.

Mangas.—Se empiezan por arriba, montando 98

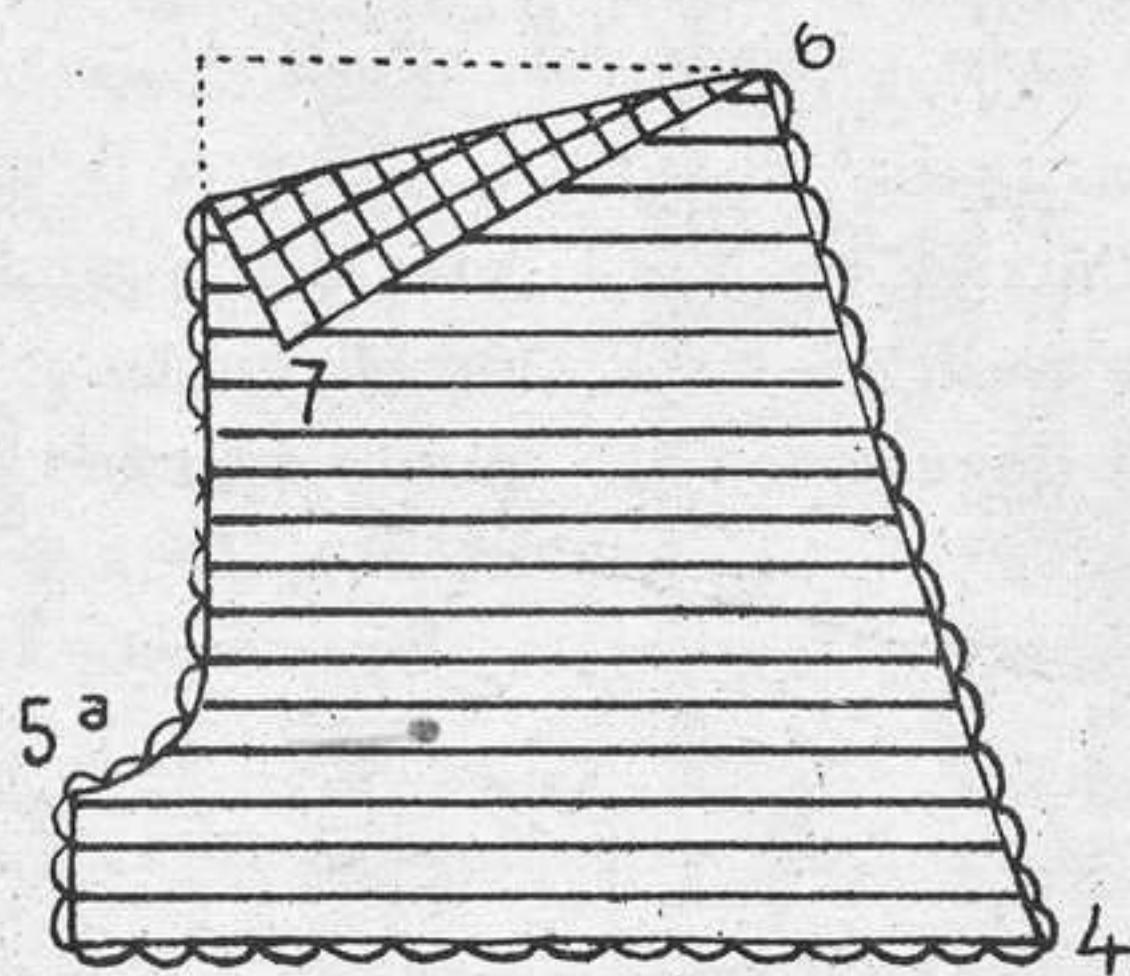
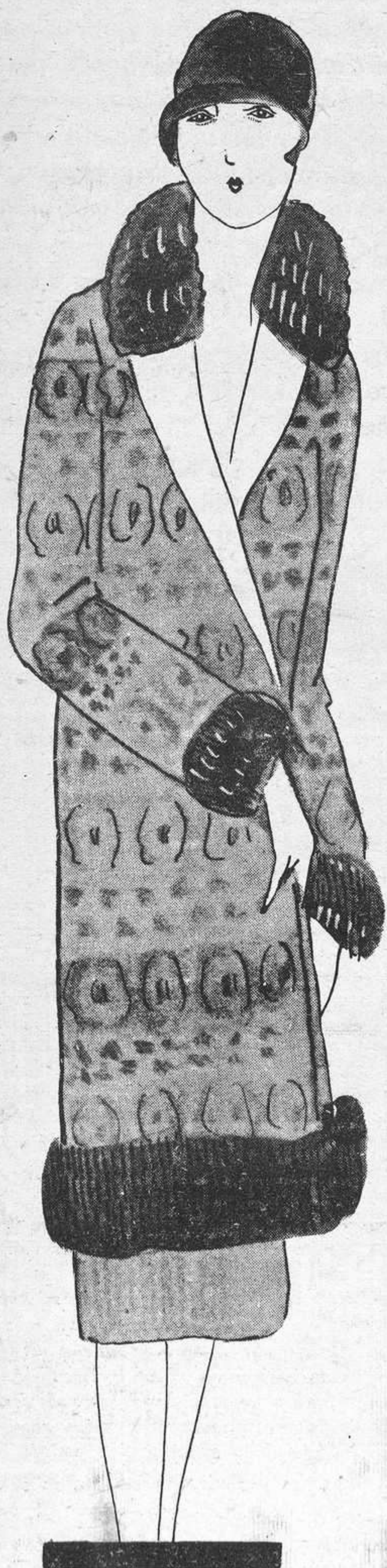


Fig 4

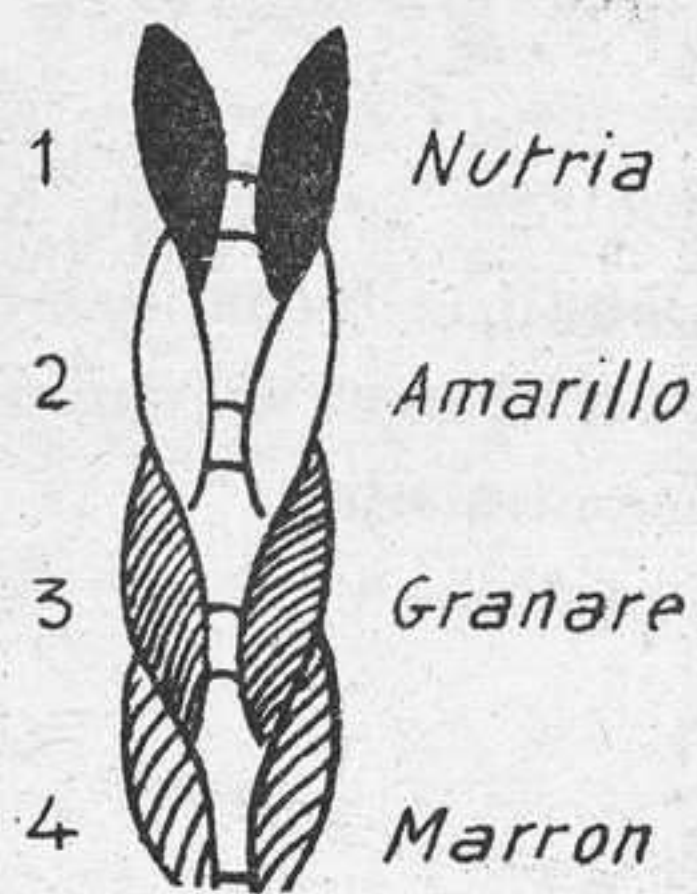


Fig 5

puntos con la lana marrón. Se hacen 135 vueltas siguiendo la regularidad del dibujo, y cada 12 vueltas se disminuye dos puntos; es decir, uno al empezar y uno al acabar la vuelta.

Pegaduras.—Antes de proceder a la unión de las distintas partes de la prenda, se les da a las cuatro líneas de los hombros la preparación indicada en nuestro esquema número 4. Esta preparación consiste en doblar la parte superior de cada línea de los hombros sobre el revés y fijarla con una costura hacia atrás. La finalidad de esta operación es dar la debida inclinación a las líneas de los hombros, tras de conservarles la regularidad del dibujo. Luego, se colocan los delanteros sobre la espalda, juntándolos por el derecho, y se hacen las costuras de debajo de los brazos y de los hombros. Se hacen las cuatro costuritas verticales que cierran los fondos de bolsillo y las costuras de la parte de debajo de las mangas.

Se pegan las mangas a las sisas. Se ribetean los bordes de los bolsillos y de la prenda. El ribete se coloca con un pespunte hecho con seda de un color que entone con el del abrigo.

EL MARIDO -:- LA MUJER

Recordamos que para tomar parte en este Concurso deben:

Las lectoras decir, pensando en su MARIDO (real o imaginado), cuáles serían en él:

1.º Las excelencias espirituales preferibles. 2.º Las menos esenciales. 3.º Las deficiencias morales más insufribles. 4.º Las más llevaderas. 5.º Las dotes físicas más gratas. 6.º Las menos estimables. 7.º Los defectos físicos más odiosos. 8.º Los más soportables. 9.º Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente. 10. ¿Desearía que se diese en él alguna preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizás indeseable? 11. ¿Qué profesión le gustaría más que tuviese?

Los lectores pensando en su MUJER (efectiva o presunta), decir cuáles serían en ella:

1.º Las excelencias espirituales preferibles. 2.º Las menos esenciales. 3.º Las deficiencias morales más insufribles. 4.º Las más llevaderas. 5.º Las dotes físicas más gratas. 6.º Las menos estimables. 7.º Los defectos físicos más odiosos. 8.º Los más soportables. 9.º Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente. 10. ¿Desearía que se diese en ella alguna preeminencia social? ¿Cuál es el caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizás indeseable? 11. ¿Qué conocimientos y aptitudes le gustarían más en ella?

CONTESTACIONES RECIBIDAS

¿CÓMO DEBE SER EL MARIDO?

NÚMERO 14

¿Las excelencias espirituales preferibles?
Inteligencia, corazón, optimismo y energía.

¿Las menos esenciales?
Elocuencia, galantería, sagacidad.

¿Las deficiencias morales más insufribles?
Aparte costumbres inmorales, avaricia y despotismo. Si yo dominase a mi marido, le despreciaría; si fuese un déspota, le odiaría.

¿Las más llevaderas?
El desorden, la impuntualidad.

¿Las dotes físicas más gratas?
Ojos negros, dientes muy blancos y que sea más alto que yo.

¿Las menos estimables?
Arrogante figura, destreza en los deportes.

¿Los defectos físicos más odiosos?
Suciedad, el bigote y que me lleve más de ocho años.

¿Los más soportables?
Fealdad y falta de pelo.

¿Las ideas que deberá tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida moderna?
Que le guste el hogar, pero no demasiado. Execro esos hombres caseros que no se separan de la falda de su mujer y saben cuál es el color de moda y cómo se limpia el terciopelo. Me da igual que sea más o menos sociable, pero sí tolerante con la sociedad; que le parezca bien la velocidad, el jazz-band, y aun los deportes; que le parezca muy mal el divorcio y que tenga una alta idea del amor.

¿Desearía que se diese en él una preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra me sería indiferente?
Desear precisamente, no; pero si por su talento llegase a ser un personaje (dentro de su carrera, no político), estaría orgullosísima de ello; en cambio, me serían del todo indiferentes las proezas de sus antepasados.

¿Qué profesión me gustaría más que tuviese?
Abogado, ingeniero, arquitecto o médico. De ningún modo militar o marino de guerra.

REBECA.
Madrid.

NÚMERO 15

Mi ideal es un hombre generoso, jovial, optimista, sencillo y leal; que rinda culto a su voluntad, que con ella sepa hacerme «muy suya», y que tuviese algo, aunque poquito, del héroe Duguesclín.

Alto, moreno, ágil, con ojos soñadores y sonrisa franca.

No me importaría que fuese celoso, brusco, orgulloso y... chiquillo, en ciertas ocasiones; es más, creo que me gustaría.

No podría sufrirle ningún vicio; quisiera que su voluntad se impusiese; en cambio, me tendría sin cuidado que se fumara la Tabacalera.

No apreciaría en él la hermosura, pues ésta, en los hombres, resulta fatua.

Una barba de tres días, una dentadura mal cuidada y una voz atiplada, es lo que más odiaría en él.

Si por desgracia fuese cojo, creo que le amaría igual; pues ¿no tienen ellos, también, derecho a amar y ser amados?

¿Sus ideas? Pues que sean las mías.

Que adore el mar, el campo, el cielo azul o tormentoso, la bella Natura; en fin, que ame la vida y que sepa vivirla alegremente. Que adore los niños, que sepa ser un buen padre y un hombre de hogar. Que le apasione la música, la literatura y las excursiones.

Que odie el «Charleston» y el «Shymmy». que convierta a los seres en monigotes; el boxeo, el fútbol y los toros, y, por fin, que tenga un alto concepto de Dios y sus obras. ¡Ah!, ya me olvidaba: y que le gusten todos los guisos que le presente su mujercita.

Que fuese educado; pero en cuanto a que fuera rico o pobre, me tendría sin cuidado, con tal que fuese tal como yo deseo.

Me gustaría que fuese médico; son los que hacen bien a la Humanidad, y luego, es una comodidad tener siempre el doctor en casa.

UNA CHIQUILLA QUIJOTESCA.

¿CÓMO DEBE SER LA MUJER?

NÚMERO 13

Las excelencias espirituales preferibles:
Que sea risueña, caritativa, pudorosa y discretamente culta.

Las menos estimables:
No me parece indispensable que sea de una gran elegancia; con que vaya sencilla, basta.

Las deficiencias morales más insufribles:
El orgullo y la vanidad.

Las más llevaderas:
Me gustaría que tuviese el genio algo fuerte..., para tener el gusto de domarla.

Las dotes físicas más gratas:
Morena, ojos grandes, boca encendida, alta y bien plantada.

Las menos estimables:
El pelo rizado y la piel blanca.

Los defectos físicos más odiosos:
Demasiado gorda o demasiado flaca.

Los más soportables:
La nariz grande o chata.

Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente.
Que le gusten los deportes, el flirt, el shimmy, el feminismo... pero en las demás.

¿Desearía que se diese en ella alguna preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizá indeseable?
Todo eso me tendría sin cuidado.

¿Qué conocimientos y aptitudes le gustarían más en ella?
El amor, el hogar y la maternidad.

R. T.

NÚMERO 14

Las excelencias espirituales preferibles:
Espíritu maternal siempre: de niña, de novia, de esposa y de abuela. Siempre maternal.

Las menos esenciales:
¿Cabe decir la Ortografía?

Las deficiencias morales más insufribles:
Que sea responzona, como las criadas.

Las más llevaderas:
La curiosidad; pero solamente llevadera.

Las dotes físicas más gratas:
Los ojos. Y no es que yo elija sus ojos. No sé cómo deberían ser sus ojos. Pero habían de gustarme. ¡Más aún que gustarme!

Las menos estimables:
El tamaño de la boca.

Los defectos físicos más odiosos:
Puede que se me califique de raro; pero odio, y considero defecto, al hoyuelo.

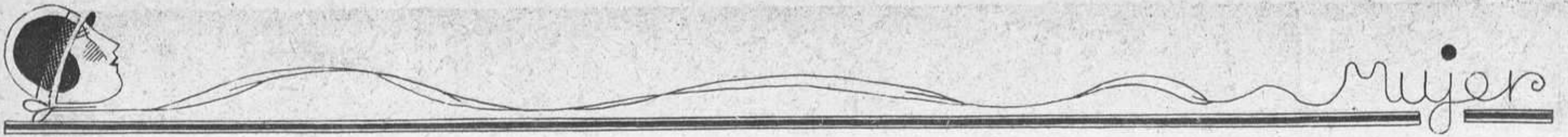
Los más soportables:
Los que sean por accidente; y más si son de auto.

Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente:
Ahora me atrevo a desear que esté amoldada a la vida; que vivamos juntos el ambiente moderno sano. Pero no sé si son teorías que luego se deshagan con celos.

¿Desearía que se diese en ella alguna preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizá indeseable?
Sí; desearía para ella determinada preeminencia. Desearía que se dijese a su paso: «Esa es la mujer de Fulano». Y Fulano, yo.

¿Qué conocimientos y aptitudes le gustarían más en ella?
Los conocimientos míos; pero siempre un poco más bajos de nivel intelectual.

ANTONIO DEL M.
Zaragoza.



¿CÓMO DEBE SER EL MARIDO?

NÚMERO 16

¿Qué excelencias espirituales estimaría usted más en su marido?

Creo que las más necesarias en una persona (y aún más en un hombre), por ser garantías de felicidad, son: religión, educación y firmeza de opiniones. Y las llamo garantías porque el hombre que las posea es un verdadero hombre, que es lo que debe desear para marido una mujer mujer. Después, ya en segundo término, estimaría que fuese trabajador, algo romántico, simpático y que me contase todas, todas sus cosas, sin excluir negocios, pues sería una prueba de que me consideraba capaz de comprenderle, de discurrir, de ayudarlo; en una palabra: de ser para él la compañera soñada...

¿Cuáles otras suyas apreciaría usted menos?

Ante todo, que fuese cristiano únicamente de nombre. El hombre que cree y deja que crean que es cristiano, debe serlo; es decir, que en el momento que dude algo o crea injustas las leyes de la religión, debe tener suficiente fuerza de voluntad (aquí se demuestra el hombre) para examinar lo que sea. Si ve que es falso o injusto, que se aleje por completo de ella; si, por el contrario, se convence de que su religión, como obra de Dios, es perfecta, que la practique; pero sin titubeos, de corazón. Me molestaría también que mi marido fuese grosero, que no me supiese respetar. Comprendo que tengo quizás exageradas susceptibilidades..., pero soy así.

No quiero un marido sin opiniones, ni poco comunicativo, ni vago.

Si me caso, sabré perdonar todos los defectos de mi marido menos los que dejo anotados.

No me importaría que mi marido fuese francamente feo ni que no tuviese buen tipo. Como físico, sólo deseo que sea más alto que yo y que no sea calvo. Lo demás, ¿qué me importa? Sabiéndome querer...

Me gustaría que no fuese exageradamente moderno (de «niño bien»..., ¡ni hablar!). ¿Sus ideas sobre la familia? Quiero que mi marido sea el verdadero jefe de ella, que se ocupe de sus hijos, de su educación, y que esto no lo haga por obligación, sino por cariño, por gusto. El que su opinión sobre la familia y la casa sean de verdadero hombre feliz debe depender de su mujer, de la atracción que sepa dar a su hogar y hacerle deseable, es decir, que haga que encuentre en él —el marido—, según sus gustos, todo lo que le pueda hacer agradable y querida su estancia en casa. Sobre la sociedad: No me importará que mi marido no la adore. Amistades, sí; pero íntimas, antiguas y verdaderas. En una palabra: deseo en mi marido las ideas de buen cristiano, de un buen padre y de un excelente amigo...

Preeminencias: De desear alguna, en su carrera, sea cual fuere. Pero nada de cargos públicos que le hiciesen popular.

¿Qué profesión?

En esto sí que no puedo adelantar ninguna; así como no puedo decir tampoco qué dote física desearía. ¿Por qué? Sencillamente, porque todo eso lo encuentro secundario. No me pienso enamorar ni de su carrera ni de su belleza. Le querré a «él». Como al casarme confiaré en él ciegamente, me será completamente igual que sea una cosa u otra. Únicamente deberá interesarme nuestro porvenir, y ese lo dejaré en sus manos...

CARACOLA.

NÚMERO 17

Que fuera opuestamente distinto en gustos y amante de la controversia, para poder discutir como buenos amigos las horas que amenazaran hacerse fastidiosas, para, al fin de los años, identificarnos en un todo.

No quisiera que fuera déspota.

Que fuera opuesto a mi estructura física.

Que, sin ser timorato ni fanático, comulgara con las doctrinas de Jesús en un todo, en palabras y obras a la par; que fuera amante de todos los progresos que beneficien y unan a la colectividad.

Que amase la valía moral sobre toda otra preeminencia.

Lo que las circunstancias y el medio le hubiesen deparado. Hasta me conformaría con un barrendero, y a vivir muriendo en la miseria económica, si debajo de la blusa latía con delicada ternura su corazón para mí. Todo, menos que negociara en cosas poco limpias y de intereses indebidos o exagerados, o amigo de cometer grande o pequeño fraude. Todo, menos que pudiera llegar a desmerecer en mi estimación, y, lo que es peor, quizá a corromperme a mí con su mal ejemplo.

PALOMITA SIN HIEL.

¿CÓMO DEBE SER LA MUJER?

NÚMERO 15

Ni beata ni descreída, como el café con leche mitad y mitad. Sentiría que hiciera lo que llamamos buenas acciones por instinto, costumbre o tradición; en cambio me parece más tolerable, y quizás deseable, que cuando no fuera sincera conmigo comenzara por no serlo con ella misma, pues me encantan las personas que antes de realizar lo que llamamos malas acciones, se construyen una teoría éticofilosófica para disculpar aquéllas.

En lo que al físico concierne soy un tanto escéptico. La única norma aceptable me parece la que daba el socarrón Juan Ruiz, arcipreste de Hita; pero como el tal consejo es hartas veces impracticable, soy partidario de ir a ciegas en este asunto y confiarlo todo a la suerte.

En ideas la deseo «muy antigua y muy moderna», y como condición, *sine qua non*, que no moralice. Decía Oscar Wilde que la mujer moralizante, es siempre una mujer fea; no creo tanto, pero sí opino que, caso de ser bonita, indefectiblemente se afearía.

¿Preeminencia social? Hija de su padre; quiero decir en este aspecto la estimativa de las mujeres debe hacerse atendiendo únicamente a la significación política, intelectual y, sobre todo, económica de sus progenitores.

Por último, para mí sería motivo de divorcio que mi mujer supiera extraer una raíz cuadrada.

ADELFO.

NÚMERO 16

Es cierto; esta encuesta tiene un inconveniente difícil de salvar: el de hacer una silueta femenina realmente humana. Esto es debido a que el ansia de perfección que indudablemente late en el fondo de la conciencia humana nos hace idealizar el tipo de mujer que definimos, prodigando insensiblemente las buenas cualidades y omitiendo defectos, acaso irremediables por formar parte de nuestra propia esencia. Debíamos resistir el impulso de escribir; pero... es tan tentadora esta encuesta.

Excelencias espirituales:

Un manantial de ternura, pero entereza y resolución. Comprensión; delicadeza; desinterés. Fidelidad nacida de una honradez acrisolada, del altísimo concepto que esta virtud debe merecerle, de la fortaleza de espíritu, de la propia estimación. Temo a las mujeres honradas exclusivamente por amor. La virtud tendrá tanto más valor cuanto mayor sea la lucha que sostengamos dentro de nosotros mismos por conservarla. La mujer honrada por pasión corre el peligro de cambiar sus preferencias, y sin el freno del raciocinio es víctima del instinto.

Las menos esenciales:

Gran cultura que pueda degenerar en petulancia, y en cambio, buen gusto y distinción intuitivos.

Deficiencias morales más insufribles:

Inmoralidad, base de toda desgracia conyugal, egoísmo, insinceridad e intemperancia.

Las más llevaderas:

Los enfados, que pasan pronto y dejan lucir nuevamente el sol de la cordialidad.

Dotes físicas más gratas:

Un conjunto armónico de tipo español a base de color moreno; ojos negros, dulces; nariz ligeramente aguileña.

Las menos estimables:

Todas las que contribuyesen a hacerla belleza oficial, haciéndola pensar sólo en sí misma.

Defectos físicos más odiosos:

Aquellos de que es culpable quien los padece y que tienen por base el abandono y suciedad.

Los más soportables:

Los que menos disuenen en el conjunto.

Ideas:

Optimistas, nacidas del placer de vivir. Conformidad con las corrientes modernas de acuerdo con la moral.

Preeminencia social:

Ninguna. Ni manchas ni fulgores en su linaje. Ni de qué envanecerse ni por qué avergonzarse.

Conocimientos y aptitudes:

Los que tienden a hacer del hogar un templo de dulce reposo, poniendo tregua a las luchas de la vida y haciendo de él un oasis en medio de la monótona aridez de la existencia.

J. J. C. B.



Publicamos aquí los originales que nos envíen nuestras lectoras: artículos, ensayos, crónicas, comentarios, fragmentos de diario, narraciones, poesías, etc.; dibujos (solo en blanco y negro); ideas de labores, fotografías (no retratos), etc. Se publicará lo que permita el espacio disponible, prefiriendo lo que tenga mayor interés general.

Atardeceres...

A mi primo R. C. d'A.

Es una tarde lluviosa y gris...; por el paseo de San Francisco, de la noble ciudad ovetense, camina, melancólico y en perfecta armonía con el día triste y desapacible, un joven de alta estatura, rostro moreno y ojos de mirar suave y cálido... Con el sombrero debajo del brazo, desafía la lluvia y el viento, que juguetea con sus rizos...; su andar indeciso deja ver que su espíritu está lejos, muy lejos de allí... Suenan a su lado risas juveniles, que desgranán sus encantos, sin que él llegue a percibirlos... ¿Qué es lo que así puede abstraerle? Recuerda un día que en su vida dejó profunda huella.

Era un bello atardecer de primavera; se celebraba en Oviedo una magnífica procesión; largas filas de jóvenes con la clásica mantilla española daban al conjunto belleza y animación. El ambiente de recogimiento, lo solemne de la hora, los efluvios de amor que la Naturaleza enviaba como símbolo de adoración al devoto acto, todo ello dejó infiltrar su aroma en el juvenil corazón de Rafael, que hasta entonces era libre...; sintió por vez primera la sublime poesía del amor único; su espíritu rindió pleitesía a una bellísima joven de ojos azules como el cielo de estío, de sedosos y dorados cabellos, que suavemente mecidos por la brisa y formando a manera de aureola, hacían más suave la mirada de sus ojos inocentes e ingenuos.

... Tan grato recuerdo le hizo estremecer, sintió una vez más el horrible dolor de la ausencia; aquellas horas pasadas al lado de su amada, en íntima comunión sus almas, gustando ambos el mismo ideal, sintiendo con igual vehemencia la grata impresión de los atardeceres tristes de la noble ciudad... Todo le entristeció, al ver que la dicha había pasado rozando su espíritu y que se había desvanecido, dejando en su corazón una huella indeleble de dolor.

Abrumado por sus propios pensamientos, sentóse donde no hacía mucho había desgranado las suaves y conmovedoras palabras que la juventud de todas las edades y épocas paladea con placer. Quiso revivir el doloroso instante en que sus almas se sintieran desligadas, y su corazón se reprochó el no haber sabido decir la palabra oportuna en el momento preciso, el no haber perdonado cuando en lo más íntimo de su ser el desgarramiento de su dicha le dictaba nobles palabras de consuelo y amor... Al creer su cariño deshecho para siempre, sintió su alma entristecida, y queriendo contener su dolor, alzó la vista para contemplar la noche, que, callada y llena de odio, había herido el corazón de la tarde... Todo el cielo, antes pálido, se teñía de vivos colores: empezaba la agonía lenta y suntuosa de la luz. Largas fajas de anaranjada transparencia, manchas oscuras, nubes que dibujaban siluetas extrañas, flores irreales de una flora de ensueño...; luego, en tránsito impreciso, los matices tenues, apagados...: la noche que llega, borrando con los densos ropones que la envuelven la huella de su crimen... Todo es silencio allá en lo alto; enciéndense misteriosamente las lucecitas trémulas de otros mundos, derramando en el corazón de Rafael el mirífico bálsamo de la esperanza, la fe en un porvenir de dicha y de amor, y en la poesía infinita de sombras y silencios, que inspira hondas meditaciones, dulces recuerdos e imágenes románticas de belleza ideal; él, joven y pleno de entusiasmos, sintió de nuevo renacer en sí la paz, descendiendo a lo más íntimo de su espíritu esa dulce quietud que la magna visión de los horizontes sin término deja en las almas que saben soñar...

FLEUR DE REVE.
Madrid.

A «Mi amigo y yo».

¿Mi amor?... ¿Recuerdas, dime,
aquellos juncos tiernos,
lánguidos y amarillos,
que hay en el cauce seco?...

¿Recuerdas la amapola
que calcinó el verano,
la amapola marchita,
negro crespón del campo?...

¿Te acuerdas del sol, yerto
y humilde en la mañana,
que brilla y tiembla, roto,
sobre una fuente helada?...

DOS SERES EXTRAÑOS.

Una historia de reyes.

I

—De manera que ya lo sabéis: a los que se hayan portado bien, es seguro que esta noche les dejarán los Reyes lo que han pedido; pero los que hayan sido malos, lo más probable es que no quedarán muy complacidos.

Y Noluco, caminando por la calle con sus seis mal florecidas primaveras bajo una camiseta vieja y unos pantalones más viejos to-

avía, meditaba las palabras que aquella tarde dijera la señorita catequista. Y se decía que él no había pedido nada a los Reyes y que, por lo tanto, nada recibiría.

II

Perdió Noluco a su padre cuando tenía seis meses, y antes de cumplir dos años, ya su buena madre había marchado a reunirse con su compañero. Quedó solo Manoluco en la misma situación que un pajarillo «caído del nido demasiado pronto», como en la frase feliz de la poesía de Lamartine.

De mala gana, y comprendiendo que aquel chiquillo no podía vivir solo, recogió al huerfanito su única parienta, una tía solterona, de duro y seco corazón, que, dándole mala comida y peor cama y dejándole ambular a su gusto por las calles de la ciudad, creyó cumplidos sus deberes hacia él.

Gracias a su buen natural y a las señoritas catequistas, que lograron atraérselo y cultivaban cristianamente su corazón, iba formándose Noluco, al crecer, un niño simpatiquísimo, pero demasiado serio para sus años.

III

La catequista había dicho que a los «buenos» les concederían los Reyes lo que hubieran pedido. Y aquella noche, en la iglesia, mientras se rezaba el Rosario, pensaba Noluco que él había sido bueno y que tenía una cosa muy grande que pedir; tan grande, que no le cabía en el corazoncito infantil; tan pesada, que parecía que le aplastaba el pecho, y al mismo tiempo tan dulce que, sin saber por qué, se le deshacía en lágrimas, que salían de lo más hondo de su ser.

A través de su llanto miraba Noluco las capas rutilantes de los tres Reyes Magos, y el Niño Jesús que le abría los brazos entre la Virgen y San José. Y, de entre la almita del nene, brotaba la plegaria a los Reyes, esa dulce plegaria que ha salido del fondo de tantos corazones...

IV

—Y bien, Noluco, ¿qué rezabas con tanto fervor que estabas hoy tan quietecito? —pregunta la catequista al salir del Rosario.

Y Noluco, con la carita triste, encendida en rubores, con toda la inocencia de su corazón a flor de labio, y un trémolo de pena y a un tiempo de alegría en la voccita tímida, contestó:

—¡Les pedía a los Reyes... una mamá...!

PUEBLA DE LOS ANGELES.

Terminación de carrera.

(A MARGARITA.)

Este curso termina,
termina para siempre,
dejando unos recuerdos
muy tristes al pasar,
tronchando una por una
las flores y las hojas
del árbol de mi infancia
que planté al empezar.
Después... es necesario
que otro curso comience;
tendrás una discípula
que se asemeje a mí:
un poco revoltosa,
como lo era yo entonces,
con unas ganas locas de jugar y reír.

Y yo me digo, en suma,
entre tanto pasado,
si es el presente mudo a tanta realidad.
Y en éxtasis pregunto,
con tristeza profunda:
Mi ayer, ¿fue una mentira?
¿Fue, acaso, una verdad?

Y cual una respuesta
a mi ilusión de niña,
como en sueños pasados
de un sol primaveral,
los silencios se quedan
sin respuesta en su ritmo
en la página en blanco
del último compás.

Al azar de mis pasos
por la vida que empieza
jamás ya tu recuerdo
se apartará de mí.
Y más que todos ellos
conservaré ese culto,
para que llegue un día
en que puedas decir
que todas te han querido,
pero nadie..., no nadie como tú.

CARMELÍN.



A Sevilla.

¡Salve...! ¡Ciudad Santa! ¡Reina de la alegría! ¡Imperio de la gracia y de las flores!

¡Al fin! Vuelvo otra vez a hollar con mi planta el polvo de oro de tus jardines de ensueño, y a embriagarme de nuevo con el aroma de tu ambiente... Fuiste para mi vida posada terminal, y en tu seno, cobijado bajo la sombra de tu Giralda augusta, guardas el «amor de mis amores».

Fuiste para mí, madre amantísima y acogedora... Consolaste mi espíritu y serenaste mi alma. Restañaste las heridas de mi corazón con la ilusión gloriosa de un cariño inmenso como el espacio infinito y eterno, como el misterio de la vida... Hiciste que te amara en tu cielo, en tus flores, en tus fuentes... Me enloqueciste con tu alegría contagiosa; con los rayos de tu divino sol, que refleja en tus vinos y que es llama en los ojos de tu «Macarena». Desplegaste ante mi asombro el brillo y la suntuosidad de tus maravillosas fiestas, que es todo unción y regia majestad en tu «Semana Grande» y alegría pagana en tu Feria...

Me sentí deslumbrada ante tu torre, gentil soberana entre todas y colosal peineta en tu mantilla de flores...

¡Yo te quiero, ciudad de la luz...! Y en mi cariño, todo realidad, va mezclado el santo egoísmo de un nuevo y único amor ¡que es mi vida!

¡Salve, pues, ciudad gloriosa de mis amores! Y al llegar nuevamente a ti, a guisa de saludo yo me inclino reverente ante esa gloriosa torre que es altar de tu fe y tu hidalguía.

LA PRINCESITA FELICIDAD.

Recompensa.

CUENTO

Todo era agitación en el Hospital de Sangre, desde el último combate, donde cayó herido muy grave el bravo teniente Yisb; era preciso hacerle la trasfusión de sangre, y a pesar de lo desesperado de la situación, nadie se brindaba a ello. Solamente la Inglesita, aquella muchacha que al saber la gravedad del teniente había llegado a su lado para no separarse, ofrecía su vida.

Es preciso que tenga usted más horas de reposo —había dicho el doctor—, pues si no, mañana acaso no resista la fuerte prueba. Y dándole una palmadita cariñosa en el hombro, contempló a aquella mujer, casi niña, que con abnegación de madre velaba al herido.

¡Oh, no! Mi buen amigo: bien sabe usted que en cuanto logré convencer a mi madre, dejé todo por venir hacia él; él es el único cariño de mi vida. ¡Qué me importa perderla sabiendo que he salvado la suya! Y, al decir esto, una nube de tristeza contrajo el rostro de aquella nena rubia, que, por su bondad, se había hecho querer de todos aquellos seres, un poco endurecidos de alma a fuerza de ver tantos sufrimientos.....

Se llevó a cabo la trasfusión, y el herido recobraba la salud rápidamente. ¡Qué alegría había experimentado al saber que aquel sacrificio era «ella» quien lo había hecho! ¡Quién podía ser, si no ella! Y con horror recordaba, toda su vida de vicio y cabeza loca, haciendo sufrir a aquella nena, cuando era la única que ponía una nota

sublime y pura en su vida, con todas las ternuras de una madre y esposa. ¿Por qué la había hecho verter tantas lágrimas? ¡Cuántas veces la abandonó sin motivo, con la indiferencia de un ser salvaje, sin comprender todo el martirio que esto suponía para ella! Pero ahora ya no le perdonaría, ya no creería nunca más en las protestas de arrepentimiento, de ese arrepentimiento que la prometió tantas veces falsamente, y que, sin embargo, ahora estaba seguro de que era verdad, porque no podría vivir ya sin ella. Tal vez ya estuviese entregado su corazón para formar el hogar de amor, que tantas veces le brindó a él y que no supo apreciarlo y conservarlo como santa reliquia; y al pensar esto, dos lágrimas rodaron por las mejillas de Yisb, de celos y dolor, al ver que se le escapaba la única y verdadera felicidad de la vida.

Dos golpecitos dados en la puerta hicieron palpar violentamente el corazón de Yisb. Estaba frente a ella, y al ver la palidez de su rostro, cogió y besó aquellas manos santas tan adoradas.

Su ojos se encontraron por primera vez después de tanto tiempo. Ella fué quien, con voz velada por la emoción, rompió aquel silencio.

—Vengo —dijo— porque mañana parto para España, y no volveremos a vernos. Quise separarme de ti como tantas veces lo hiciste tú de mí: sin una palabra de reproche ni de ternura. ¡Para qué remover ilusiones ya muertas!..

Y cuando sus pasos, vacilantes, se dirigieron hacia la puerta, notó que él la sujetaba por los brazos, musitándola al oído toda la ternura de su alma, purificada por la bondad...

Sus labios se unieron. Y ante aquella recompensa sublime, para toda la vida, supo perdonar con el corazón henchido de felicidad...

MAGDALE.
Madrid.

A Madrid.

Madrid fué la cuna de aquellos chisperos que el gran pintor Goya inmortalizó. Madrid, con los años, va perdiendo aquello; se va lo castizo, se va lo español.

Hoy ya sus mujeres no llevan mantilla (aquella mantilla que era mi pasión), y sus lindos cuerpos tampoco se envuelven en el gentilísimo mantón de crespón.

Hoy ya no se estilan casi las verbenas, y si alguna queda, da tristeza el ir, pues ya no se bailan schotis ni habaneras; ¡ya no son verbenas: ahora son dancings!

MARÍA LUISA A. DE M.

LOS NIÑOS AUTÉNTICOS

En esta sección publicamos ocurrencias, frases, actitudes infantiles capaces de interesar, de conmover o de divertir a nuestros lectores y enviadas por ellos mismos. Podrán publicarse con nombre y apellido exactos o supuestos; pero el hecho relatado debe ser absolutamente real. El remitente podrá firmar con su nombre, con iniciales o con seudónimo.

Pepito, niño de dos años, pregunta a un amigo de su papá:

—¿Po qué no ténes «auto»?

El señor le contesta que no tiene dinero para comprarlo. Entonces Pepito se pone serio, mete la mano en el bolsillo, saca diez céntimos, y dándoselos, le dice:

—Pa que le compes.

MARI-ESTELA.

□ □

Una nena chiquitina se sube a una mesa y cae de cabeza, por lo que está llorando.

—¿Qué te ha pasado, nena?

—Que me he caído, primero la cabeza y después toda.

AMPARITO.

□ □

Agustinito (dos años y medio) está muy orgulloso de ser hombre. Un día su mamá, en un arrebato de cariño, le dice:

—¡Eres canela!

A lo que él contestó:

—Canela, no: ¡Canelo!

E. D. M.

□ □

Pituso está jugando a la pelota; pero tiene la mala suerte de que la tire en dirección al espejo, el cual cae al suelo hecho pedazos. Al ruido acude la mamá, y al enterarse de lo ocurrido, me coge a Pituso y le da unos cuantos azotes (por cierto, no muy flojos).

—¡Esto es desastroso —dice la mamá!

A lo que Pituso responde con la mano puesta en el sitio dolorido.

—¡No, mamá! ¡Es muy doloroso!..

□ □

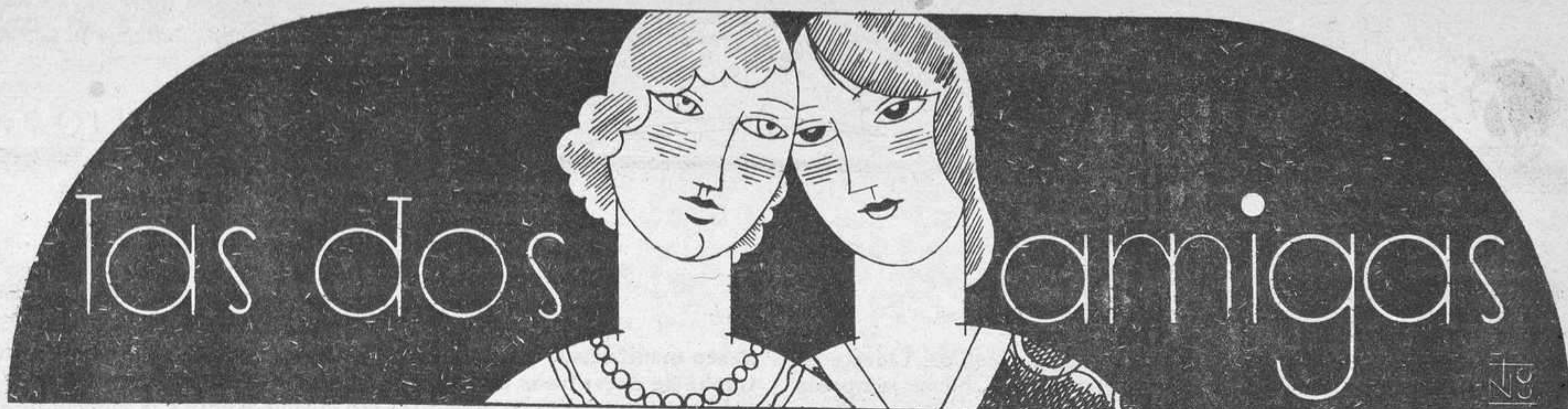
Pepito está felicitando a su abuelita, la cual tiene pintado el pelo y presume un poco. Hay mucha gente, y Pepito (cosa rara en un niño de cuatro años) pone mucha atención en la conversación de las visitas. Está también su mamá. Llega una señora, y después de los saludos de rigor, dice a la abuelita:

—Está usted muy rejuvenecida. ¡No pasan años por usted!..

Y Pepito, antes de que su abuelita conteste, dice con la más inocente de sus sonrisas:

—¡Claro! ¡Como que se pinta el pelo!..

FLORINDA.
Madrid.



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

Clara fué a reunirse con ellos. Sentóse junto a Mauricio. La enferma les dijo:

—¡Qué buenos sois los dos para mí!

El papá y la mamá también fueron a hacer compañía a su querida hijita. Ella alzaba los ojos a cada momento hacia Mauricio. Estas miradas hacían mucho daño a los padres. Pensaban: «¡Cómo le ama!» Hablaban para atraer la atención de Odette, que procuraba dirigir la palabra a cada uno, amablemente. Observó:

—Desde la visita de Nuestro Señor me encuentro mejor.

—No hay que fatigarse —aconsejó Mauricio—. Debes estar callada. Descansa.

Había colocado las rosas encima de las piernas. Desató el ramillete y las grandes flores blancas se desparramaron a lo largo de su cuerpo. Cogió dos tallos terminados en capullos. Los olió voluptuosamente.

Estaba bella, encantadora, casi teatral. Quería dejar a Mauricio una visión agradable, de la cual se acordaría más tarde, al ser el marido de Clara.

Las dos jóvenes quedáronse solas. Odette callaba, agotada por la enfermedad. No dormía. Miraba el mar, la hermosa palmera, la costa italiana, con los tejados de rojas tejas, y el puertecito de opereta.

¡Era risueño! ¡Era alegre! ¡Era bonito! ¡Y no poderlo ver más! ¡Dios mío! A veces pensaba en el terrible misterio de la muerte. Pensar que los demás, toda la otra gente se quedaba en la tierra, en la tierra hospitalaria, entregados a sus negocios y a sus placeres; que contemplarían el sol, las bellas auroras y los dulces crepúsculos; que amarían, reirían, gozarían de todas las cosas buenas de la vida, ¡mientras que ella, Odette, no estaría allí! ¿Quién sabe? ¡Quizás lo que más nos subleva no es morir, sino dejar a nuestros compañeros vivan después de nuestra muerte. ¡Si por lo menos volviésemos y nos acordásemos del pasado, de la vida anterior! Pero no, no queda nada, nada absolutamente.

Odette se puso a llorar dulcemente. Sus ojos llenáronse de lágrimas. Clara le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—¡Que no quiero morir!

—¡Vamos! ¡Pero qué cosas se te ocurren!

—¡Cállate!... ¡Lo sé; lo sé!... ¡Te recomiendo a Mauricio! Cuando yo me haya muerto, sigue viéndole... ¿Verdad que es guapo?

—Sí.

—Yo quisiera que fuese dichoso... junto a una mujer inteligente..., amante... y rica. ¿Te acordarás algún día de esto?... ¿Te gusta Mauricio?

—... ¡Sí!

Clara se puso encarnada. Odette pensó:

—¡Sí, creo que te gusta!

Entreveía cosas en las cuales aún no había soñado. Estaba ahora segura de que su amiga del alma se casaría con Mauricio. Le encontraba guapo. Debía amarle en secreto. Tanto mejor; así sería dichoso, dichoso como Odette quería que lo fuese. Una extraña clarividencia iluminaba el espíritu de la joven. Sentía una especie de adivinación. Veía, viva aún, como debe verse desde el más allá, los actos, pensamientos y pormenores de los seres que nos fueron queridos.

Permanecía inmóvil. Las rosas rodeaban su cuerpo delgado, frágil y enfermo.

Llegó su madre, que andaba de puntillas. Vió a su hija con los ojos abiertos. Ya no lloraba.

—Me encuentro mejor —dijo.

Era verdad. Un bienestar consolador penetraba en su carne. La joven se incorporó, apoyándose en el codo. Preguntó:

—¿Mauricio sigue aquí?

—Sí, hija mía.

—Quisiera verle. Me encuentro más fuerte. Puedo hablarle.

La madre fué en busca del novio.

—Clara, ¿quieres hacer el favor de darme el peine?

Odette sacó el espejo, oculto bajo la almohada. Guardábalo así, al alcance de la mano, desde que tenía que estar acostada casi todo el día.

Peinó rápidamente sus largos cabellos. El oro brotaba de entre los dientes de marfil y se esparcía en brillantes ondas a cada lado del rostro. Al entrar Mauricio, repitió:

—¿Sabes que me encuentro mejor?

—¿De veras? —dijo él sinceramente, alegre y asombrado.

—Hacía tiempo que no me había encontrado tan bien. Parece que el Señor me ha curado al venir a visitarme.

Mauricio movía la cabeza. Dudaba. Pero contestó cortésmente:

—Puede ser.

—¡Oh estos médicos! Ya me habían desahuciado.

—No.

—¡Sí, sí! Tú, Bourgogne, Vernet-Delaroche... Estoy segura de que deciais: «¡Esta pobrecita no se escapará!» Pues bien, la pobrecita se encuentra mejor.

Reía y seguía hablando, animada por una fiebre insólita, con un entusiasmo que resultaba desconsolador cuando se examinaban sus mejillas hundidas, su pobre carita toda pintada y sus bracitos delgados.

—No saben nada. Ya verás cómo me repongo corriendo. Ayer hizo crisis mi enfermedad. Era la curva descendente; ahora empiezo a subir la otra rama. Siento que la vida vuelve a mí de un modo sorprendente. El mes de mayo probablemente me levantaré y podré salir. Regresaremos a París. ¡Es asombroso la cantidad de fuerzas ocultas de que se dispone contra la enfermedad, cuando se es joven!

—No hables tanto, querida Odette, no sea cosa que comprometas tu curación.

—¡Oh! Soy fuerte en el fondo. Ya le he dicho varias veces que mi abuelo murió a los ochenta y siete años, y tosía todas las mañanas. Me parecía a él. ¡Ochenta y siete años, Mauricio! ¡Ya estarás cansado de mí, cuando llegue a esa edad! No seré fea. Seré una viejecita simpática, muy arregladita, ya verás. Seré como mi abuelita.

—Verdaderamente, estás muy animada —observó Clara.

—¡Tengo hambre!

—¿Qué quieres?

—Clarita, ¿sabes qué es lo que tengo más ganas de tomar? ¿Pero muchas ganas?

—Dilo pronto.

—«Champagne», «champagne» medio seco y bizcochos.

Clara se levantó y salió. Se la oyó gritar:

—Odette está mejor. ¡Tiene hambre! Quiere «champagne» y bizcochos.

Los novios se habían quedado solos en la galería.

—Acércate, Mauricio. Siéntate aquí, a mi lado, en la *chaise-longue*. Voy a hacerte un poquitín de sitio. Dame la mano. Hoy debíamos habernos casado.

Se calló, soñó un instante y prosiguió:

—Será preciso fijar otra fecha. He llegado a creer que la boda no tendría lugar jamás. Pero ahora comprendo que voy a recobrar las fuerzas. Vuelven rápidamente. Regresaremos a París a principios de mayo. Podríamos fijar la boda para los últimos días del mes, ¿verdad?

El aprobó. Ella miraba el mar. Añadió:

—Vamos a tener una hermosa puesta de sol.

Sabina entró llevando una bandeja. Odette le dijo:

—Diga al señor y a la señora que vengan a merendar con nosotros a la terraza.

Sus padres se reunieron con ellos. La enferma estaba muy alegre.

—¡Una botella para cinco! —exclamó—. No es bastante. Nadie se atrevería a repetir. Que suban otra botella; una botella del extra seco para los que lo prefieran. Mirad qué hermosa puesta de sol vamos a tener.

Sabina hizo saltar los tapones. Echó en las copas el líquido espumoso y dorado.

—¡Papá, qué encanto beber «champagne» en esta galería llena de flores, ante el mar! ¡Bebo por nuestra próxima boda!

—¡Por tu curación!

Cogió una rosa y la deshojó encima del vino dorado.

—Como en la antigüedad —dijo.

El abogado contempló a su hija con tierna admiración.

—Verdaderamente se encuentra muchísimo mejor.

—Dios ha oído mis súplicas —añadió la señora Angerolle.

El doctor cogió la mano de su prometida. La pulsó con gesto profesional.

—Esta tarde tienes fiebre, mi querida Odette. Hay que descansar un poco.

—¡Papá! Quiero fijar la nueva fecha de la boda. Hace poco hablaba de ello a Mauricio. ¿Le parece bien a fines de mayo?

El abogado, vacilante, miró en torno, como pidiendo consejo.

—¿Si Odette está entonces curada, por qué no? —dijo Mauricio—. No retrasen nuestra felicidad.

Ella le sonrió.

—¡Pues bien, sea! Si está curada se casarán ustedes a fines de mayo. Nos iremos a Borgoña. El aire del país probará mucho a Odette, y la ceremonia tendrá lugar allí.



DOS AMIGAS

(Continuación.)

Mauricio se levantó para despedirse. Los padres de Odette se retiraron. Clara se instaló entre las colmenas para hacer compañía a la enferma.

—Tienes necesidad de descanso y tranquilidad —le dijo por última vez Mauricio.

Los dos jóvenes quedaron solos. Permanecían callados. Odette contemplaba el mar, aún plateado por el sol. Pronto tomaría aquél los lindos matices del ópalo al sumergirse el astro luminoso en el fondo de las olas.

De repente, Odette se puso a toser de un modo seco.

Ahuécó la almohada; debía tener la cabeza demasiado baja.

La tos se reanudó, continuó, no se detuvo ya. Odette sentía que se le desgarraba el pecho. Se agotaba luchando por dominar el mal. Clara, levantándose de un salto, llamó a la señora de Angerolle.

Su madre corrió junto a la enferma.

—Pronto, Clarita, una palangana —gritó la madre.

La crisis se prolongaba.

—Nunca ha sido tan terrible. Hay que ir en busca de Vernet-Delaroche.

Clara corrió. Se abrió con estrépito la verja de hierro del jardín.

La señora Angerolle sostenía la frente de su pobre hija, inclinada sobre el recipiente, lleno de grandes filamentos rojos.

—¡Y estaba mejor! ¡Estaba mejor! —gemía Odette.

Gritó:

—¡Mamá! ¡mamá!

Echó la cabeza atrás sobre la almohada. Estaba jadeante. Después se calmó, lanzó un suspiro. Y no se movió más: los ojos abiertos, los cabellos esparcidos, las manos sudorosas.

El sol acababa de ocultarse. El mar de ópalo que tanto le gustaba, reflejándose suavemente al ritmo tranquilo de las olas.

—¡Odette! ¡Odette!

No contestó a los gritos de su madre.

Vernet-Delaroche, seguido de Clara, entró en la alcoba. Miró largamente el cuerpo de la joven. La pulsó, escuchó el ruido de su corazón; sacó un espejito, lo secó con gesto maquinal, lo acercó a los pálidos labios.

Después miró a la madre, haciendo un gesto con los brazos. Ella lo comprendió. Lanzó un grito. Se arrojó sobre el cuerpo de su hija, estrechándolo.

El señor Angerolle oyó aquel grito. Subió asustado. Vernet-Delaroche saliendo a su encuentro le dijo gravemente:

—Tenga usted valor...

—¿Se acabó, verdad?

El médico hizo una señal afirmativa, y acercándose al cadáver, le cerró los ojos.

Los Angerolle permanecieron cierto tiempo a derecha e izquierda de la *chaise-longue*.

El, sollozaba ruidosamente, con la pena violenta del hombre que se subleva. La vida le había sido siempre fácil; siempre había sido rico y dichoso. Y sufría atrocemente, muchísimo más que otro cualquiera, ante aquella pena horrible que le llegaba al declinar de la vida, en la edad en que uno se siente débil, sin porvenir y sin esperanza.

Ella, la madre, lloraba silenciosamente.

Fuera, delante de la *villa*, un cantor ambulante empezó a tocar la guitarra, y las alegres frases italianas subían hasta la galería.

La señora Angerolle se levantó para hacerle callar, diciendo:

—¡Oh!, ¡cómo me molesta este canto!

Pero el viejo abogado le dijo en medio de sus sollozos:

—¡No, no! Déjale... a la nena le gustaba oírle... Estoy seguro de que eso le causa un placer.

Luego tuvieron que ocuparse de toda clase de pormenores para la ceremonia, preparar una especie de capilla ardiente, avisar a Mauricio...

Llegó la noche. Velaron el cadáver. Oyeron el ruido monótono del mar, cuyas olas chocaban, con ritmo lento y continuo, a lo largo de la costa...

XXIX

El cortejo subía la cuesta que conduce al cementerio nuevo de Menton; el hombre del sobrepelliz, siempre el mismo, sostenía bien derecha la cruz entre los dos ciriales; después venían las hileras de niñas vestidas de blanco, el coche con su catafalco de flores: todo lo que había visto Odette el otro día desde el fondo del *landau*.

Era ella quien yacía ahora bajo las rosas y los claveles.

Mauricio iba al lado del señor Angerolle, que sollozaba de un modo desesperado, tapándose el rostro con el pañuelo. El doctor adoptaba su aspecto grave, erguido el busto, plegado el codo, el sombrero entre dos dedos.

¡Qué catástrofe! ¡Sus quinientos mil francos, sus esperanzas y su porvenir por el suelo!

Vió cómo los sepultureros se apoderaban de la larga caja de madera.

El hoyo estaba al borde de la colina. Se habían acordado del

deseo manifestado por Odette el día que visitó el cementerio. Su tumba se encontraba precisamente al lado de la de Ivona Borio.

El sacerdote rezó las plegarias allí mismo, frente a la abierta fosa. Estaban allí los Chanay, con Marta Guillaume, que lloraba porque tenía el corazón sensible; su viudez la había hecho todavía más sentimental; además, había cobrado verdadero afecto a la pobre muerta.

Mauricio, apartándose un poco, fué retrocediendo hasta llegar junto a la bonita viuda. Llevaba ésta un traje de punto de seda negra, con un simple cinturón de lo mismo.

Ya empezaban a retirarse algunos concurrentes. Se dirigían rápidamente a la puerta. El doctor y la joven viuda marchaban juntos por entre las tumbas.

—¡Qué desgracia! —exclamó ella.

—¡Pobre Odette! —suspiró Mauricio.

Verdaderamente era sincero. La echaba de menos por todas las comodidades que ella le hubiese podido proporcionar. Miró a Marta Guillaume. Debía comprender que le gustaba. Y él pensaba que algún día podría arriesgarse a una declaración y lograr la mano de la linda viudita. Pero era preciso apresurarse. Pensaba:

—¡Veinticinco mil libras de renta! Va a ser muy solicitada.

Sin embargo, no podía hablarle de amor, de pronto, junto a la tumba, aún abierta, de su primera novia.

Se hizo la siguiente observación:

—No la echo mucho de menos. Creía amarla. ¿Es que no la amaba?

Evitó la contestación. Miró a su compañera. Se fijó en sus mejillas frescas y en las ondas brillantes de sus cabellos. Estaba deliciosa, con un aspecto dulce, tranquilo, reservado.

Marta Guillaume le tendió la mano.

—¡Valor, amigo mío!

—Me permitirá que vaya a visitarla alguna vez, usted que era amiga suya.

—¡Claro que sí! —contestó con viveza—. ¡Pobre Odette!

Mauricio se acercó al grupo de los Angerolle y Clara. Almorzaba con ellos en *villa* Miramar.

Estas comidas son lúgubres. Nadie sabe qué decir. Cada cual trata de distraer el dolor de los demás. Y sólo se encuentran frases vanas, con la preocupación de evitar toda alusión a la desgracia. Clara trataba de sostener la conversación con Mauricio.

La joven también estaba muy afectada. Rodaban por su cabeza todos los pensamientos que Odette había previsto. Pronto, a fines de semana, sin duda, sería preciso regresar a París, empezando de nuevo la mediocre existencia burguesa, más penosa y más descorazonadora después de aquella estancia en la Costa Azul. Y sería preciso también renunciar a la esperanza de encontrar un marido en un ambiente de gente rica.

Mauricio tenía prisa por levantarse de la mesa. Veía hablar a Clara con una visible preocupación en el fondo de sus ojos distraídos.

El *auto* de los Angerolle llevó al doctor hasta el hotel de París.

El príncipe esperaba a su médico. Felipe de Tesalia estaba de un humor de perros. No obstante, no se atrevió a dejárselo ver de pronto a aquel hombre que venía de enterrar a su prometida. Pero el secretario le dijo:

—¡Venga pronto! ¡El príncipe nos vuelve locos desde esta mañana! Se queja de dolor de estómago. La cólera no le ha abandonado ni un momento.

Estaba en su cuarto, en pijama de seda con ramas de cerezo y plata. Al ver al doctor, exclamó de un modo furioso:

—¡Doctor, estoy enfermo, muy enfermo! ¡Le estoy esperando desde esta mañana!

—Su Alteza sabe...

—¡Sí! ¡Lo sé, lo sé! ¡Pobre muchacha! Le compadezco, le compadezco. Pero ya está usted de regreso. Tengo un dolor aquí..., no, más lejos...

Se tocaba el vientre al azar, en busca del punto sensible.

—Además tengo la lengua verde, tengo la boca con gusto de amargor...

—¿Qué comió ayer noche Su Alteza?

Felipe de Tesalia dió la lista de los platos.

—Pero no comí casi nada. ¿Quiere que le diga lo que pienso? Creo que tengo un cáncer en el estómago.

En seguida se imaginaba lo peor. Hacía rodar sus espantados ojos, que le daban, una expresión cómica. Aquel día, envuelto en su claro pijama de suntuoso ramaje, con su cabeza grande, redonda y morena, se prestaba a la risa.

—¿Qué vinos bebió Su Alteza?

—Creo que Burdeos. No lo sé. Pero bebí poco, muy poco.

—¿No tomó ningún *cocktail*?

Confesó, siempre en tono furioso:

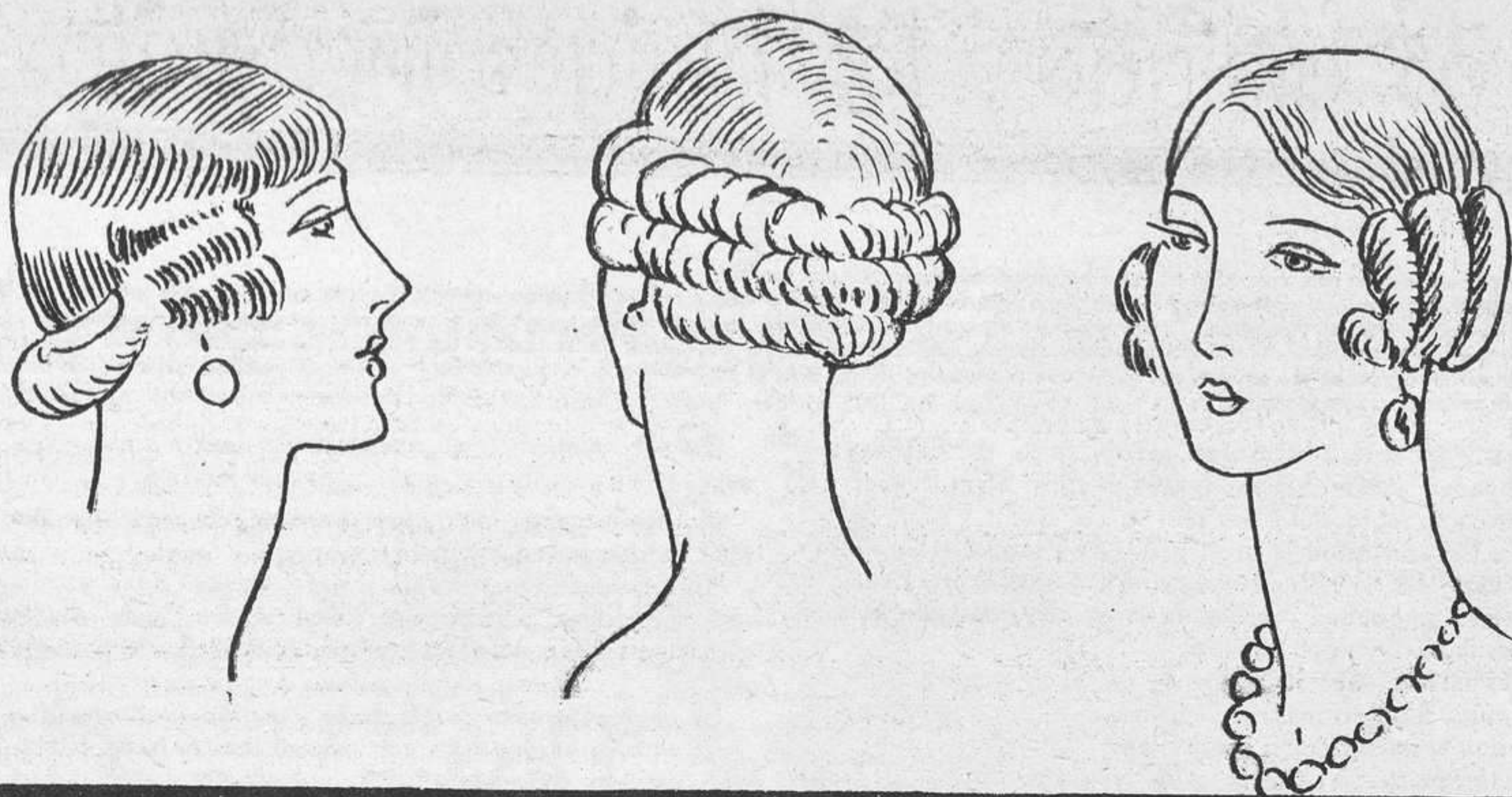
—¡Ah, sí! ¡Claro! Después..., después de la comida... ¿Qué quiere usted que haga en este condenado país?

—¿Unos cuantos *cocktails*? ¿Dos, tres?

—No recuerdo, creo que fueron cinco o seis.

—No busque más, monseñor; he aquí la causa del mal.

(Continuará en el número próximo.)

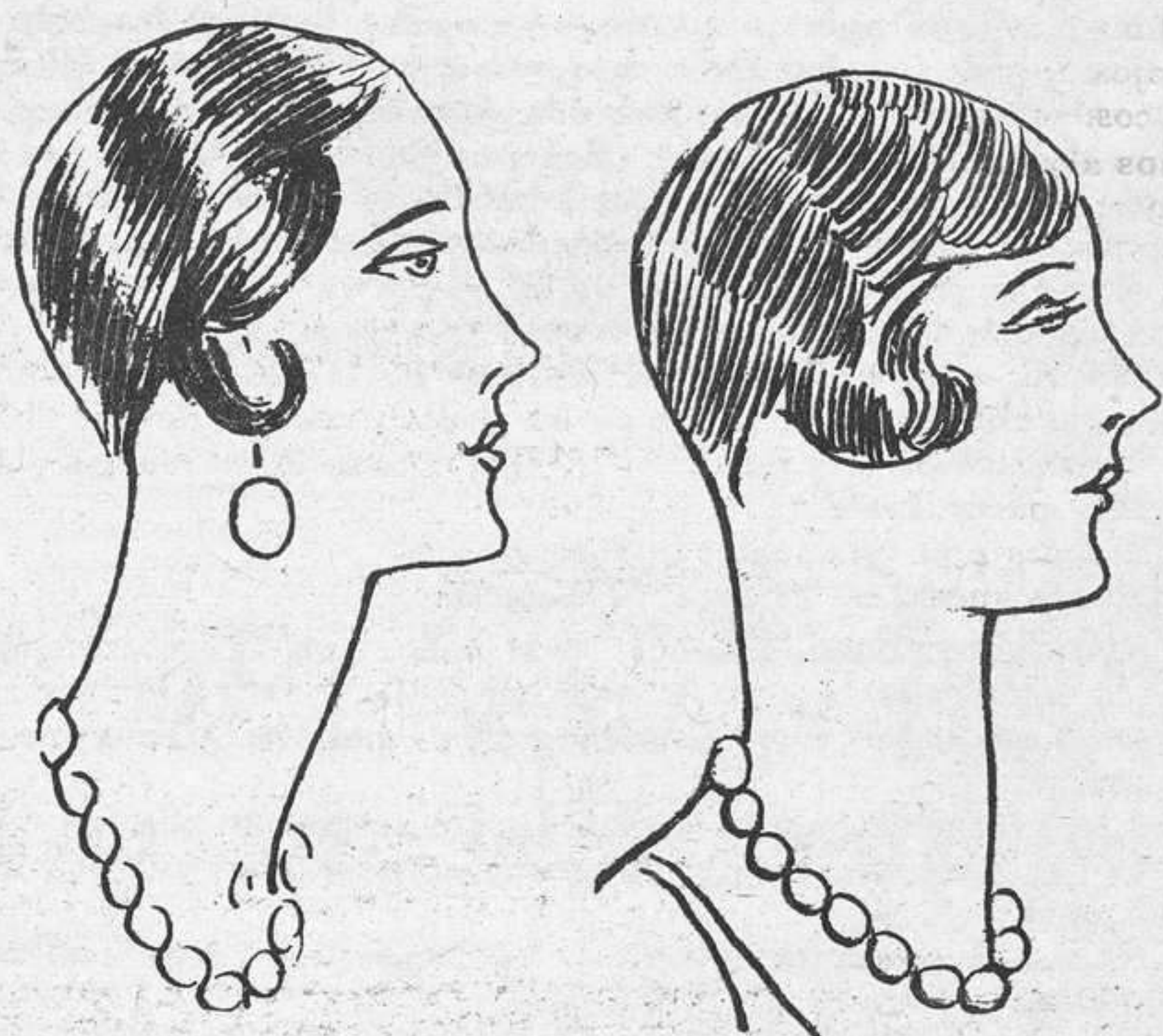


Parece que las fantasías en el peinado han de resultar difíciles de realizar, dadas las breves dimensiones del pelo, tal como se lleva ahora. Sin embargo, se realizan, y, de algún tiempo a esta parte, puede decirse que existen tantos peinados diferentes como mujeres con el pelo cortado. ¡Milagros de la coquetería femenina!

LOS NUEVOS PEINADOS

Una bellísima mujer apareció hace pocos días en un palco de la Opera con un peinado tan favorecedor como original. Llevaba la raya en medio, y el pelo, formando rollos alrededor de la cabeza; parece ser que luce este peinado provisional para dejarse crecer el pelo de nuevo.

Muchas mujeres llevan postizos por la noche, y numerosas son las que tuvieron la prudencia de mandarse disponer, por el peluquero, su propio pelo de la forma que aparece en el grabado, al hacer a la moda el sacrificio de su cabellera.

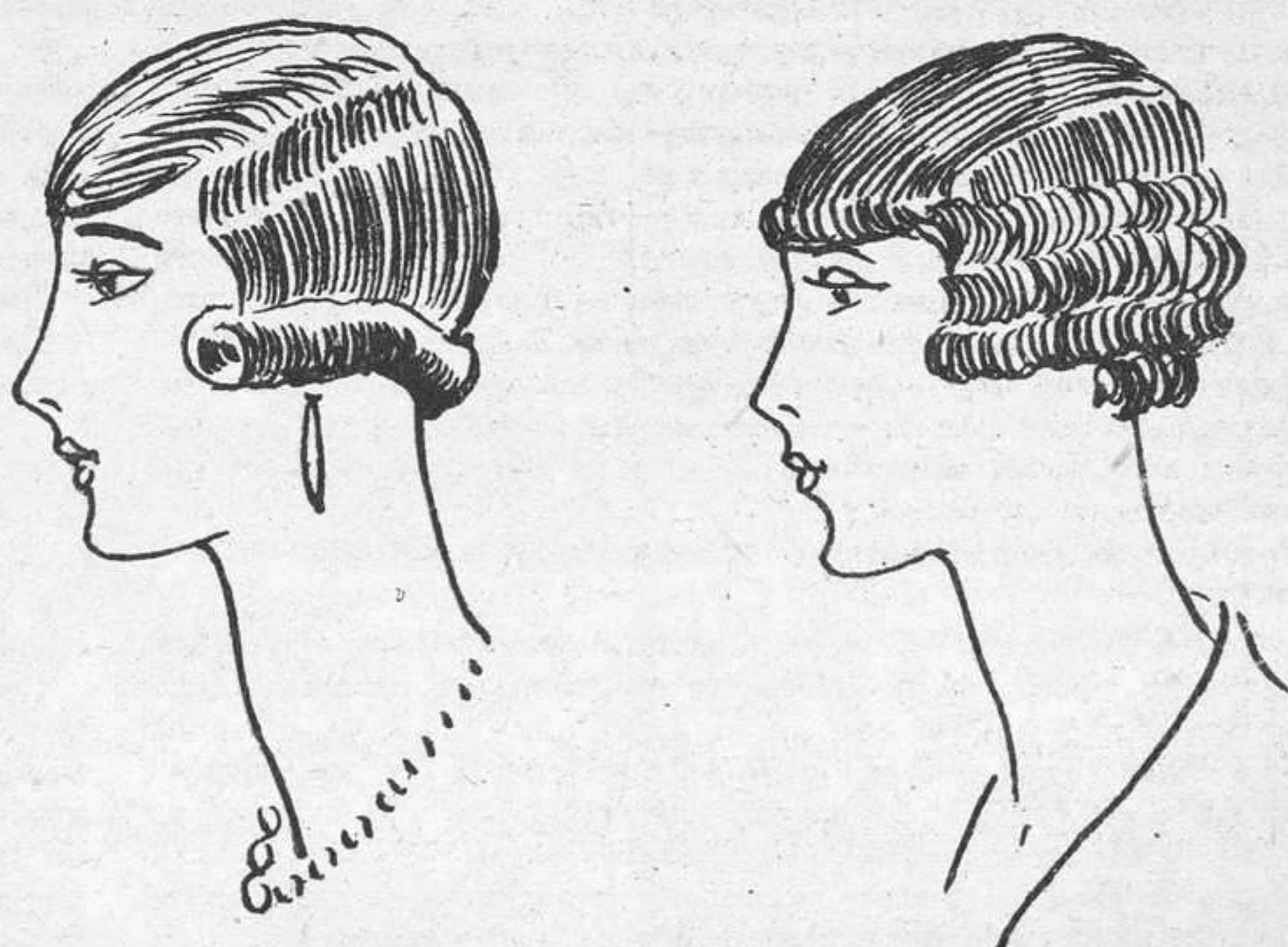


En cambio, durante el día, se sigue llevando el pelo corto. El peinado hacia atrás, que favorece poco, se ha modificado algo con la añadidura de una patilla curvada. Es el peinado Raquel Meller.

Las ondulaciones se hacen a ondas muy anchas, apenas señaladas. Un mechón avanza sobre la mejilla, formando únicamente una onda, y para sujetarla se ha imaginado una redcilla especial, que se lleva en casa; esta redcilla está provista de dos orejeras y de una brida, que se anuda debajo de la barbilla. El pelo, ligeramente humedecido, adquiere de este modo la forma necesaria y la conserva durante bastante tiempo.

Algunas mujeres intentan poner de moda el pelo un poco menos corto. Doblan los extremos de su cabellera, formando así un rollo, y llevan la raya completamente a un lado. Este peinado es bastante difícil de hacer y se estropea pronto. No resulta práctico más que para la noche.

La frente cubierta puede ser encantadora en las caras muy juveniles. Pero a muchas mujeres les conviene desconfiar de este peinado, pues endurece la expresión y carece, con frecuencia, de distinción. Tampoco aconsejaría el llevar el cabello lacio, caído a los lados.





Las amigas y los amigos incógnitos



La norma esencial de esta sección está resumida en estas palabras anteriormente publicadas:

«En MUJER no hay, ni habrá nunca nada equivoco, desentonado o reprochable. Estamos en un recinto familiar, donde el candor puede y podrá siempre circular libre e intacto. Aquí sólo se admiten «amigas y amigos incógnitos», y por supuesto dignos en todo momento de ser recibidos en este alegre, pulcro y honesto hogar de MUJER». La amistad puede ser entre lectoras o entre lectoras y lectores. Con cada comunicación hay que enviar cuatro cupones de lector o un cupón de suscriptor. Por cada suscripción de un trimestre se pueden pedir seis cupones de suscriptor. Por una de semestre, diez y seis cupones; por una de año, treinta cupones. La primera comunicación de cada lectora (o lector) puede enviarse sin cupones.

Diógenes escéptico... y cínico arroja lejos tu linterna.— Sólo sirve para buscar hombres y no encontrarlos. Para hallar un alma de mujer, viejo filósofo del Pórtico, ya ves que no hace falta. Caballero de la Tabla Redonda, noble Par de Francia o Ingalaterra, no calces tu espuela, ni ciñas tu pesada armadura: para salir a buscar una aventura espiritual, sobra la lanza. Se combate con el corazón y el alma, la ilusión por escudo.

Argonauta intrépido y esperanzado: no surques mares ignotos, plagados de peligros. El Vellocoino de oro, no existe. Lo inventamos nosotros y corremos tras él con la fantasía por brújula.

No soy Piscis, la amada de Apolo; ni la inmortal Safo, ni Tais, la divina cortesana de Atenas; ni la fastuosa reina de Saba, ni Luisa de la Vallière, la cojita real; ni una Staël, ni Jorge Sand, ni Lady Hamilton, alma de Nelson; ni siquiera Casildea de Vandalia, rival inferior, nula, de la sin par Aldonza Lorenzo, emperatriz del Toboso, que tú esperabas... Soy nada más que... una mujer, con minúscula y te escribo consciente de mi mediocridad espiritual. Si sólo admitieran estas páginas los refinados productos de los cerebros privilegiados, yo no podría contestarte aquí...

Se descubre un retazo del telón de la comedieta de nuestras almas: Hombre, escucha.

Todas nosotras giramos alrededor del mismo eje: el hombre. Por él y para él las mujeres aman, sufren, ríen, cantan, se embellecen, se marchitan, se enaltecen, se humillan.

Oye, hombre, cuando digas: Mujer, descúbrete e inclina la cabeza. Si reimos por despecho o desengaño, si lloramos por amor o dolor, de vosotros viene, para vosotros es. Ya que sois siempre los vencedores, sed generosos.

¿Que somos muchas imperfectas, algunas malas, pocas regulares?

«Mujer de valor. ¿Quién la hallará?»

Pero... «el que entre todos acertare...» ¿dónde está, hombres? Seré si quieres tu caja de Pandora, ¿eres curioso? Teme la cólera de Cipris. ¡No la abras! Te quedarías deslumbrado, ciego. Pero si intentas destaparla, sabe que sólo lo logrará aquél que conozca las palabras mágicas: Cariño sincero, pan blanco, muchas ilusiones y pocas realidades... desagradables. ¿Ves que poco?—RAMAYHANA.

A los amigos incógnitos.—Soy como un conjunto de azucenas, jazmines, rosas y nardos. Mis cabellos, castaños y sedosos, enmarcan un óvalo de perfección suma. Mis ojos, azules, anchos, serenos, son como el descanso para el viajero que, fatigado de caminar, no encuentra reposo hasta el momento de hallar mi mirada. Son mis ojos, bálsamo para el herido por las zarzas con que la vida obstruye el camino para llegar a la felicidad. Mis ojos son manantial de energías para el que, cansado de luchar con el destino, siente agotadas sus fuerzas. Y, sin embargo..., lo más atrayente de mi persona son los andares. Cuando ando parezco una pava (una pava real, naturalmente), que majestuosa, arrogante y solemne ostenta su brillante plumaje por jardines de ensueño y de amor. Otras veces, cuando ando, hago recordar a la pantera joven, ondulante, felina, ágil. Y sin embargo..., tengo un alma alba como la de un niño.

Además de todo esto, sé guisar unas patatas con bacalao, ¡que «pa» qué! Y zurciendo calcetines, «¡na!» (hago cada corcuso...). Sé sumar, restar, multiplicar; le corto un traje a cualquiera. Soy aficionada a la música. Toco el violón.

Mi alma ansía encontrar un alma gemela, un alma como la de un hermano, la de un primo (no como la de un tío, porque de esas almas se encuentran a cada paso), y yo sueño con un imposible. Mi alma desea un amigo incógnito, completamente incógnito, pues si deja de ser incógnito se descubre la incógnita, y yo tengo un vivísimo interés en que no se sepa que todo lo dicho es fruto de mi fogosa imaginación.—UNA FANTESIOSA.

Para Paco.—En tu carta me resultas muy simpático y me alegra el saber que no eres chato, porque me dan mucha rabia los chicos así. Aunque no vea tu persona, me agrada tener un amigo incógnito con muchas narices; yo, una nada más.

Tu pregunta de lo del divorcio, me parece muy difícil contestarla; si fuese yo hombre te diría que no está del todo mal; pero como soy mujer, y aunque estuviese permitido en España las que perdemos somos nosotras porque nos desacredita, me parece muy mal.

Ahora, a mi vez, quiero que me digas qué te parece la melenita; puedes contestar lo que quieras, que no me ofenderé, y ya dispuesta a preguntar, dime también cuál sitio te parece más divertido para veranear.

Espera impaciente la respuesta de estas tontas preguntas.—CARA DE MÁRMOL.

A José Miguel.—El verano último estuve en tu tierra; me gusta mucho, pero..., no te asustes, la encuentro un defecto: Galicia es demasiado bonita, con aquel paisaje tan lindo se enamora uno sin saber cómo; a mí me pasó esto ya por dos veces, pero al llegar a Madrid comprendo que para divertirse sobra el amor y, por lo tanto, se me va la ilusión y doy «calabaciñas».

Yo soy de Madrid, y estoy encantada de serlo; es el sitio donde se pasa mejor en invierno; si quieres probar, ven y lo verás.

En tu carta dices que eres simpático, como yo también suelo serlo, seguramente seremos buenos amigos.

En este momento me estoy imaginando cómo eres, y como pinto algo, te voy a dibujar, pero... ¿tienes bigote?—CARA DE MÁRMOL.

A Rolando.—Voy a empezar por llamarte de tú, para tener más confianza en lo que escribo.

Ya que eres tan amable que te ofreces para aconsejarme, te pido que me digas si entre un chico y una chica que se conocen mucho y se tienen mucha amistad, ¿entra el amor o es sólo mutua simpatía?

Si contestas dime algo de ti; ¿te has enamorado alguna vez?

Yo, no lo sé, me han gustado algunos; pero luego, sin saber por qué, me han dejado de gustar; ahora tengo dos y no sé cuál me gusta más, porque el último que veo es el que creo que quiero de verdad.

Espera con ansiedad la respuesta de mi amigo y consejero.—CARA DE MÁRMOL.

Amigo... ¿Por quién me decido? Qué tonta soy, ¿verdad? Empiezo por poner amigo sin tener la más remota idea de vosotros. No os creáis que digo de vuestra persona, no; digo de vuestras cartas. En seguida me comprenderéis en cuanto os diga que no he leído ningún número de la Revista MUJER, y que por eso os desconozco más que completamente.

Me decido a figurar como amiga incógnita por haberme hablado de ello unas amigas que están encantadas con esta sección. Me han dicho que hay un Manolo muy simpático, un Ramón ídem, un Roberto igual y un Teniente P. estupendo. Así es que con estos informes no sé por cuál decidirme. A vosotros os toca deliberar, y ya veremos quién escribe.

Voy a daros algunos datos, para saber a qué amoldaros, aunque me da miedo, no sea que se me acabe el repertorio para las demás cartas, dándoos ahora la mayor parte. Pero reconozco que si no os los doy, no vais a tener valentía para decidiros a sostener correspondencia con... según os figuréis cómo soy.

Tengo diez y siete años, soy excesivamente alegre (sin llegar a locuela); muy franca; de buenas costumbres; morena; pelo cortado a melena y rizado natural; ni baja ni alta (regular); fea... o bonita; los hay de varias opiniones, aunque ninguna llega al feo subido; los ojos negros y, sobre todo, expresivos; pestañas largas; dientes blancos; labios rojos (al natural; con carmín serían rojísimos); las manos algo bonitas, blancas y uñas arregladas; de tipo soy lo corriente; tiendo más a regular que a bonito en todos mis datos. De simpatía os puedo decir que todos los que me conocen, al decirles que si soy simpática (claro que no lo sé por mí misma, sino informada por otros), lanzan un *muchísimo* que me emociona.

Defectos, como dicen que los llevamos en la espalda y no tengo un espejo enfrente de otro, no me he podido ver por detrás; no los sé. A vosotros os será más fácil indagarlo cuando me vayáis conociendo... incógnitamente.

Los datos son verídicos e históricos, ¿eh?

Hasta la vuestra.—POUPEE. (Traducido.)

Para Albertina.—Nunca pensé tener una amiga incógnita; pero he leído tu carta y me ha sido imposible resistir a contestarla.

Parece que la has escrito exclusivamente para mí. ¿Dirás que soy egoísta?

No he puesto ninguna cara rara. Lo que aseguro es que una «amiguita» que hace esa pregunta, es una «mujer» nada vulgar y muy inteligente.

Creo reunir absolutamente todas las condiciones para aspirar a tu amistad.

Ellas son causa de haber gozado mucho y estar sufriendo lo que no puedes imaginarte.

No me quejo de ser así; al contrario. Estoy convencido que gran parte de gente que cree ser feliz, es idiota.

Si conocieras «mi novela», comprenderías la verdad, y verías como soy «un hombre».

Aunque sólo vea en la mujer el espíritu, también me gusta apreciar la belleza.

Claro que estas cualidades, de no ir unidas, las separo completamente, y siempre prefiero un espíritu elevado a una gran belleza.

Romántico soy mucho, pero no ridículo.

Por hoy nada más, simpatiquísima Albertina. ¿Entenderás mi carta?

Espero tu contestación con impaciencia, y como soy..., no dudes, que cuando leas ésta, se estará acordando de ti tu buen amigo—FRANK MAYO.

A Clarita.—Leo lo que escribe a mi paisano «Cyrano», y a fuer de buen andaluz salgo a la palestra a defender a mi patria chica.

Los andaluces no *semos* embusteros; más bien, exagerados. En cambio, de ése y de otros defectillos, tenemos las siguientes cualidades: franqueza, perspicacia, inteligencia, nobleza, educación, alegría bondadosa, valor... Somos felices a poca costa, sabemos extraer de la situación más difícil, y del trance más amargo, las escasas alegrías; no nos asusta la miseria y aceptamos la vida tal como se presenta.

No quiero ser más extenso. Mil perdones por mi *intrusión*. Besa sus pies *rechiquetitos*—LIOTACHO.



Toñín.—Voy a intentar contestar a su difícil pregunta. Le diré: Puede ocurrir que, por alguna razón, los padres de la chica se opongan a esas relaciones, y que ella, sufriendo por los dos, y ante su insistencia, la hayan obligado a darle dobles calabazas. En ese caso, procure no perder en el concepto que la chica le tenía y hacer méritos para con los padres de ella.

Sea buen chico... y espere...

¿No es esto? Pues entonces —¡pobre «Toñín»!— esa chica se está riendo de usted de una manera lastimosa. Lo que le aconsejo, en todo caso, es que, dejando a un lado la pasión, averigüe si la muchacha es, en todos conceptos, digna de usted. Si lo es, siga amándola; algún día se verán colmados sus deseos. Pero si las apariencias le han engañado, olvídelas, poniendo su amor en una muchacha buena y formal, y algún día pensará que tenía razón su amiga.—**YOLANDA.**

Misterio.—Después de leer varias veces su interesante carta, pienso si no podría ser yo su buena amiguita incógnita, ya que reuno las condiciones que usted desea.

Le prometo decir en todo la verdad, aun dirigiéndome preguntas indiscretas, ya que seremos siempre incógnitos.

Su carácter me agrada en extremo.

¿Vivir con la verdad en los labios?... Sí, se puede. En otra (si me contesta a ésta) le contestaré extensamente a su pregunta.

Respecto a usted, siga como hasta ahora; algún día se convencerá de que esos fracasos son... aparentes. ¡Hipocresía! ¡horror! ¿Es usted joven? Yo sí que lo soy. Me gusta ser muy franca; y como veo (si su carta dice la verdad) que somos de la misma opinión, prometo hacer todos los posibles para que conserve usted los buenos sentimientos que posee. ¿Me ayudará a que lo logre?

Si lo logro será éste mi mayor—**ENCANTO.**

Luis.—Pero ¿es posible?, joven y triste. Le parece larga la vida... ¿Qué le ha pasado? Que creyó usted encontrar su ideal, y se equivocó? Afortunadamente que no le ocurrió ésto tarde; sin duda, la conocía usted sólo con los ojos de la cara y no con los del alma. Ella emprendió esa correspondencia como hubiese jugado una partida de «tenis» sólo por divertirse, y terminó fatalmente para usted (lo mismo la podía haber ocurrido a ella). ¿No podría olvidar ese pasado? Sí, olvídelo; pero, ¡por favor!, no nos diga usted que sigue triste. El tiempo aliviará sus penas. Busque una buena amiga, y sin pensar en aquella desgracia, procure labrar su felicidad.

Esto le aconseja una joven de veinte años, que no quiere ver tristeza a su alrededor, y que se sentiría dichosa si pudiese aliviar su pena.—**UNA MUJER.**

Un marino de guerra.—Su pregunta es, en verdad, interesante. Ayer he visto precisamente un oficial de Marina, y he pensado en el marino incógnito. ¿Por qué no he de dar mi opinión? Allá va:

En cuanto veo un oficial de marina, mi vista se dirige (claro, furtivamente) hacia él (a no ser que sea *fosco*).

El uniforme me entusiasma. La vida en mar, como en tierra, unas veces resulta alegre y otras no. Pero (y no se ponga usted hueco), en general, los marineros son gente buena, alegre y simpática. ¿Los viajes? El mar es sublime. Un viaje por mar es mi mayor delicia, aunque comprendo que debe de ser muy triste el estar lejos de tierra, donde han dejado seres queridos. Además de que... es tan traidor.

Soy entusiasta del mar y de los marineros; estaría muy contenta de que le agradara mi opinión.—**GONDOLERA.**

Mari-Sol.—Demos al olvido el estúpido e hipócrita «usted» impuesto por la educación y tratémonos de tú, cual corresponde a dos que empiezan a ser amigos, y no dudo lo serán cada vez más al aumentar la confianza que mutuamente se tienen otorgada. ¿No te parece que debe ser así, desconocida y, por lo tanto, simpática Mari? ¿Que sí? Pues, adelante.

Mi alegría ha sido enorme por tu respuesta; tan enorme, que no puedes tener idea de ello; y si no me he puesto a bailar es porque soy enemigo mortal del baile, pues lo considero como un pretexto para públicamente poderse abrazar un hombre y una mujer, cubriendo las apariencias sociales.

Créeme, Mari, que no sé cómo ni por dónde abordar tu carta. ¡Son tantas, tantísimas las cosas que me dices, y tantos también los puntos y matices de la vida que me traes a la imaginación, que me veo imposibilitado de contestar con la amplitud que deseo!

Que discutiremos... ¡Quién lo duda! Pero... mejor. De la discusión saldrá la luz, y lo que yo deseo es que me iluminen, y tengo el presentimiento de que nadie más a propósito que tú. De lo que no discutiremos nunca es de si en amistad y amor sólo proceden bien las mujeres, pues soy más justiciero, y, en vez de adjudicar toda la culpa a los hombres, cual tú haces, se la adjudico igualmente a las dos partes. El egoísmo y el interés mueve lo mismo a los dos contendientes, mixtificando cosas tan serias y tan nobles. ¿Por qué dices que el interés y la inconstancia van unidas al hombre? ¿Has juzgado serenamente a tus amiguitas?

Tienes razón, y, por lo tanto, no te la niego, de que en nuestro sexo los hay falsos e inconstantes; pero también es cierto —y permíteme que salga a la palestra a romper una lanza en su favor— que los hay fieles, leales y amantes. Lo difícil es saber desenmas-

cararlos. ¡Cuántas veces en el fondo de una materialista se esconde, avergonzada, un alma noble!

Créeme que me alegro infinito de la vida que llevas. ¡Dichosa tú y cuánto te envidio! Mas hay un punto en tu carta con el cual no estoy conforme. ¿Que os tratáis con entera confianza sin que en ningún momento se os haya ocurrido a ninguno iniciar flirteos y que, sin embargo, tampoco os tratan como camaradas? Más claro: O ellos os tratan como mujeres, existiendo, por consiguiente, el flirteo más o menos velado por la atracción natural de los sexos, u os tratan como camaradas al alternar con vosotras sin tener en cuenta vuestra condición de mujeres. Concretando: Si no flirtean con vosotras es porque os conceptúan como camaradas, y si no os tratan como camaradas —según me dices— es porque el flirteo existe.

Al describirme tus condiciones morales me parece verte frente a un espejo, cual si éste tuviera facultades para reflejarlas; pero que, caprichoso, cual mujer, te ha gastado la broma de que en vez de reflejar las tuyas te devuelve las mías, con la excepción de que yo tengo un excesivo amor propio y que no me es posible tener «una procesión por dentro» más arriba de cinco minutos.

Y en cuanto a señas físicas —no olvides que mi lema es franqueza— hoy, para mí, son las menos interesantes, sin que ello quiera decir sea enemigo de la belleza, pues la admiro en todas sus múltiples manifestaciones. Lo que anhelo es encontrar un alma de mujer sincera con quien compenetrarme, y pedirle ayuda moral de que tan necesitado estoy...; y si es un alma lo que deseo, ¿qué interés podrán tener las dimensiones y características del cuerpo que encierra ese alma? Las personas se hacen querer y son simpáticas por sus sentimientos, no por su belleza física. El triunfo de la belleza física es efímero, momentáneo y, por lo tanto, falso; lo que impera y perdura triunfando en definitiva sobre la materia, son las prendas morales.

Y ya ves, Mari. Hablando de tu carta me he olvidado de mí. En la próxima te desquitarás. Únicamente te diré, por ahora, que soy moreno y tengo veinticinco años.

Adiós, Mari. Hasta tu próxima.—**DESCONOCIDO.**

He leído en la revista MUJER la sección de «Amigas y amigos incógnitos», y encantada ante la idea de encontrar un buen amigo —como yo deseo—, me decido a escribir; porque creo que no conociéndonos será más franca nuestra amistad, aunque yo siempre soy buena amiga, pues tengo el carácter alegre y, sobre todo, soy joven.

Soy entusiasta de la lectura y de la música.

Espero con impaciencia a mi buen amigo, pues le ofrezco una buena amistad, y así lo asegura—**UNA ANDALUZA DE CORAZÓN.**

Luis.—He leído su carta, y si no fuese por el nombre... ¡Bah!, ¡no lo creo!... Quizás me juzgue un poco mal; acaso, acaso indiscreta. ¿De verdad se llama así?... Me hace dudar. ¿Cómo es posible que haya un caso igual al mío? Ahora que en el mío, quien dejó de escribir, llegado el momento de conocernos, fué él. Y lo hizo por mi culpa.

«Para ellas y para ella.» ¿Por qué se le ocurre poner eso? Precisamente *por eso* es por lo que yo dudo. ¿Será?... ¿No será?...

No obstante, como es muy difícil que haya otra en mi caso, si quiere amistad se la brindo sincera... ¿Nos consolaremos mutuamente? ¿Hace?—**X.**

Amigo Toñín: ¿Quieres que te aconseje en tu consulta una muchacha que debe ser muy parecida a la que tú tanto quieres? Pues contéstame y aconséjame tú antes a esto: Yo he dado dos veces calabazas a un muchacho, y, sin embargo, le quería y le quiero mucho. Cuando nos encontramos por la calle nos miramos los dos; pero al pasar quiero volver a mirarle, y lo hago disimuladamente. Veo que él hace lo propio, y en seguida vuelvo la cabeza para que *no creyera* que le miraba.

Ponte tú, «Toñín», en el caso (que ya lo estás) de ese muchacho y dime qué querrías ver para volver a insistir de nuevo.

Si me contestas dime qué estudias o qué eres y dónde conociste a esa muchacha.

¿Serás tú tan franco como la amistad que te ofrece, si la aceptas, **TRAVESURAS?**

¿Quién querrá escribirme? Estoy en una ciudad dormida y muy triste en invierno, y quiero entreteñerme.

No soy una niña «bien».

Me gusta viajar, leer, la Naturaleza, el arte... y el amor.

No me dirijo al «Doctor», pues creo haber llegado tarde, y ya tendrá quien le haya contestado; pero me gustaría que hubiera otro hombre como él y que quisiera escribirme.

¿Esperaré?... —**CONCHA MANZANARES.**

CUPÓN DE LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS:

Con cada comunicación destinada a **LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS** debe enviarse **cuatro** cupones como éste. La comunicación se publicará, o no, íntegra o parcialmente, según el criterio de la Dirección. El hecho de hacer uso de este cupón, supone la renuncia a toda clase de reclamaciones.



He recibido su carta



MIMOSA.—1. Lo de la cadenita y lo del papel, ¿por qué no? Si he de serle franca, en esta materia el exceso de escrúpulos y la minucia me parecen, cuando menos, innecesarios.

2. Puesto que son pocas, creo que lo mejor —sobre todo lo más inofensivo— es la siguiente loción: se hace cocer harina de avena en agua, por espacio de unos minutos; se cuele luego a través de un lienzo fino, se añaden unas gotas de agua de colonia y se lava la cara con esta composición dos o tres veces al día.

Otra composición excelente es: Agua destilada de rosas, 250 gramos; bórax, 4 gramos y tintura de benjuí, 4 gramos.

Esa cera que usted dice puede ser nociva o no, según la calidad de la piel.

3. Si el ante es bueno, conserva siempre un negro perfecto; para quitarle el lustre se frota suavemente con un papel de lija, fino; luego se le dan polvos especiales para el caso, con un cepillito. Y por último, se frota con un paño de lana grueso y suave.

4. Sí, perjudica un poco; existen otros cosméticos mejores y que no producen escozor, aunque se lllore. Para hacer crecer las pestañas lo mejor es —además de cortar las puntas tres o cuatro veces al año— darse por las noches vaselina esterilizada —de la que se vende en tubos—, en la forma siguiente: Se pone un poco de vaselina en una cucharilla, se calienta, se moja la yema del dedo en este líquido, tibio, y se pasa suavemente repetidas veces por el nacimiento de las pestañas. Aun cuando no sea para que crezcan las pestañas conviene hacer esto de vez en cuando, porque es excelente para su conservación.

ALBERTINA.—¿Que qué me parecen estos bruscos cambios? ¿Y qué me van a parecer, amigueta encantadora? Sencillamente que los pasados carecen en absoluto de importancia; pero los que pudieran sobrevenir en adelante son un poquito de temer... y un mucho de evitar. Verdad es que a los diez y siete años... En fin, por de pronto, reciba mi más afectuosa enhorabuena; no conozco a ninguno de los dos (¡ah!, un millón de gracias por la halagadora confianza que en mí demuestra tener); pero desde luego, respecto de la profesión —de esto sí que sé algo—, ha salido usted ganando en el cambio.

UNA GUAYABITA.—Con harto sentimiento debo decirle que lo que usted desea es punto menos que imposible, ni sin drogas internas, ni con ellas. Esa es una belleza relativamente fácil de conservar, pero *difícilísima* de recuperar. Si acaso, corrientes eléctricas por persona especializada en la materia, de toda confianza y de reconocida competencia. De todos modos, pruebe por las mañanas fomentos de algodón en rama empapado en agua fría. ¿Por qué no envía esas cosas a «Tristán»? El la sabrá aconsejar y guiar como nadie.

MONINA.—No; desde luego no pueden sustituirse por otras de tela. Peras esas que le digo las encontrará aquí, en Madrid, en el establecimiento de la travesía del Arenal, esquina a Mayor. Creo

que son idénticas a las tan conocidas del doctor Monteil, de París. ¡Que me he de reír yo de sus cartas! ¡Si son encantadoras y simpaticísimas, mi *golosa* amiga! Mil gracias por su preciosa indicación respecto de lo de Orense y por el afectuoso interés que manifiesta por esta Revista.

MULAILIS.—1. Unos 58 a 60 kilos; no veo por qué se desespera; es la suya una estatura muy suficiente para una mujer. Sinceramente, me parece que lo único que importa es una justa proporción estética entre todas las partes del cuerpo.

2. Creo que puede usarla sin temor.

3. Necesitaria saber a qué causas obedecen. Lo mismo pueden provenir de la digestión, que del hígado, la sangre o la piel.

4. Teniendo la cara ancha, lo que más favorece es la raya a un lado. Para disimular ese vello no veo más que un moño bajo, postizo; lo llevan muchas mujeres; ahora que a mí, personalmente, el moño me parece poco armónico. ¿No es mejor recurrir a la navajita de afeitar?

5. Esa blancura la obtendrá en pocos meses si se envuelve todas las noches las manos y el cuello en un lienzo fino, mojado en agua oxigenada.

Su letra es clarísima y no me ha costado trabajo alguno la satisfacción de entenderla.

PIENSO EN ÉL.—Al lavarse, debe echar en el agua polvos de alumbre, insuperables para el caso por sus propiedades astrigentes. Además, le conviene darse por las noches zumo de limón puro.

PIM-PAM-PUM.—Como habrá podido ver, su carta llegó demasiado tarde. Crea que lamento no haberle podido servir en esta ocasión.

MATILDE SERRANO.—Un millón de gracias por la valiosa ayuda que tan amablemente aporta a esta Revista al enviarle las direcciones de sus amigas a quienes puede interesar recibir un número de muestra de MUJER.

Ignoro en qué consiste ese tratamiento que dice. Si me lo explica, yo le diré sin vacilación, casi me atrevo a afirmar que a ciencia cierta, si es eficaz o no, y si es o no perjudicial para la salud o para la belleza.

BABY.—La persona a quien se refiere al principio de su carta, mi nueva y simpática amiga, es soltera y joven.

No veo nada para su primera consulta, como no sea... prescindir del brasero, para el cual confieso que no comparto su benevolencia. Es antihigiénico y, además, peligroso. La estufa de serrín, por ejemplo, es infinitamente más práctica, sin dejar de presentar grandes ventajas económicas.

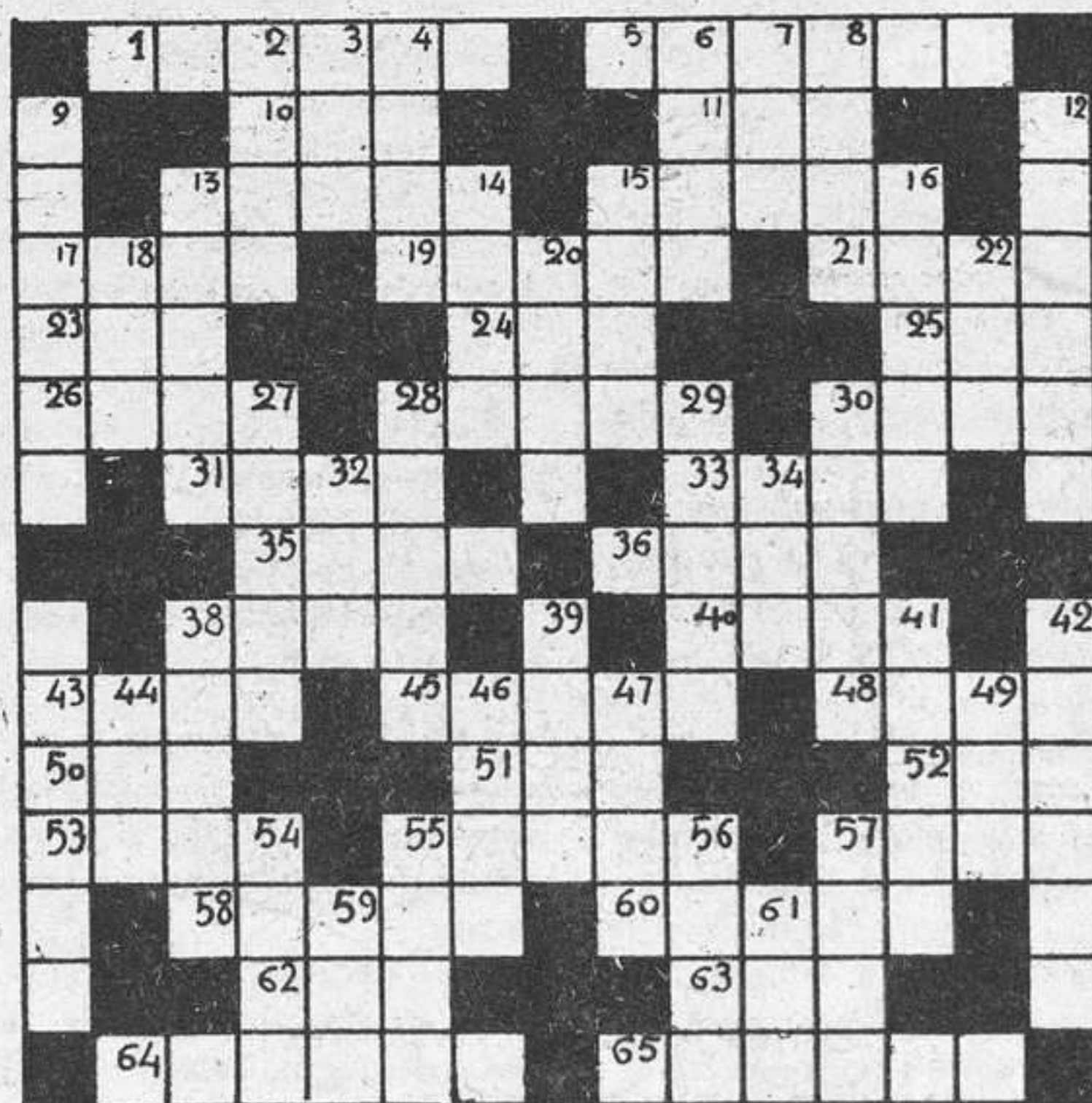
La segunda consulta, en cambio, es mucho más sencilla. Antes de rizarse con las tenacillas o de ponerse *bigudis*, dese en el pelo zumo de limón mezclado con unas gotas de agua. El rizado le durará así mucho más.

PASATIEMPOS SEGUNDA SERIE

HORIZONTALES

- Género teatral antiguo.—5. Salsa catalana.—10. Para la cocina.—11. Escritor contemporáneo.—13. Con púas.
- En un tocador del siglo XVIII.—17. General carlista.—19. Para abreviar.—21. Agarras.—23. Fermento del jugo gástrico.—24. Acometimiento con la espada.—25. Suele ir sin son.—26. Licor espirituoso de Oriente.—28. Planta que huele mal.—30. Vasija grande.—31. Ruido y sin vello.—33. Limpieza.—35. Conjunción.—36. Comerciante de Madrid muy conocido.—38. Obligación de pagar.—40. Protuberancia ósea.—43. Verbo alegre.—45. Apellido.—48. No hay que jugar con ella.—50. Pronombre.—51. Afiliado a un partido político del siglo pasado.—52. Adjetivo de mucho uso.
- ¡Librenos Dios de él!—55. Palabra anticuada que para mí quisiera.—57. Hoy va hasta en avión.—58. Ave zancuda de cuerpo rojo.—60. Para los caballos.
- El último ya ha muerto.—63. Está encerrada.—64. Los hacen los dibujantes.—65. Según de lo que fuese lo ofrecería a mis lectoras.

15. PALABRAS CRUZADAS



VERTICALES

- Allí se canta.—3. Adverbio.—4. División de los hombres.—6. Mamífero carnívoro.—7. Pecado.—8. Aparejo de velamen.—9. Perturbar los sentidos.—12. Para uncir los bueyes.—13. Población fabril española.—14. Ave zancuda.
- Deslucir.—16. Se suda.—18. Dios romano.—20. Un abuelo.—22. Un elemento de la materia.—27. Algodón de la India.—28. Nombre de los habitantes de una región de la antigua Grecia.—29. Lugar agradable.—30. Huésped desagradable.—32. Río de España.—34. Preposición.—37. Galardón.—38. Instrumento musical.—39. Aceite.—41. Actor cómico.—42. Batalla célebre.—44. Pronombre.—46. Lo que preocupa a los radioescuchas.—47. Letra griega.—49. Adjetivo.—54. Vasija.—55. Abreviatura que antecede a muchas palabras compuestas modernas.—56. Perteneciente a las montañas de Escocia.—57. Pez.—59. Según de lo que se trate, quisiera saber dónde.—61. No es par.

16. AGRESIÓN

NOTA 101 B MARCHAR
PALO BOFETADA

17. CINEGÉTICA

CONEJOS D PERDICES

Acaba de terminarse la monumental

HISTORIA DEL ARTE

EN TODOS LOS TIEMPOS Y PUEBLOS

por

KARL WOERMANN

No es posible dar al público idea, ni siquiera aproximada, de lo que es una obra como nuestra edición de la famosísima HISTORIA DEL ARTE, de Woermann, en unas cuantas palabras que el lector ha de mirar distraídamente, porque confunde en un mismo escepticismo indiferente todos los elogios de cuanto huele a «suelto de contaduría». No dicen ya nada los epítetos encomiásticos, a la vez lustrosos y deslustrados, como prendas mostrencas vestidas y sobadas por cada cual.

Nada podrá sugerir al lector una imagen tan convincente como el hojear uno tras otro los seis volúmenes de nuestra edición, y palpar, ver, sentir la riqueza, el esfuerzo, la utilidad, el encanto que suponen tantos miles de obras de Arte descritas, estudiadas y REPRODUCIDAS en las cinco mil páginas que esta obra formidable contiene.

Por eso no pretendemos que este anuncio sea exposición de méritos con ánimo de convencer a los lectores para que adquieran la obra: deseamos solamente que sea un ruego razonado al público para que busque la obra y la examine. Esto nos basta, porque sabemos lo que sucederá a toda persona cultivada que contemple la edición española de esta obra incomparable.

LA OBRA. A los peritos, nada hay que decirles. Se trata de la HISTORIA DEL ARTE de Woermann. Y ya saben lo que eso significa. A los no especialmente versados les diremos que Woermann es la máxima autoridad en el país de la máxima ciencia.

LA EDICIÓN ESPAÑOLA. Evitemos adjetivos. Enumeremos hechos solamente. Nuestra edición contiene más del doble de las ilustraciones contenidas en la edición alemana.

Damos, pues, ese mismo libro de ciencia, célebre en todo el mundo; ese guía siempre enterado, siempre ordenado, siempre claro y seguro; esa enciclopedia de Arte, arsenal inagotable, archivo copioso y completísimo, donde de cada cuadro de Madrid, de La Haya, de Amberes, de Leningrado; de cada escultura de Atenas, de Munich, de París, de Florencia; de cada monumento de Italia, del Japón, de Rusia, de Inglaterra, de España, de la India, encontrará la nota justa, la apreciación exacta, la referencia cabal. Damos, sí, todo eso que ha sido la razón del éxito y del prestigio de la edición alemana; pero nosotros a todo eso le hemos añadido la fotografía de muchísimos de esos cuadros, de muchísimas de esas esculturas, de muchísimos de esos monumentos, reuniendo un conjunto de asombrosa riqueza no igualado por ninguna otra obra similar del mundo entero. Nuestra edición es un alarde honroso para el país donde se ha hecho; es como síntesis de todos los museos, como guía ilustrada de todos los viajes.

Woermann abarca en su obra todos los aspectos del Arte, incluso los novísimos, y por supuesto los del Arte español, que conoce por visión directa y que le inspira particular entusiasmo. Pero Woermann es alemán, y obedece a la ley invariable que impulsa a los autores a dedicar preferente atención y mayor espacio al arte de su país.

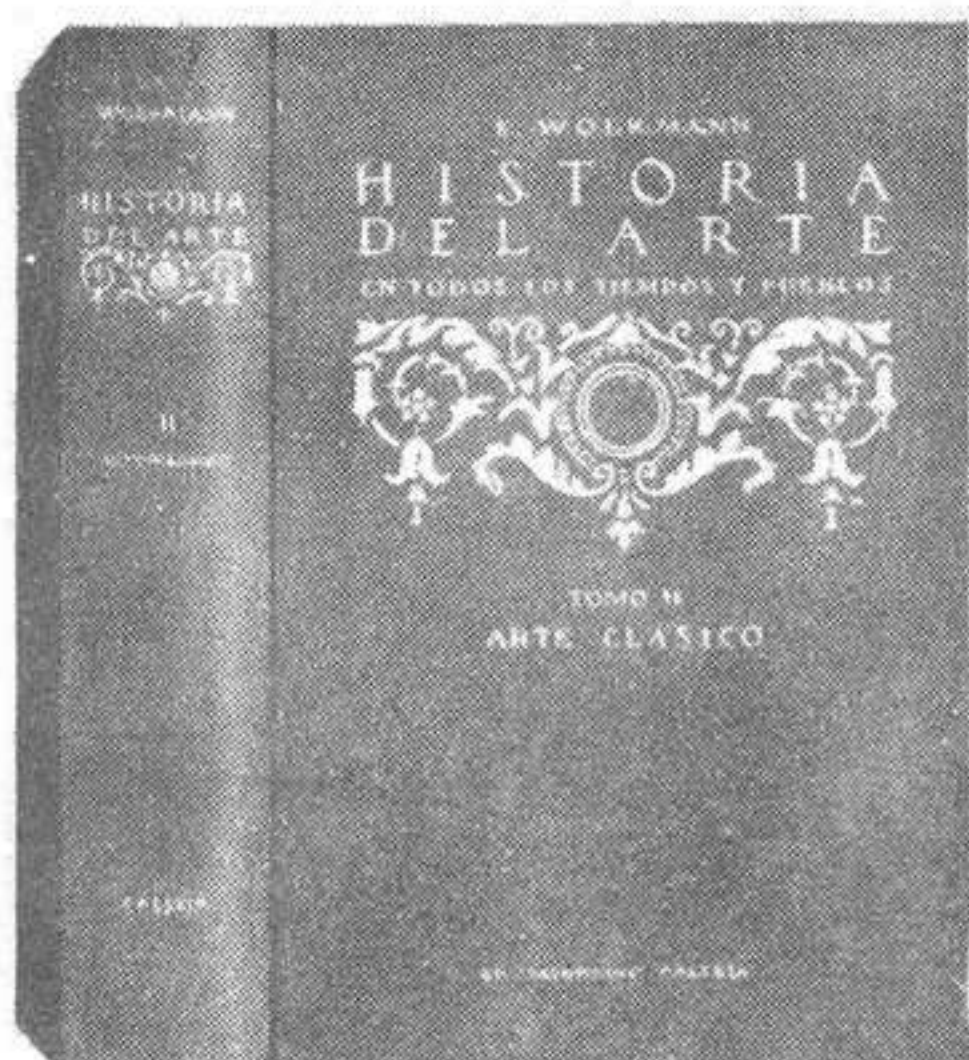
En nuestra edición, el mismo Woermann ha condensado, a ruego nuestro, ciertos estudios relativos principalmente a los aspectos menos interesantes del arte alemán, y nosotros hemos llenado ese espacio —y muchísimo más— con tres capítulos especiales sobre la Arquitectura, la Pintura y la Escultura en España durante el siglo XIX y los años transcurridos del XX. Estos capítulos no sólo son nuevos en la HISTORIA DEL ARTE de Woermann, sino que son el primer estudio de conjunto publicado sobre el Arte español moderno y contemporáneo. Su ilustración en esta parte, más rica que en ninguna otra de la obra, es colección única también, no sólo por la cantidad, sino por la calidad de las obras reproducidas.

Con igual largueza y con no menos esmerada selección hemos añadido todo cuanto más importante y señalado ha producido el arte francés nuevo y novísimo y muestras suficientes de los otros países. No podemos menos de repetir aquí al lector que no se atenga a nuestras palabras: que juzgue por sí mismo examinando la obra. En todas las librerías importantes puede encontrarla. Desde pueblos donde no la hubiese se nos puede pedir, y nosotros enviaremos con el mayor gusto un tomo de muestra sin compromiso de adquirirla.

Lo indicado son ejemplos, que no enumeración completa de las mejoras introducidas en nuestra edición. En ella encontrará el lector incesantemente notas aclaratorias, información española complementaria, apéndices especiales, como el que en el tomo I se dedica al Arte rupestre en España, o el que en el tomo II se ocupa de la Arquitectura romano-española, etc., etc.

LAS ENCUADERNACIONES. La HISTORIA DEL ARTE de Woermann es la obra para todos. Ninguna otra puede más indiscutiblemente blasonar de serlo. Pero entre todos hay gustos dispares y apreciaciones distintas. Por eso hemos hecho de la obra tres distintas encuadernaciones, orientadas hacia sendos grupos de lectores. Todas son finas, selectas, dignas de la obra incomparable que cobijan. Sus precios se acomodan también a una escala gradual; y todos son asequibles a cualquier presupuesto, ya que cualquiera de las tres ediciones se vende a plazos en condiciones cuya comodidad apreciará quien solicite el prospecto especial que remitimos gratis.

ENCUADERNACIÓN
EN TELA INGLESA
CON ESTAMPACIÓN EN ORO



Elegante, sólida, barata,

esta encuadernación en tela es la adecuada para quienes necesitan armonizar su deseo de adquirir obra tan monumental con las exigencias de un presupuesto reducido.

Precio al contado:
PESETAS 250 PESETAS

Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 275 PESETAS

ENCUADERNACIÓN
EN MEDIO CHAGRÍN



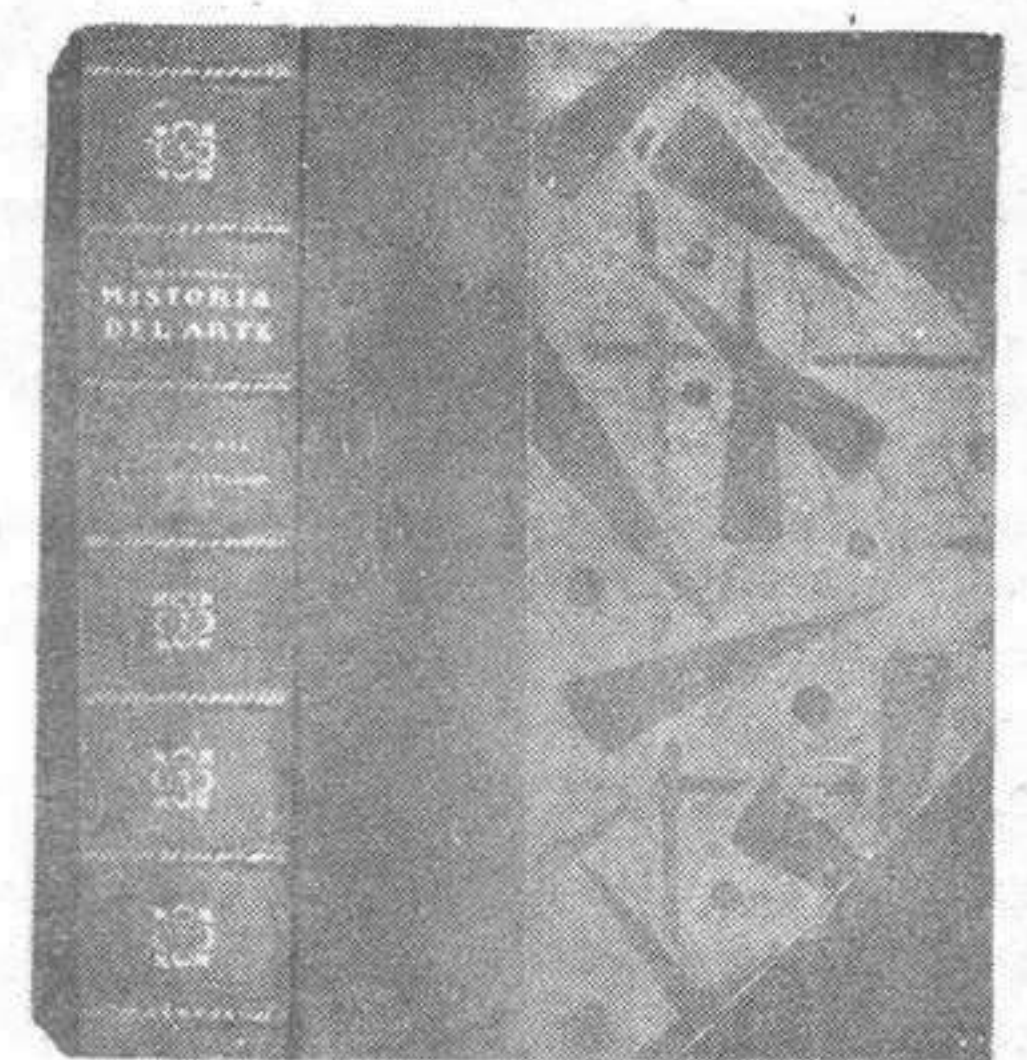
Encuadernación de lujo

con planchas inspiradas en el insuperable arte del libro en el siglo XVIII. Quien adquiera esta encuadernación comprará a la vez la mejor *Historia del Arte* y una rica obra de arte.

Precio al contado:
PESETAS 300 PESETAS

Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 350 PESETAS

ENCUADERNACIÓN
EN CHAGRÍN FINO

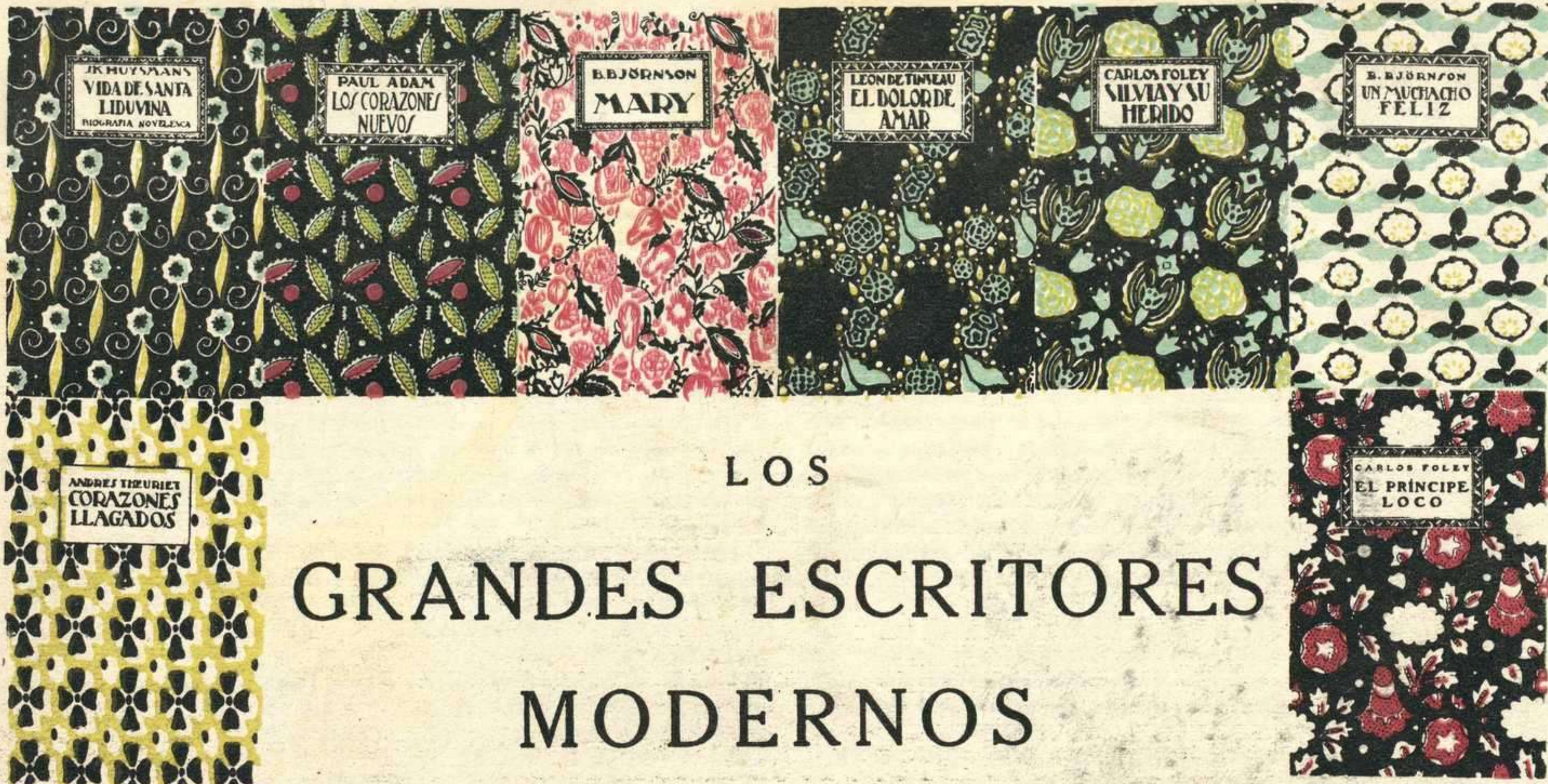


La encuadernación de bibliófilo.

Suntuosa y señorial. Ornato de una biblioteca, esta edición da tono y carácter a un despacho como una serie de viejos grabados auténticos o de magníficas porcelanas.

Precio al contado:
PESETAS 350 PESETAS

Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 400 PESETAS



LOS
GRANDES ESCRITORES
MODERNOS

LAS MEJORES NOVELAS DE LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA

TRADUCCIONES IRREPROCHABLES POR CONOCIDOS ESCRITORES

COLECCIÓN INDISPENSABLE PARA TODAS LAS PERSONAS DE BUEN GUSTO QUE DESEEN CONOCER LA MEJOR LITERATURA EUROPEA

Tomos de 300 a 400 páginas, en rústica.

TÍTULOS PUBLICADOS

	<u>Pesetas.</u>		<u>Pesetas.</u>
* 1. B. NJÖRNSSON: <i>La pescadora</i>	4,50	* 15. CARLOS DERENNES: <i>El pueblo del polo</i>	4,50
* 2. J. K. HUYSMANS: <i>Vida de Santa Liduvina</i>	4,50	16. ABEL HERMANT: <i>Los grandes burgueses</i>	4,50
3. PAUL ADAM: <i>Los corazones nuevos</i>	4,50	17. ABEL HERMANT: <i>Los transatlánticos</i>	4,50
4. KARIN MICHAELIS: <i>La edad peligrosa</i>	4,50	18. MARCELA TINAYRE: <i>La rebelde</i> ..	4,50
* 5. FRANCIS JAMMES: <i>El señor cura de Oxeron</i>	4,50	19. GYP: <i>La felicidad de Ginette</i>	4,50
* 6. JORGE RODENBACH: <i>Museo de Bequinas</i>	4,50	20. JORGE RODENBACH: <i>El carillero</i>	4,50
7. EDUARDO ROD: <i>El sentido de la vida</i>	4,50	21. B. BJÖRNSSON: <i>Un muchacho feliz</i> ..	4,50
8. B. BJÖRNSSON: <i>Mary</i>	4,50	22. LUIS PERGAUD: <i>La novela de «Miraut», perro de caza</i>	4,50
9. LEON DE TINSEAU: <i>El dolor de amar</i>	4,50	23. A. TEURIET: <i>Corazones llagados</i> ..	4,50
* 10. HECTOR MALOT: <i>Micaelina</i>	4,50	24. PIERRE LOTI: <i>La primera juventud</i> ..	4,50
11. CLEMENCEAU: <i>Los más fuertes</i> ...	4,50	25. ENRIQUE DE REGNIER: <i>La ilusión de heroísmo de Tito Bassi</i>	4,50
12. PIERRE LOTI: <i>La tercera juventud de Madama Endrina</i>	4,50	26. ABEL HERMANT: <i>Confidencias de una pájara</i>	4,50
* 13. CARLOS FOLEY: <i>Silvia y su herido</i>	4,50	27. G. H'HOUVILLE: <i>El seductor</i>	4,50
14. ARTSEBECHEF: <i>Sanin</i>	4,50	28. E. JALOUX: <i>Lo demás es silencio</i> ..	4,50
		29. JUAN PSICHARI: <i>La prueba</i>	4,50
		30. CARLOS FOLEY: <i>El príncipe loco</i> ..	4,50

(Se marcan con asterisco los libros que pueden dejarse en todas las manos.)



DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447.—MADRID